

31-13

MANUAL

DE

ECONOMIA POLITICA,

POR

D. ALEJANDRO OLIVAN.

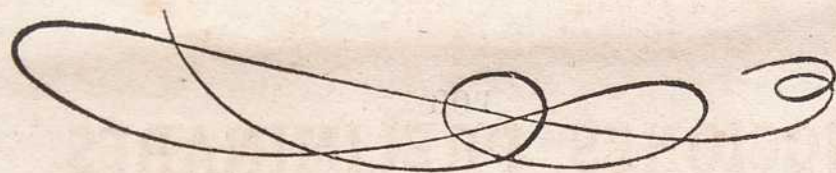


MADRID: 1870.

Imprenta de Anoz, calle del Factor, núm. 14.

81 18

Es propiedad del autor, bajo la proteccion de la ley.



ÍNDICE.

TÍTULO PRIMERO.

CAPÍTULOS.

PÁGINAS

- | | |
|---|---|
| I. DE LA ECONOMÍA POLÍTICA. | 4 |
| II. Carácter de la Economía política. | 5 |

NCCIONES PRELIMINARES.

- | | |
|--|----|
| III. DE LA RIQUEZA. | 7 |
| IV. DE LA UTILIDAD.—Utilidad directa é indirecta.—Material é inmaterial.—Subsistente, temporal y efimera.. . . . | 10 |
| V. DEL VALOR.—Valor de uso, valor en cambio, y valor de aprecio. | 12 |
| VI. DEL PRECIO.—Precio necesario, precio remunerador, y precio corriente.—Precio medio ó razonable.—Oferta y demanda.—La tasa. | 17 |
| VII. DE LA PRODUCCION.—Primeras materias.—Producto.—Produccion material é inmaterial.—Servicios —Producto bruto, | |

producto líquido.	25
VIII. DE LA INDUSTRIA.—La ciencia, el arte, y la mano de obra.—Industria en grande y en pequeño.—Division de la industria.	52
IX. DE LA INDUSTRIA EXTRACTIVA.—En el reino mineral, el vegetal, y el animal.—Piscicultura.	58
X. DE LA INDUSTRIA AGRÍCOLA.—Labranza, ganadería.—Cultivo en grande y en pequeño.—Intensivo y extensivo.—Arriendo, aparcería, colonato.—Antiguas trabas á la agricultura.	44
XI. DE LA INDUSTRIA FABRIL.—En grande y en pequeño.—Crisis industriales,—Asociaciones de obreros, huelgas.—Gremios.—Privilegios de invencion.—Fabricacion por el gobierno.—Trabajo de reclusos y penados.	62
XII. DE LA INDUSTRIA COMERCIAL.—En grande y en pequeña escala.—Comercio interior y exterior.—Regatones ó atravesadores.—Comercio de consumo y de transporte.—Sistema mercantil.—Balanza de comercio.—Sistema protector.—Aduanas.—Tratados de comercio	80
XIII. DEL SISTEMA COLONIAL.—Acusaciones infundadas á los españoles.—Compañías privilegiadas.	101

TÍTULO TERCERO.

MODO DE OBRAR

DE LOS ELEMENTOS DE LA PRODUCCION.

XIV. DE LA TIERRA.—Escuela de los fisiócratas.	109
XV. DEL TRABAJO.—El trabajo és honroso.—Sociedades cooperativas.—Division del trabajo.—Máquinas.	113
XVI. DEL CAPITAL.—Capital material é inmaterial.—Capital fijo y circulante.—Capital individual, público, y nacional. . .	125

TÍTULO CUARTO.

DE LA POBLACION.

XVII. DE LA POBLACION.—Teoria de Matus.—Vida probable, y media.—Emigraciones.—Expulsiones.	128
--	-----

TÍTULO QUINTO.

CIRCULACION DE LA RIQUEZA.

- XVIII. DE LA CIRCULACION. 137
- XIX. DE LA MONEDA.—Metales preferidos.—Braceage y señoreage.—Valor intrínseco y extrínseco.—Adulteracion oficial de la moneda. 140
- XX. DEL CRÉDITO EN GENERAL.—Crédito real y personal.—Crédito privado, público, y territorial.—Letras de cambio.—Pagarés. 155
- XXI. DE LOS BANCOS.—Bancos de depósito, de circulacion, y territoriales.—Agio—Cuentas corrientes.—Descuentos.—Billetes al portador.—Bancos autorizados, y Bancos libres.—Banco único.—Cajas de ahorros.—Montes de piedad. 161
- XXII. DEL CRÉDITO PÚBLICO Y DEL PAPEL-MONEDA.—Empréstitos.—Efectos públicos—Deuda consolidada.—Deuda flotante.—Bolsa de contratacion.—Extincion de la deuda pública.—Papel-moneda de curso forzoso. 175

TÍTULO SEXTO.

DISTRIBUCION DE LA RIQUEZA.

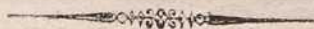
- XXIII. DE LA DISTRIBUCION PROPORCIONAL.—Rentas, beneficio ó ganancia.—Honorarios, emolumentos y salarios.—Concurrencia, en la distribucion.—Proyectos socialistas y comunistas. 184
- XXIV. DE LA TIERRA, COMO PARTICIPE EN LA DISTRIBUCION DE LA RIQUEZA.—Rendimiento al dueño que cultiva.—Renta al que arrienda. 190
- XXV. DEL TRABAJO, COMO PARTICIPE EN LA DISTRIBUCION.—Salario necesario, salario corriente.—Utilidades del empresario.—retribucion del hombre de ciencia. . . 195
- XXVI. DEL CAPITAL, EN LA DISTRIBUCION.—Interés del capital.—Legitimidad del interés.—Usura. 197

TÍTULO SÉPTIMO.

CONSUMO DE LA RIQUEZA.

- XXVII. DE LOS CONSUMOS.—Consumo definitivo ó no productivo, y consumo reproduc-

tivo.—Gasto y consumo.—Consumos públicos, y privados.	205
XXVIII DEL AHORRO Y LA DISIPACION.—Costumbre del ahorro.—Seguros sobre la vida.—El lujo.—La disipacion.	207
XXIX. DEL IMPUESTO.—Contribuciones directas.—Cuota proporcional, y cuota progresiva.—Capitacion.—Subsidio industrial.—Impuestos indirectos.—Recaudacion.	212
XXX. CONCLUSION.	221



TÍTULO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

De la Economía política.

Economía llamaron los antiguos griegos al *régimen de la casa*, es decir, á su arreglo y manejo interior.

Hoy se aplica la expresion de *economía* en términos generales, á todo lo que envuelve la idea de orden y regularidad. Asi se llamó *economía* de tiempo á su buena distribucion y aprovechamiento; *economía* de una pintura ó un cuadro, á la acertada colocacion de las figuras y accesorios en su composicion; *economía* de un libro, á la division de sus capítulos por materias; *economía* del cuerpo humano, al conjunto armónico de las diversas partes que lo componen.

En términos especiales, és *economía* doméstica ó privada la de la familia ó del individuo: virtud allegada á la prudencia y á la templanza, que no debe confundirse con el vicio de la avaricia, ni con la ruindad. Es *economía pública* la que se refiere á los derechos é intereses del pú-

blico; economía *social* la que se aplica al régimen y concierto de la sociedad; y se dá el nombre de *economía política*, restringiendo el genuino significado de la expresión, á la que se ocupa y trata de la filosofía del trabajo, y de la consiguiente producción de la riqueza, su distribución y consumo.

Las leyes que presiden á los hechos ó fenómenos del dominio de la Economía política, no son invención de los hombres. Esas leyes ó reglas constantes existían, como que están en la naturaleza ó esencia de las cosas: han pasado á través de los siglos sin ser apenas percibidas ó vislumbradas por los individuos ni por los gobiernos. Los hombres no inventan ciencias: á fuerza de observación é ingenio estudian hechos aislados, perciben sus relaciones, y forman un inventario de verdades eslabonadas, que llegan á constituir un cuerpo de doctrina con sus demostraciones, de donde resulta una ciencia.

Esto que se observa, lo mismo en el orden material, ó en el mundo físico perceptible á nuestros sentidos, que en el orden inmaterial ó metafísico adonde solamente nos elevamos con el entendimiento ó la imaginación, ha sucedido con la Economía política. Desde que unos cuantos hombres se reunieron para auxiliarse, defenderse y trabajar, hasta las vicisitudes de las grandiosas y opulentas poblaciones que registra la historia y las que nosotros contemplamos en el día con admiración, unos mismos han sido los hechos económi-

cos que se han sucedido sin explicación satisfactoria, unos mismos los motivos de la respectiva grandeza y decadencia, de la riqueza y la miseria. Hace poco mas de un siglo que la ciencia económica apareció por fin en su esplendor, refiriendo los efectos á las causas, é iluminando con la antorcha de la verdad á los pueblos, á los gobiernos, y á los individuos. ¡Gloria al ilustre Adam Smith y á sus distinguidos continuadores!

CAPÍTULO II.

Carácter de la Economía política.

Distínguese la Economía política en *pura* ó *especulativa*, y en *práctica* ó *aplicada*. La primera significa los principios teóricos y las conclusiones abstractas; la segunda, su aplicación á casos concretos y determinados.

No sería ciencia la Economía política, si no tuviese la cualidad de experimental, si sobre la observación de repetidos fenómenos, con resultados constantes, no se fundase la doctrina. Lo que hay es que sus verdades son sencillas, como todas las leyes naturales, y lo sencillo suele ser lo último que percibe con claridad el entendimiento humano. Y como en las ciencias sociales no se raciocina sino con la mira del bien común, de ahí el que la Economía política, lejos de avenirse á la

region de lo ideal, cifre sus saludables efectos en la parte práctica ó aplicada.

Siendo la riqueza el asunto de la Economía política, contribuye directamente esta ciencia al bien comun y á la mejora de la sociedad. El trabajo moraliza. El hombre que por medio del ahorro se va formando un capital, ensancha el círculo de sus idéas, se instruye con los libros, aprende con el trato de gentes, se inspira en el sentimiento religioso, y puede adquirir la dignidad de una posicion independiente.

No se trata de despertar ni fomentar una sed insaciable de riquezas y de placeres, sino de alentar nobles y honrosas aspiraciones. Si algunos hombres no saben hacer buen uso del caudal que heredaron ó adquirieron, más generalmente se nota ese defecto en los favorecidos sin mérito por la fortuna ciega, que en los enaltecidos por su aplicacion al trabajo. Y por otra parte, aun cuando á veces se abuse de la riqueza, ¿como dejará de ser loable el empeño de desterrar la pobreza y la miseria, que abaten, degradan, y envilecen la humanidad?

La Economía política, la sana moral y la justicia se dan la mano. Cuando la Economía política va en busca de lo útil, és por el camino de lo bueno y honesto, y de lo justo. Los malos medios los rechaza la ciencia económica. El interés y el deber se hermanan ante el criterio de la conciencia. Y el interés individual, móvil de la actividad del hombre, se combina y armoniza regularmente

con el interés comun. La produccion abundante y barata y el desarrollo de la riqueza, significan la mejora social.

Puede llamarse la Economía política, en las materias que abraza, el buen sentido, no solamente de los individuos, sino tambien de las naciones: és la experiencia acumulada para aplicarse al arreglo y manejo de los respectivos intereses. ¿De que servirían la razon y el buen sentido, si no abriesen para lo venidero los ojos sobre las lecciones de lo pasado?

La experiencia la adquiere el individuo á mucha costa, y frecuentemente por mano del escarmiento, cuando ya no se repiten, como él desearía, las ocasiones que desaprovechó. Ni és menos difícil el conservar una fortuna, que el adquirirla. Lo mismo se observa en las naciones, con la diferencia de que estas no mueren aunque desfallezcan, y siempre están á tiempo de conocer el error, abjurarle, y abrazar la verdad.

Ninguna solucion es indiferente en las cuestiones económicas: el bien y el mal siguen de cerca al acierto ó á la aberracion. Nada importa que un astrónomo se equivoque al calcular la época de un eclipse, ó la hora de la aparicion del sol sobre el horizonte en un dia determinado: la tierra y la luna no dejarán por eso de recorrer las órbitas respectivas, ni faltará el sol en su puesto. No así en Economía política: el error en la doctrina ó en su aplicacion conduce siempre á consecuencias desastrosas.

La práctica de la Economía política tiene la propiedad de estrechar unas á otras las naciones, estableciendo comunicacion frecuente entre ellas para el cambio de sus productos en recíproca ventaja. De este modo se disipan antipatías y rivalidades, y no solamente se cruzan y armonizan los intereses, sino que se fomentan la ilustracion y la mancomunidad de idéas y apreciaciones en todas materias, tendiendo especial y eficazmente á uniformar la opinion en puntos de trascendencia internacional. Así se disminuyen las ocasiones de guerra, y cuando esta llega á estallar, és de corta duracion.

En suma, promover el trabajo activo y honrado, y por su medio aumentar riqueza, favorecer á todas las clases sociales, contribuir á la grandeza del país, y fortalecer los vínculos de amistad entre las nacionalidades; tal és el fin de la Economía política: motivar sus principios, y enseñar sobre ejemplos, tal és su carácter.

NOCIONES PRELIMINARES.

CAPÍTULO III.

De la riqueza.

Por *riqueza* se entienden en el lenguaje económico todos aquellos obgetos, que traen utilidad al hombre, ó le proporcionan los medios de satisfacer sus necesidades, ó su deséo de goces.

La necesidad és de suyo apremiante y exige un esfuerzo para verse satisfecha. El deséo es mas vago: un niño deséa llegar á general y sueña serlo, pero no experimenta semejante necesidad.

En el lenguaje usual se gradúa de *riqueza* la posesion de muchas cosas de valor, ó la abundancia de bienes de fortuna: un campo, un caballo, un mueble, no se tienen propiamente por riqueza, sino á lo sumo por signo ó indicio de riqueza. Mas en Economía política se generaliza la idéa, y se apellida *riqueza* á cada una de las cosas que, juntas ó separadas, pueden constituir la. Así que, son *riqueza* en términos económicos, el campo, el caballo, el mueble, el dinero, los frutos, las mercancías, y cuanto tenga un valor reconocido y sea susceptible de aprovecharse, ó cambiarse, proporcionando al hombre lo que le sea necesario, útil, ó agradable. Toda riqueza puede servir de mercancía.

Algunos llaman *riquezas naturales* á los dones gratuitos de la naturaleza ó de la Providencia divina, tales como el aire, la luz del sol, el agua etc., de los cuales sacamos utilidad positiva, pero sin poner nada de nuestra parte.

En ello hay exajeracion, que repugna al buen sentido y choca con la significacion de las palabras. En efecto, no se concibe como riqueza, lo que está esparcido por igual para todos los seres, racionales é irracionales, lo que és comun á todos, sin que nada les cueste, sin que para uso exclusivo puedan apropiárselo, ni de ello disponer. Ni en el lenguaje comun ni en el económico, le ha ocurrido á nadie llamar *rico* al que únicamente cuenta con aire para respirar, luz durante el dia para ver, y agua en el rio para ir á beberla.

El talento y la habilidad tampoco son riqueza, pero pueden crearla poniéndose en accion, ó sea, por el trabajo.

La *riqueza*, propiamente dicha, és obra del hombre, puesto que se cifra en la posesion de cosas útiles y permutables.

Hay asimismo exajeracion y error en caracterizar de riqueza los solaces del ánimo, los goces del alma, ó el deleite de los sentidos, ó en general el disfrute de placeres. — Se confunde el efecto con la causa. El placer no és riqueza, aunque esta pueda á veces proporcionarlo. Quien llame *riqueza* al oír un trozo de armoniosa música, no podrá negar igual carácter á la contemplacion de un hermoso cielo, á la vista de un variado paisaje,

á la asistencia á una representacion teatral, á una funcion de fuegos artificiales, á la admiracion de un cuadro de Rafael ó de Murillo, á una carrera de caballos. Podrá ser costoso alguno de esos goces y exigir gastos que suponen riqueza en mayor ó menor grado; pero por sí mismo ninguno de ellos constituye *riqueza*. Al contrario, los hay que la disminuyen, como en quien paga la entrada á un espectáculo. Riqueza és la posesion de un monton de oro, pero nó la fruicion de contemplarlo.

La *riqueza* se adquiere por medio del trabajo, ó bien, por el concurso de elementos que cuestan esfuerzos de algun género al hombre. El que meramente recoge yerbas y frutos espontáneos del campo para aprovecharlos, el que cultiva la tierra y utiliza su cosecha, el que en un taller fabrica telas ó máquinas, el que transporta la produccion, propia ó agena, el que la facilita á los consumidores, el que ejerce una industria ó una profesion, prestando servicios al estado, al público, ó á los particulares; todos esos trabajan, todos aspiran á ganar, todos se proponen producir *riqueza*.

Necesitamos alimentos, vestidos, casa etc. Pues para tenerlos y disfrutarlos, hemos de habernoslos proporcionado, ó produciéndolos, ó adquiriéndolos á cambio de otras cosas, de otra riqueza que hayamos producido.

Se enriquece el hombre por la economía, y por el buen empléo de sus ahorros. Como excepcion viene la riqueza sin trabajo ni economía al

que hereda, pero la herencia és la continuacion de quien de un modo ú otro ganó y economizó. Y tambien hay algun caso fortuito, como el de una loteria, de un legado inesperado, del hallazgo de un tesoro: veleidades de la fortuna, que no és oportuno tomar en cuenta.

La riqueza social se compone de capitales y réditos, ó de valores permutables, lo mismo que en escala menor la de los individuos.

La posesion de la riqueza constituye la *propiedad*, base inquebrantable de la sociedad humana.

CAPÍTULO IV.

De la utilidad.

Las riquezas se miden ó aprecian por su *utilidad*. Y la utilidad concurre á determinar su *valor*. Nos es útil lo que tiene la propiedad de satisfacer nuestras necesidades ó deséos.

El obgeto que para nada sirve, no ofrece *utilidad*, y por consiguiente carece de *valor*. Nadie dará por él una cosa útil. Un par de anteojos no es útil para un ciego, pero sí para un corto de vista.

La *utilidad* puede ser directa ó indirecta. Es directa cuando el obgeto útil satisface inmediatamente una necesidad; como un pedazo de pan para quien tiene hambre. Y és indirecta, cuando

un obgeto útil, pero que en el momento no nos hace falta, proporciona por un rodéo ó por un cambio otra cosa que apeteecemos; como para quien, satisfecha el hambre, y muy sobrado de pan, trueca su sobrante por una prenda ó ropa de abrigo. Y és tambien indirecta la utilidad que, al no satisfacernos la forma actual de un obgeto, puede nacer de una transformacion. La actividad humana se emplea en multiplicar las utilidades directas, y en transformar las indirectas en directas ó inmediatas. De modo que puede decirse con exactitud que el hombre *crea* utilidad.

La *utilidad* es tanto mayor, cuanto más se allega á la necesidad. El sediento en un desierto, mira como de tal utilidad un vaso de agua, que lo pagaria á cualquier precio. Por el contrario, el dinero que lleva en el bolsillo no le és de utilidad alguna por entonces, porque no encuentra un ser viviente á quien comprar el agua que necesita.

La *utilidad material* se refiere generalmente á cuerpos físicos; y la *inmaterial* á obgetos incorpóreos. Y la utilidad es *subsistente*, *temporal* ó *efimera*, segun el período de su duracion.

En la vida social se extiende la *utilidad* hasta la satisfaccion de necesidades facticias, creadas por el ánsia de comodidades, el brillo de las gerarquías, ó las exigencias del lujo: goces y exterioridades que alegan en su favor la circunstancia de promover y sostener diversos ramos de la industria general.

Da aquí se infiere que la *utilidad* es una cualidad de los objetos, que subsiste tanto como la necesidad ó el goce; despues desaparece. En lo cual se distingue de la riqueza. Esta es propiedad de su dueño, pero no siempre satisface su necesidad ó sus deséos: mientras que el oro de nada sirve, no es rico el que lo posee.

CAPÍTULO V.

Del valor.

El *valor* de un objeto depende del aprecio que nos merece, en cuanto nos es útil ó agradable. Y la apreciacion ó valoracion la hacemos, por comparacion de la utilidad de un objeto con la de otro.

Toda riqueza es cambiabile ó permutable, porque con ella puede adquirirse ó comprarse otra cosa. Pues bien; el valor de una riqueza es la expresion de lo que por ella puede cambiarse, ó de la compra que con ella puede hacerse. De modo que el *valor* ha de ser reconocido, no solo por el poseedor de la riqueza, sino tambien por las demás gentes. Si el dueño de una casa la vende en seis mil pesetas, lo cual equivale á querer comprar seis mil pesetas en plata ú oro con la casa, que será el valor de ella á sus ojos, y nadie le ofrece mas que tres mil; será prueba de que el verdadero valor de la finca en el momento de la oferta,

no es el que le dá su dueño, sino la mitad. En otras circunstancias podrá la casa valer más ó ménos.

Hay *valor de uso*, el que proviene de la utilidad directa en la satisfaccion de nuestras necesidades ó deséos; *valor en cambio*, que representa la adquisicion que podemos hacer de unos objetos á trueque de otros, vendiendo y comprando; y *valor de aprecio ó estima*, peculiar y exclusivo del poseedor, sin que otros participen de su sentir.

El *valor de uso* significa la utilidad inmediata, ó sea, la riqueza que consumimos en alimentos, vestidos, habitacion, recreo y gastos económicamente improductivos; el *valor en cambio* representa el precio del mercado, ó la equivalencia de lo que podemos dar en permuta de lo que apetecemos, como vendiendo trigo para comprar ganado; y el *valor de apreciacion* ó estima es la importancia ó la estimacion particular á objetos de arte, á prendas de cariño, recuerdos de familia, etc., interesantes para una persona, é indiferentes para la generalidad. Un medicamento que cura á un enfermo, tiene por valor de uso la satisfaccion de una necesidad determinada; por valor venal ó de cambio el precio que costó en la botica; y por valor de estima una significacion indecible en el ánimo de quien le debió la vida. Aquí entra tambien el valor de fantasía ó de capricho, como el que alcanza la prioridad en las modas.

Hay más. Un agente natural y gratuito que no es propiamente riqueza, y que carece de valor

por sí, puede adquirirlo por medio de la dirección ó aplicación que le dá el ingenio del hombre, és decir, por el trabajo.

El mar se convierte en camino para el traficante que navega, dando incremento á sus valores. El agua de un rio se conduce á regar los campos ó á surtir las casas; y una caída ó salto natural de esa misma agua se emplea como fuerza motriz de una máquina hidráulica. El viento, que és el aire en acción, se convierte tambien en elemento industrial, aunque espontáneo é inconstante, al hacer girar las aspas de un molino ó hinchar las velas de un barco. Y la luz del sol és una necesidad para el fotógrafo, como la electricidad para el grabador galvanoplasta. Casos todos, en que el trabajo humano se apropia, aprovecha y añade á su manera un valor especial á los dones de la naturaleza.

Los valores en cambio (y de estos nos ocupamos principalmente) no tienen preferencia unos sobre otros, desde el momento en que son iguales y pueden permutarse entre sí. No és mas preciosa, aunque sí mas cómoda, la moneda de oro y plata, que el trigo, el carbon, las telas, y los demás objetos que con ella se compran, ó por ella se cambian.

En el *valor* de las cosas influye notablemente la facilidad ó dificultad de adquirirlas, ó bien, su abundancia ó escasez. Lo que á todos sobra, no se busca; lo raro és lo que excita el interés; lo extraño aviva la curiosidad; lo escaso, si és útil, se

hace de apetecer y de pagar. Si los diamantes abundáran, no fuera tanta su estimación.

El valor en cambio és sumamente variable, ya por la misma razón de abundancia y escasez, ya porque las cosas ó los objetos no tienen siempre igual uso y aplicación. Siendo la utilidad la representación de la riqueza y la consecuencia de nuestras necesidades reales ó facticias, experimenta la utilidad tantas y tan frecuentes alteraciones, ora en la sociedad por las costumbres, las modas y los inventos, ora en el mismo individuo por la edad, los gustos y las pasiones, que el objeto que ayer se buscaba, hoy se arrincona, y el que hoy priva se verá despreciado mañana. Por eso son inconstantes los valores.

El valor de los productos representa el de los servicios de la producción, y su medida usual és la *moneda*, la cual por sí misma és tambien riqueza y tiene valor. El valor de la moneda es igual al de las cosas que por ella pueden cambiarse en compra ó venta. Y sirve la moneda de intermedio en los cambios, como tipo de referencia, ó como denominador comun de los valores. Así, una casa, dos caballos, y tres piezas de paño, se valoran en moneda, y su importe se suma facilmente: la casa 10.000 pesetas por ejemplo, los caballos 1.500, y los paños 1.200; total 12.700.

Mas por lo mismo que la moneda es un valor, está sujeta (y tenemos aquí que anticipar ideas) á subir y bajar segun su escasez ó abundancia, como todos los demás objetos y servicios. Cuando

en una nacion hay mucho oro ó plata en circulacion ó movimiento, se estiman estos metales en ménos, y se dá mayor cantidad de ellos en cambio ó pago de efectos ú obgetos en el mercado; por el contrario, cuando circulan poco el oro ó la plata, adquieren mayor estimacion ó mayor valor, y se dan en menor cantidad en pago de toda clase de efectos. En el primer caso, suele decirse que han encarecido los géneros ó efectos, y que han abaratado en el segundo; pero ese es un error. Si la produccion y el consumo no han tenido alteracion sensible, claro és que los valores generales y sus relaciones no han experimentado alza ni baja. Subsisten los mismos: lo único ocurrido és que el valor intermedio ó la expresion del cambio, que és la moneda, experimentó vicisitudes, y que su precio fué barato en una ocasion, y caro en otra. El trigo y otros artículos, cuestan hoy en España seis veces más que hace cuatro siglos, y no por eso ha aumentado su valor: ha disminuido el de la moneda.

Diferente cosa és cuando sin variacion en la cantidad de moneda circulante, y sin novedad en la mayor parte de los valores, se nota alteracion en alguno ó en algunos de ellos. En una mala cosecha escaséa el trigo y sube el precio del pan. Aquí hay realmente aumento de valor. Y por la inversa, baja el valor en una cosecha colmada.

La riqueza general está en relacion con la suma de valores. Si aumenta la produccion, acrece-
rá el consumo, dentro y fuera del país, porque

de lo contrario y en falta de consumo, pronto cesa de producirse el género que no encuentra mercado. Podrán alterarse unos ú otros precios, y el valor relativo por consiguiente; pero con la produccion se habrá difundido la riqueza y á la par el conjunto de valores que la constituyen. Cuando disminuye la produccion, riqueza y valores desmerecen y decaen. Porque solamente el trabajo es fecundo.

La riqueza particular se considera en relacion del individuo á la generalidad; la utilidad se caracteriza por la aplicacion de una cosa al uso ó al consumo; y el valor se deduce, como arriba se dijo, de la comparacion de la utilidad de un objeto con la de otro. La utilidad es relativa al consumo; el valor, á la posesion. Se consumen utilidades; se poseén valores.

CAPÍTULO VI.

Del precio.

El *precio* de una cosa és la cantidad de moneda que cuesta su adquisicion.

Todas las cosas que tienen valor, pueden darse, ó en cambio, ó en venta. Si por determinadas mercancías ó servicios propios, recibimos la equivalencia de mercancías ó servicios agenos, hay conveniencia mútua, hay compensacion, avenimiento, y cambio ó permuta.

Si el cambio de mercancías ó servicios és por dinero, entonces hay venta, y el dinero ó la moneda que se cruza, forma el *precio*.

Hay *precio necesario, remunerador, y corriente*. El primero comprende todos los gastos de produccion, de que el productor se reembolsa al vender. Si no se reembolsase, perdería. Significa el segundo que el productor, además de reembolsarse, consigue alguna ganancia. Y el tercero és el que las mercancías tienen en el mercado general.

El *precio remunerador* ha de ser mas bajo que el *corriente*, pues al paso que el productor suele vender de primera mano y en grandes partidas, el mercado soporta nuevos gastos, siendo las ventas sucesivas efecto de combinaciones escalonadas hasta el despacho al pormenor.

Tampoco és igual el *precio remunerador* ni el *corriente* en todas las producciones de una misma especie, porque varían los medios y las condiciones. Las tierras de primera calidad rinden, con el mismo trabajo y costo, mayor cosecha que las inferiores; y las fábricas se diferencian entre sí por la facilidad de acopio de primeras materias, gasto de jornales, distancia á los puntos de consumo etc. Mas como el *precio corriente* de las mercancías se establece en el mercado sobre el tipo mas bajo posible, porque en igualdad de calidades nadie va á comprar lo mas caro, resulta que la produccion menos costosa és la que sale mejor librada.

El labrador ó fabricante, que, favorecidos por

las circunstancias ó á fuerza de ingenio y trabajo, producen á menor costo y al mas bajo precio necesario, son los que más ganan. El productor con mucho gasto se arruina, y tiene que abandonar su industria, dedicándose á otra. Y claro és que, cuanto mayor sea la baratura de la produccion por parte del ganancioso, tanto más subirán sus beneficios en la venta. Si entonces tiene el buen sentido de bajar sus precios, aplicándose á producir mucho para ganar *muchos pocos*, los demás productores se verán obligados á imitar su ejemplo, y el público saldrá beneficiado. Por que, si el que gastaba dos pesetas en un par de medias puede ya comprarlas por una, se ahorra una peseta, que aumenta su capital disponible.

El *precio medio* ó razonable de las cosas, és el que deja regular ganancia ó beneficio al que vende, sin sacrificio para el que compra. Cuya especie de nivelacion se establece por sí misma y naturalmente, á favor de la libertad. Y és que, cuando escaséa una mercancía, sube de precio, y pronto la trae el comercio de otra parte al mercado, ó acuden productores al país; y á la inversa, cuando hay exceso, bajan los precios, á punto de que parte de los productores se vea obligada á retirarse. Entonces queda la produccion reducida á lo necesario, y los precios á su nivel.

Como el valor de las cosas depende de su utilidad asociada á la dificultad de su adquisicion, lo que sucede con los demás efectos ó mercancías se observa igualmente respecto de la moneda,

mercancía también é instrumento de cambios. Si en un país escasea la moneda, y por consiguiente aumenta de valor y sube de precio, mientras que abundan mercancías ú objetos vendibles, poco tardará ella en presentarse allí donde más vale, y seguirá acudiendo hasta que se establezca el equilibrio ó la nivelacion. Esto lo hace también el comercio. Y cuando ya sobra la moneda desmereciendo y perdiendo valor, emprende su retirada en busca de otros mercados donde encuentre mayor utilidad y beneficio.

La nivelacion razonable de los precios desaparece, desde el momento que falta la libertad en los cambios y en el movimiento comercial. Siempre que una mercancía lleva sobre sí un gravámen que la encarece, limita su despacho. Podrá ganar el usuario del gravámen ó el que disfrute el sobreprecio, pero el público perderá pagando mas caro de lo justo y razonable, ó privándose de lo que apetece. Es el caso del monopolio.

Si un gobierno adopta el oficio de fabricante, y se reserva el derecho exclusivo de la elaboracion y venta de un artículo á alto precio, impone una contribucion indirecta á los consumidores. Y si impide ó dificulta la libre concurrencia de la fabricacion extranjera por beneficiar á un ramo cualquiera de la industria privada, esta industria es la que percibe y aprovecha la contribucion ó el sobreprecio resultante de la proteccion especial. La renta de aduanas impone á las mercancías extranjeras un gravámen, que respira proteccion

cuando prohíbe su entrada ó la dificulta enormemente, con lo cual se estimula el contrabando, y que se reduce á un mero derecho fiscal cuando es moderado y llevadero, ya como impuesto general de consumo, ya como registro y comprobacion del movimiento mercantil.

Distinto és y legítimo el monopolio natural, que disfruta un productor en virtud de calidades excepcionales, ó de la novedad que temporalmente le proporciona ventajas sobre los otros.

Bien se comprende que la inestabilidad y fluctuacion de los precios dependen principalmente de los encontrados intereses y de la lucha entre vendedores y compradores. Es lo que se ha llamado la *oferta* y la *demanda*. Si son pocos á vender y se agolpan muchos á comprar, habrá alza en el precio; y habrá baja si al contrario es mucho lo ofrecido y poco lo buscado. Siempre se entiende la *oferta* por géneros ó mercancías á la vista ó en poder del vendedor; así como la *demanda* arguye medios de pagar en el comprador. No és *demanda* en el orden económico el deseo impotente; ni la necesidad ó el antojo sin dinero influyen en el mercado. Aun cuando al pasar delante de una platería haya quienes se recreen y codicien una vajilla de plata sin poderla comprar, no por eso sube ni baja su precio.

Es decir que el valor en cambio ó el precio corriente de una cosa, está en razon directa de la demanda, é inversa de la oferta.

Así como el valor expresa la relacion entre

unas y otras riquezas, el precio significa la relacion entre unos y otros valores.

En una venta forzada, baja el precio del objeto, mas nó su valor; por eso acuden compradores.

Los precios vienen á fijarse por la naturaleza y fuerza misma de las cosas, nó por el alvedrio de los hombres. Hay artículos de lujo que la ostentacion ó el capricho se complacen en pagar por lo mismo que son caros y raros, así como los hay de necesidad, que afortunadamente se producen y obtienen á módicos precios. En todos és la libertad de concurrencia la reguladora y moderadora mas justa y eficaz.

El costo de produccion és el límite inferior del precio razonable de las cosas. Y la concurrencia tiende á aproximarse á ese límite.

Si no pueden ni deben gravarse oficialmente los géneros para encarecerlos, tampoco debe limitarse ó tasarse su precio para abaratarlos.

Siempre que en ciertos artículos, especialmente en los de primera necesidad, han querido los gobiernos con la mejor intencion, fijar los precios máximos, ó establecer la *tasa*, han incurrido en un error demostrado por la experiencia, porque han dañado á la produccion, y por consecuencia al consumo que pretendían favorecer. Cuando el precio de la *tasa* es inferior al precio necesario, no puede el productor continuar largo tiempo elaborando con pérdida diaria; disminuye luego la produccion, y el artículo ó la mercancía

empieza á escasear en el mercado. Como la escasez no permite la subida de precio en razon de que la impide la *tasa*, que á no ser así saldrían productores á perfia, se deja sentir la penuria, se aprovisionan en sus casas los pudientes, se acongoja la generalidad, y de ahí el pánico, las crisis, y á veces las perturbaciones.

Esta es la razon económica, perceptible al buen sentido, y confirmada por la historia. Que si en determinadas circunstancias tienen los gobiernos que hacer esfuerzos pecuniarios para libertar á los pueblos del hambre, eso entra en la esfera de la habitual prevision y de la humanidad, como el remedio eventual de otras calamidades públicas. Y si el mercado de artículos de primera necesidad está expuesto, como todos los otros, á cierta especie de concierto ó monopolio artificial y privado de acaparadores ó atravesadores, que en ocasiones hagan pagar demasiado caros sus servicios, en la libertad está el correctivo á la corta ó á la larga, especialmente si algo pone tambien de su parte en sentido económico la administracion municipal.

La oferta libre es variable segun tiempos y circunstancias, porque no siempre hay igual provision de géneros ó mercancías, por más que el comercio procure nivelar á unos países con otros. La demanda crece generalmente con la abundancia de la oferta y baja de precios, aunque nó en una relacion constante, porque las necesidades y los medios de adquirir tienen sus límites. En es-

casez de ofertas y alza consiguiente de precios, disminuye la demanda; y hasta en los efectos de primera necesidad se cercena el consumo, como síntoma de sufrimiento en las clases menesterosas.

La baja del precio necesario en la produccion por efecto de procedimientos industriales mas económicos ú otras causas, és ventajosa para la sociedad. A cuantos más objetos de consumo se extienda, tanto más aumenta la riqueza pública, porque pone mayor número de ellos al alcance de los consumidores, proporcionándoles mejor-estar, cultura, instruccion, estímulo y facilidades para el trabajo.

La agricultura favorece á la industria fabril con baratura de alimentos y primeras materias; y las fábricas auxilian á las labores del campo con ropas, utensilios y máquinas. Así se armonizan y enlazan los diferentes ramos del progreso, en los cambios de unos por otros productos de la actividad del hombre.



TÍTULO SEGUNDO.

CREACION DE LA RIQUEZA.



CAPÍTULO VII.

De la produccion.

Produccion és la creacion de un valor, ó el aumento del ya existente. El hombre no puede crear un átomo de materia ó de sustancia, ni aniquilarlo tampoco; pero puede modificar la materia de que dispone, transformarla y apropiarla á usos útiles ó agradables. Produce, pues, y acumula riqueza, creando ó acrecentando utilidad y valores. No crea la materia, pero sí la cualidad.

Para producir, necesita *primeras materias*, que son sobre las que ha de operar, y luego ejerce su accion, auxiliada en muchos casos por las fuerzas espontáneas de la naturaleza. Aisladamente, es incapaz el hombre de producir una flor natural ni aun una hoja; mas si toma una semilla y la entierra, vé sucesivamente brotar la planta, entallecer, cubrirse de hojas, y florecer, despues que la naturaleza la acojió en su regazo, y la proveyó de condiciones de vida.

Ha conseguido producir un valor en flores sin gran trabajo. Toma una piedra, primera materia,

y con auxilio del cincel y el mazo vá contorneando y formando una estatua: produce otro valor, y con mayor trabajo por haber carecido de auxiliares naturales. La semilla apenas tenía valor, y puede haber producido muchas flores: la piedra tampoco lo tendría sino escaso, y puede haberlo adquirido grande segun la habilidad del escultor.

Producto és el resultado útil de todo trabajo, y tambien la expresion de su valor. Son ventajosos los productos cuando excede su valor al gasto que originaron ó al precio necesario de produccion; se consideran gravosos cuando no alcanzan á cubrir su costo; y son nulos si por su insignificancia ó mala calidad no encuentran precio ni comprador.

Las primeras materias pueden formar una cadena, de modo que el producto de una industria sirva de elemento para otra. Así, el labrador cultiva, abona, y riega un prado, con cuya yerba, como primera materia, alimenta carneros que le producen lana. Esta lana és primera materia para el fabricante de hilados; el hilado para el tejido; el tejido para el tinte, de donde sale la pieza de paño; la cual aun puede considerarse primera materia en manos del sastre que vá á cortar y coser un vestido.

La *produccion* és realmente una aplicacion de fuerzas, fisicas ó intelectuales, cuyo resultado se traduce en obgetos propios para satisfacer nuestras necesidades ó deséos, ó para ser cambiados por otros. Al producir, la fuerza obra como causa,

el hecho y modo de aplicarla és la accion, y el resultado és el obgeto apetecido.

Dividese la produccion como la utilidad, en *material* é *inmaterial*: la primera corresponde al órden fisico, en que el hombre por su trabajo y capital dá utilidad á la materia; y la segunda al órden moral, en que el hombre presta servicios, haciéndose directamente útil al hombre.

El que sean ó nó duraderos los productos, no altera ni modifica su naturaleza: sirven para el uso á que se destinan. Más tiempo dura y resiste á los golpes una vasija ordinaria de hierro, que una preciosa copa de cristal tallado; y mas aguanten tienen las lonas que los encajes. Las leñas pueden apilarse y conservarse amontonadas: no así una cosecha de fresas.

Tampoco influye en la esencia de los productos el que dejen ó nó rastro de su existencia al consumirse, ni el que sean ó nó acumulables, ni aun tangibles. Los alimentos que tomamos se consumen y desaparecen en el acto, y sin embargo nos reportan la utilidad de sostener la vida. Productos materiales hay que no se tocan ni aun se perciben con la vista, como el aire atmosférico, el gas del alumbrado, el ozono, el ácido carbónico, y otros varios que demuestra la química; los hay tambien que se evaporan mas ó menos rápidamente á la temperatura ordinaria, como el alcanfor que és sólido, los éteres que son líquidos etc., sin que por el riesgo de esa desaparicion dejen de tener su valor reconocido. Y entre los

inmateriales, figuran los que son hijos del talento, del estudio, ó de la habilidad, y que crean utilidades ó goces, mas ó menos fugaces, para las personas que los necesitan ó los apetecen: productos ó servicios, que voluntariamente son retribuidos ó comprados.

Servicio és todo acto que obliga. Tiene un valor moral cuando empena la gratitud, que no se satisface hasta que corresponde con otro servicio equivalente. Y el valor se convierte en material, siempre que tiene un precio señalado, pagadero en moneda, sea como sueldo, honorarios, ó salario, genéricamente como retribucion. Es una produccion *indirecta*.

Oro és lo que oro vale. Y es *produccion* la de cosas, tangibles ó nó, que se pagan con oro. El dictámen de un letrado, la consulta de un médico, de que pueden depender la fortuna y la salud, son un tesoro inmaterial pero positivo; servicios que el cliente ó el enfermo estiman en tanto ó más que la moneda con que los retribuyen. El letrado y el médico trabajan y hacen de su talento riqueza, que pueden acumular, puesto que cobran. Poséen un capital moral, que, puesto en accion, les rinde interés en valores, como lo rinde el capital material: luego producen. Su produccion no deja rastro en el mercado: és que carece de forma corpórea, pero el que la paga la consume moralmente aprovechándola.

Por otra parte, cuando el médico cuida la salud del productor, sostiene su aptitud para el

trabajo. Cuando el letrado salva el caudal ó la honra de una familia, y el catedrático prepara y adoctrina la juventud, allanan el camino para la produccion; cuando un empleado público ó particular coadyuva en el servicio del estado ó de una empresa, auxiliar és y participe en la produccion moral ó material; y cuando un sirviente doméstico descarga de quehaceres á su amo, libre le deja el tiempo para dedicarse á otros trabajos.

Todavía más: un concierto musical puede ser una produccion en el sentido económico. Cuando el público és admitido gratuitamente, disfrutará un rato de recreo, recibirá un obsequio, que si la música fuese destemplada, se trocaría en un tormento; mas cuando paga la entrada, ya retribuye un servicio que le proporciona un goce, valorará el buen rato en moneda, y los autores del concierto se habrán creado con su trabajo una riqueza positiva. El goce es fugaz, se disipa, se consume: el trabajo puede haber exigido largas preparaciones, pero la ejecucion ha sido corta y se ha disipado tambien.

Ha habido un cange, moralmente productivo para unos, materialmente para otros: servicio reciproco, fundado en la produccion.

Producto bruto és el obtenido y representado por la suma de valores de las cosas producidas. Y és *producto liquido* el que resulta despues de descontados los gastos de produccion.

La produccion será naturalmente tanto mas

fecunda, cuanto sea menos costosa, y cuanto mayor salida encuentre en el mercado. Nada favorece tanto á la produccion, como el incremento del número de variados productores; porque se aumenta el movimiento, hay facilidad de permutas, se abaratan los productos, circula la moneda, y el estímulo al trabajo se alienta con la seguridad de la ganancia. Los diferentes ramos de industria se dan unos á otros la mano.

Los productos, al aumentar en cantidad, bajan de valor; pero mientras sean igualmente necesarios ó útiles, no bajan de valor sin aumentar en cantidad.

Puede á la verdad llegar el caso de un exceso de produccion, que no encuentre salida en el país ni en el extranjero, por efecto de una crisis económica que paralize los negocios, ó de una guerra que interrumpa las comunicaciones, ó porque realmente haya habido exajeracion é imprevision forzando algun ramo de industria. Los dos primeros accidentes son por su naturaleza pasajeros; el último afectará á algunos individuos, mas nó á la generalidad. Expuestos están los productores á que por efecto de cambios en la moda, ó por superabundancia de productos, ó por sustitucion de unos á otros artículos de consumo en razon de mayor baratura, debida á descubrimiento de nuevas primeras materias ó métodos de fabricacion, resulte plétora parcial en tal cual ramo de produccion, con difícil ó imposible salida á las existencias. En tales casos ya sabe cierto número

de productores el rumbo que le conviene adoptar: sufrir el contratiempo, someterse á las circunstancias, y dedicarse á otro negocio.

Por lo demás, el riesgo de una superabundancia general de productos és tan remoto, que apenas se concibe su posibilidad en la sociedad moderna. La produccion indica prosperidad; las necesidades y los gustos del hombre son indefinidos; la civilizacion abre nuevos mercados en remotos climas y diversas razas; la posibilidad de adquirir aviva el deséo de disfrutar; y de la actividad de la produccion y del movimiento de los valores se nutren y acrecientan los pueblos. Tanto mayor riqueza y poder acumula una nacion, cuanto mayor suma de bienes ó valores poséen los ciudadanos.

Mas rico que por la cantidad de productos, és un país por la economía y perfeccion en los medios de producir. Y generalmente baja el costo de produccion, conforme se eleva el de los establecimientos industriales y su maquinaria, porque los procedimientos resultan entonces mas económicos.

Los elementos de la produccion son tres: la *tierra*, el *trabajo*, y el *capital*. La tierra y su atmósfera subministran las primeras materias y los agentes naturales; el trabajo és la accion que realiza la transformacion de las primeras materias en los productos apetecidos; y el capital anticipa el pago de los gastos de la produccion.

CAPÍTULO VIII.

De la industria.

Llámanse *industria* al arte de producir, que és el trabajo guiado por la inteligencia.

En los productos materiales, toma la industria las primeras materias, y las pone en estado de darles un valor que no tenían, ó de aumentar el que ya pudiesen tener.

En los productos inmateriales entran los de las profesiones liberales y funciones públicas ú oficiales. Los que las desempeñan empléan su trabajo, su talento y el fruto de sus estudios y habilidades, en prestar servicios que crean valores de uso, por convenios entre los interesados. En el mismo caso se hallan todos cuantos prestan otros servicios no profesionales.

Concurren en la industria de la produccion material tres elementos: *la ciencia, el arte, y la mano de obra.*

La ciencia está al corriente de las leyes conocidas de la naturaleza. Las matemáticas, la química, la física, y la historia natural sirven de guia para calcular, preparar y dirigir la produccion. Al compás del progreso y diffusion de esas ciencias en un país, suele caminar su industria: donde las ciencias han decaído, la industria se ha estacionado, para luego desaparecer. La ciencia necesita el

capital, alienta la produccion, y hace más intelectual el trabajo.

El arte és la aplicacion de las reglas dictadas por la ciencia, és el caudal de conocimientos especiales, adquiridos ó transmitidos, y és la regulacion de la marcha del trabajo.

La mano de obra ó el oficio, consiste en el ejercicio de la fuerza corporal, trabajo del obrero: tanto mas valedero y eficaz, cuanto más vaya acompañado de destreza é ingenio.

Una misma persona puede desempeñar estas tres funciones: és la industria, lo más en pequeño posible. Tambien se considera pequeña industria la del labrador que, solo ó con pocos brazos auxiliares, cultiva una corta extension de terreno, y la del fabricante que opera en un taller de reducidas proporciones.

La industria en grande és la que cultiva ó fabrica en escala mayor; la que principalmente se apropia los agentes naturales, como el aire y el agua para motor, ó empléa la fuerza animal, ó saca partido de la gravedad de los cuerpos, ó más bien hace uso del vapor, y de máquinas de accion y aparatos de transmision; la que economiza tiempo y brazos; la que allega una considerable masa de productos. Aquí és indispensable la asistencia de un director facultativo que represente la inteligencia, y del dueño, empresario ó administrador, que si tiene ciencia, ha de poseer en mayor grado el juicio y talento de los negocios, con el suficiente número de sobrestantes ó gefes de

taller, para conducir las operaciones y vigilar á los obreros.

La industria en pequeño és recurso para quien no posee sino escaso capital. Reune las ganancias de capitalista, maestro, oficial, y vendedor de su propia obra: dá ocupacion útil al labrador en los días de mal tiempo y en las veladas de invierno; moraliza y estrecha los lazos de la familia. Estas son sus recomendaciones. Por su desgracia, no cabe en ella la division del trabajo, ni admite procedimientos económicos, ni puede apenas salir de prácticas rutinarias, ni sus productos compiten y luchan en calidad y baratura con los de los grandes establecimientos.

En estos, de la industria en grande, funcionan capitales cuantiosos, que facilitan los acopios de primeras materias en oportunidad y buenos precios, así como las salidas ó ventas de la produccion sin precipitacion ni apuro; se empleán diferentes oficios para las sucesivas operaciones; se hace la division del trabajo resultando mayor economía y perfeccion; se adoptan las invenciones ventajosas de máquinas y procedimientos; y la cantidad y calidad de sus productos les permite enseñorearse de los mercados.

En la industria, la materia la ofrece la naturaleza; y su modificacion ó transformacion se opera por medio de la materia tambien, á veces con auxilio de agentes naturales. El hombre, en rigor, no viene á poner más que el movimiento inteligente.

De todos modos, la especulacion industrial requiere diligencia y meditacion antes de plantearse, para no correr el riesgo de perder tiempo, capital y crédito. No basta que un hombre sea ilustrado y poséa teorías, para que desde luego se ponga á dirigir un establecimiento en cualquiera de las industrias. Necesita haber además aprendido el oficio como observador perseverante, y mejor como obrero aplicado. Así lo hizo Pedro I de Rusia; y raro será el presuntuoso que en estas materias se atreva á improvisarse, sin incurrir en un desengaño, con mengua propia y escarmiento de capitalistas confiados. Al lado de la ciencia especulativa y buen juicio, és indispensable la experiencia.

Hará mal, por lo tanto, el industrial que intente una empresa, en lanzarse sin conocerla bien por sí mismo y sin seguridad de las manos que emplea; así como se expondrá mucho el hacendado, que se dé á nuevos cultivos sin la conveniente preparacion y repetidos ensayos.

La industria no necesita proteccion meticulosa de los gobiernos: le basta con no sufrir opresion. Consideracion, la que á los ciudadanos honrados y profesiones útiles; remocion de los obstáculos interpuestos por los errores económicos de los pasados siglos; porque la industria se acerca en el mundo civilizado, si no ha llegado ya, á la época en que termina toda tutela, por buena intencion con que le hubiese sido dispensada. La legislacion debe limitarse á afianzar la libre accion del individuo en

el ejercicio de su trabajo, siempre que respete los derechos de los demás, á ofrecerle seguridad en su persona con la voluntaria disposicion de sus productos, á evitar violencias y fraudes, á regularizar la concurrencia, cuando y como fuere necesario, á dificultar la colision de encontradas pasiones, y á estimular y fomentar la produccion.

La industria opera sobre cosas y sobre personas. Lo primero se refiere á la produccion de objetos materiales y su distribucion; lo segundo, á los servicios prestados de hombre á hombre en las necesidades morales, intelectuales, físicas y sociales de la vida. Sobre estos servicios ya queda dicho lo que incumbe á la Economía política. Respecto de la produccion material, se ha adoptado generalmente la siguiente division: *industria extractiva, agricola, fabril, y comercial*, que vienen á ser, el arte de administrar la riqueza en los campos, las fábricas, y el comercio.

Consiste la industria extractiva en sacar de la tierra y del agua las cosas espontáneamente subministradas por la naturaleza sin concurso del hombre; la segunda és el trabajo del hombre, que se ayuda de la tierra y los agentes naturales para obtener productos vegetales y animales; la tercera comprende la modificacion de las primeras materias para producir cosas ú objetos útiles, que és cambio de forma; y la cuarta se ocupa de transportar y distribuir entre los consumidores los productos de las otras industrias, que és cambio de lugar. — Esta clasificacion tiene algo de inexacta,

porque en el órden físico como en el moral, se confunden las líneas divisorias de muchos de nuestros conceptos analíticos. El cultivador és manufacturero cuando prensa su uva y elabora vino, así como se hace comerciante el jardinero que lleva sus flores á vender á la plaza. Sin embargo, és la clasificacion admitida, y sería difícil sustituirle otra mejor.

Todas las industrias son igualmente atendibles. Si la agrícola nos alimenta y provee de primeras materias á la fabricacion, lo mismo viene á hacer hasta cierto punto la extractiva; la manufacturera nos viste y surte de variados artículos á nuestra satisfaccion; la comercial nos acerca y pone á mano todos los productos que necesitamos. Es más: unas industrias dependen sustancialmente de las otras. A las inmediaciones de las ciudades ricas se ven los campos mejor cultivados; y no habria tráfico interior, si no se cambiasen manufacturas por frutos.

Si Tiro y Génova con escaso territorio, y Venecia puede decirse que sin ninguno, se hicieron poderosas por ciertas manufacturas y el comercio, y luego por las armas, su decadencia no habria sido tan estrepitosa á haber podido en ellas hermanarse mayor número de industrias. Territorios hay, como gran parte del de España, predestinados para la agricultura; pero tampoco pueden muchas naciones ponerse á su nivel en condiciones de situacion geográfica, y aptitud material y moral para los demás ramos de industria. Resta

que los españoles acaben de conocerlo y utilizarlo.

La concurrencia en la industria favorece al público, con tal que sea leal, sin fraudes ni falsificaciones. — Tomará la delantera quien más valiere, más trabajáre, y con mayor orden y método procediere; que en una empresa industrial no se hacen las cosas bien, sino cuando se sabe exactamente lo que se hace.

CAPÍTULO IX.

De la industria extractiva.

Todos los objetos espontáneos que contienen los tres reinos de la naturaleza, en la sobrehaz de la tierra ó del agua ó en las profundidades á que el atrevimiento humano es capaz de llegar, y que pueden satisfacer nuestras necesidades ó nuestros deséos, son riqueza que no ha sido creada por el hombre. Desde las rocas graníticas, los mármoles y la hulla hasta el polvo de esmeril, desde los gigantes baobal y eucalipto que crecen en los bosques del Senegal y Australia, hasta el brezo y el humilde líquen; y desde la ballena y el elefante hasta la ostra y el colibrí, sin descender á los órdenes inferiores, campea una vastísima escala de seres, inanimados y animados,

de que la industria aprende á sacar partido. El hombre no tiene por de pronto más trabajo que apoderarse de ellos, apropiárselos y utilizarlos, como valores de uso cuando pueden inmediatamente consumirse ó aplicarse con ventaja; y como primeras materias cuando necesitan modificarse por el arte.

Como el laborear una mina, lavar arenas metalíferas, cortar un árbol silvestre, arrancar la corteza de otros árboles, y el cojer adormideras ó setas en los campos y bosques, cazar un venado y pescar un salmon, son operaciones que repugna al buen sentido introducir en los cuadros de la industria agrícola, ni de la fabril ó comercial, de ahí el que se haya ideado la nueva clase de industria *extractiva*, denominacion admisible á falta de otra. La examinaremos como *mineral, vegetal, y animal*.

La minería subministra el mas útil de los metales, el hierro, y el mas industrial de los combustibles, la hulla, así como el oro, la plata, el platino, el cobre, el plomo, el azogue, y la generalidad de los otros metales; tambien el azufre, el fósforo, las piedras preciosas, las de construcción y adorno, las sustancias salinas, etc.

La industria minera se ejerce á veces en la superficie del terreno, como para la rebusca del diamante en las arenas del Brasil, Goleonda, Visapur y el Ural, lo mismo que para los rubíes, esmeraldas y amatistas: tambien el oro se encuentra en pepitas, granos y pajillas en terrenos areniscos

y en los placeres, de varios rios, incluso algunos de España, sin dejar de presentarse igualmente diseminado en filones de cuarzo. Otras veces tiene el minero que perseguir el mineral á grandes profundidades, por medio de pozos y galerías, que frecuentemente se vé obligado á entivar. Asi sucede con los minerales de azogue ó mercurio, la plata, el cobre, el plomo, el zinc, la hulla, y la generalidad de los productos que extrae.

Al laboréo y explotacion de las minas vá frecuentemente unido el beneficio de los minerales extraídos, por medio de la fundicion, copela, amalgama, cloruracion ú otros procedimientos: operaciones variadas, que realmente caen ya dentro del círculo de la industria fabril. Otras veces el minero vende sus minerales al fabricante fundidor.

Azarosa és la industria extractiva en el reino mineral, y exige conocimientos teóricos y prácticos, no solamente en geologia, geognosia y mineralogia, sino tambien en química y mecánica, y en el arte del laboréo con sus peculiaridades y exquisitas precauciones. Las grandes explotaciones requieren, además, un capital de consideracion; en pequeño, esta industria se reduce á un oficio de práctica tradicional.

En España y otros pueblos de reminiscencia latina, el sub-suelo del terreno se entiende pertenecer al Estado, quien lo cede á los particulares para los efectos mineros: en Inglaterra y los Estados-Unidos, de tradicion sajona, el dueño del suelo

lo és tambien del sub-suelo. En este sistema se respeta más el derecho de propiedad: en aquel se estimula el progreso de la minería.

En el reino vegetal, la industria extractiva apenas requiere mas que destreza en las cortas de árboles, y discernimiento de las plantas silvestres útiles, para no confundirlas con las dañosas. En los bosques se cortan árboles para madera de construccion, ó para leña combustible; el carbonéo en que se ejercitan algunos leñadores, puede mirarse como industria fabril. Todos los productos inmediatos de los bosques y selvas, plantas que nacen en tierra y aun en el agua, ó parásitas que viven sobrepuestas á otras, frutos y residuos vegetales, y hasta aprovechamientos de procedencia animal en las soledades del monte; todo cae bajo la mano del hombre buscador. En nuestras Antillas no és raro el que las abejas se acomoden en las copas de los árboles, construyéndose una manera de nidos donde labran sus panales; *los guajiros* (hombres blancos del campo) no se toman la molestia de subir, sino que cojen el hacha, y tumban un cedro, un caobo ó una ceiba, que dejan en el suelo, para apoderarse á placer de la miel apetecida.

De los productos de la industria extractiva vegetal, unos tienen aplicacion inmediata, como las leñas, los frutos del pino, el madroño, la encina y el cocotero, las hojas del añil y las yerbas medicinales; otros son primera materia, como el corcho del alcornoque; al paso que otros se aprovechan desde luego como la corteza de la

quina, y sirven además de primera materia para la extracción de la quinina.

En el reino animal, la industria extractiva comprende principalmente la caza y la pesca.

La caza, usada desde la infancia de los pueblos, no solamente provee al hombre de alimentos sanos y agradables, sino que limpia los montes y valles de animales dañinos, que turban la paz de los campos y talan las cosechas del labrador.

El marfil de los colmillos del elefante, el almizcle de la bolsa del gato almizclero, las plumas del avestruz, las pieles de muchos animales, y otros varios objetos útiles, son despojos que la caza proporciona á las aplicaciones industriales. Los *llaneros* de Buenos-Aires enlazan los toros bravos y los cojen por miles. Antes apenas aprovechaban más que sus pieles; luego empezaron á salar las carnes, y ahora las llevan á la fabricacion en grande allí establecida, de la preparacion alimenticia que se vende con el nombre de *sustancia de carne de Liebig*.

En la caza suele abusar la preocupacion, matando aves que los labradores miran con ojeriza, siendo así que benefician á la agricultura, porque destruyen multitud de insectos perjudiciales á sembrados y plantíos. A la Australia se han llevado recientemente de Europa considerables partidas de gorriones, para que sirvan de auxiliares al cultivo.

La pesca és fluvial y marítima, de agua dulce y de agua salada. La primera produce principal-

mente alimentos para el hombre: la segunda tambien, y además promueve poderosamente la navegacion, y forma los marineros mas diestros y atrevidos. La pesca de la ballena pone en movimiento centenares de buques á las regiones frias de ambos polos, para aprovechar el aceite y las barbas del animal; el bacalao atrae al banco de Terranova y á la Groenlandia no menor número de naves y de marinos; la sardina y el atun entretienen la actividad en nuestras costas de Galicia y Andalucía; y el arenque es hoy todavía en Holanda un resto de mayor riqueza de otros tiempos.

Modernamente se propaga en las costas del mar de varias naciones de Europa y en rios y estanques del interior, la cria, bajo el cuidado del hombre, de ostras y peces comestibles: nueva industria, que campea por fuera de los límites de la extractiva.

Tanto en la caza como en la pesca, debe evitarse la destruccion ó la sensible aminoracion de las especies de animales útiles: por eso se prohíbe cazar y pescar en las épocas de la reproduccion. Es cuidado é incumbencia de los Gobiernos, los cuales con buen acuerdo fijan las temporadas de las respectivas vedas ó prohibiciones. Es igualmente su obligacion, en esta industria como en todas, y en todo lugar y tiempo, el mantener ileso el derecho de propiedad rural, y el atender á la salubridad pública y á la seguridad general. Fuera de esos puntos cardinales y eternos, la industria extractiva requiere, como todas tambien

(y esto lo repetiremos con frecuencia,) libertad de accion, espontaneidad de movimientos, franca, legal y fecunda competencia de actividad é intereses.

CAPÍTULO X.

De la industria agrícola.

Los seres de los reinos vegetal y animal que la naturaleza produce espontáneamente, y que el hombre se apropia para utilizarlos, ya sabemos que figuran en la industria extractiva.

Los mismos seres, producidos por la naturaleza, con intervencion del hombre y cuidados por él, son obgeto de la *industria agrícola*.

En la industria agrícola la naturaleza pone lo más; el hombre lo ménos, pero lo esencial, que és el discernimiento. La naturaleza obra por leyes eternas, sencillas, sábias, fatales, en continúa rotacion de descomposicion y recomposicion de la materia, mejor libradas las especies que los individuos: el hombre imita, y luego inicia y dirige, y si no inventa leyes, las descubre y discurre aplicaciones.

Antes que al hombre primitivo le ocurriera cultivar, pudo advertir que de las semillas de los árboles desparramadas por el suelo, eran algunas albergadas por la tierra y yerbecillas, brotando

despues árboles iguales á los de su procedencia. De ahí debió surgir la idéa de la imitacion.

Cuando el labrador coje una semilla, ó una raíz, ó una rama, y las coloca en un hoyo cubriéndolas con tierra, ejerce su iniciativa. La naturaleza subministra la tierra, la humedad, el calor, el aire, el sol, la electricidad, el estímulo para la germinacion, el alimento en el suelo y en la atmósfera; y de ahí el brote, el desarrollo y los medros de la planta, hasta que empieza la época de la decadencia, que termina en la descomposicion. ¿Qué ha puesto el labrador? La accion iniciadora, hija de su voluntad.

Observa luego, que la planta sembrada produce fruto mayor y mas dulce que la silvestre, las hojas y raíces tienen mas grato sabor, las flores mayor belleza; mas adelante reconoce que los trasplantes y los injertos contribuyen á mejorar las castas; se convence de que las plantas inútiles usurpan el alimento á las útiles, y aprende á limpiar ó escardar; se hace cargo de que la repeticion del cultivo depaupera el suelo, porque las plantas cultivadas absorben por las raíces la materia nutritiva que prefieren, hasta agotarla, y concibe la idéa de los abonos y de la alternativa de cosechas; experimenta falta de lluvias, y acude al riego cuando puede proporcionarse agua; recoge por fin sus diversos frutos, y la experiencia le enseña á ser económico.... he aquí el arte.

En esta combinacion de fuerzas de la naturaleza y del hombre, la primera és el instrumento,

ó si se quiere, el laboratorio activo; el segundo és el mero manipulante. Por eso, y porque hasta la fuerza muscular procede en el hombre de su estructura física, hemos indicado que en la industria general no viene él en rigor á poner mas que el movimiento. Pero con el movimiento impulsado por la voluntad, pone cosa que vale mucho: la inteligencia, facultad sublime de esa alma que no és materia, y que eleva la criatura racional hasta el trono de su Dios.

Produce la *industria agrícola* sustancias alimenticias, como el trigo de que se hace el pan, las patatas, las carnes, verduras, y frutas, y tambien primeras materias para la industria fabril, como el lino, el cáñamo, el algodón, la lana, la gualda, la rubia, etc.....

Se ha dividido la industria agrícola en *labranza* y *ganadería*. Esta division, propia de los primeros tiempos de la agricultura y escasa poblacion del territorio, va desapareciendo conforme cunde el progreso social. La ganadería alcanzó grandes privilegios en España, que redundaban en menoscabo del cultivo: hoy están muy cercenados, y llegará el dia de que únicamente queden consignados en la historia.

Hay ganadería *trashumante*, la que de las regiones frías donde se apacienta el verano, pasa á invernar en las templadas como Extremadura; *transterminante*, la que transmigra á puntos poco lejanos, ordinariamente en la misma provincia; y *estante* la que no se separa de una misma loca-

lidad. La ganadería trashumante se extingue gradualmente; la transterminante tendrá mayor duracion; y la estante y en pequeño, és la destinada providencialmente á prevalecer.

Con efecto, los numerosos rebaños de ovejas producen carnes, lanas y pieles; pero desperdician el abono de los excrementos, están expuestos á epizootias, son costosos, se hallan fuera de la vigilancia de sus dueños, y dan origen á desmanes del ganado en siembras ajenas y á desafueros de los pastores. De las manadas de cabras hay que decir que son temibles por invasoras; y de las toradas criadas en estado salvaje, pueden dar testimonio muchos viajeros, lisiados de arremetidas ó acuciados de fuertes sustos en los caminos, por los *bichos*, tanto mas preciados, cuanto mas feroces se presentan en el anacrónico redondel tauromáquico.

Por el contrario, cierto número de reses, mayores ó menores, en cada finca, bajo la mano del labrador y en estado de domesticidad, se mantienen en parte con plantas inútiles y desperdicios de las útiles, y en parte con raíces y yerbas al efecto cultivadas; devuelven en abonos sus alimentos; no exigen aumento de brazos para su cuidado, pues un muchacho de la familia basta para ello; y sobre padecer menos enfermedades y percances que en la ganadería, rinden iguales ó mayores y mejores productos. Las ovejas merinas, sacadas de nuestros rebaños españoles, y llevadas á Sajonia, se han multiplicado en aquel clima con ser tan

frio, viven en domesticidad, y sus lanas son las mas estimadas de todas. El número de cabezas de ganado, mayor y menor, repartibles en las fincas, pudiera ser en España mas que doble del que en la actualidad ostenta la falange de sus manadas, yeguas, parras y rebaños, grandes, medianos y pequeños.

El consorcio de la labor con la cria de animales, forma el cuadro racional de la industria agrícola.

En los animales, el cruzamiento de castas produce las mismas mejoras que el ingerto en los vegetales. Y claro es que el cultivador que, en vez de alimentar carneros y vacas ó caballos, ó alimentándolos, abarque la cria y manutencion de peces en estanques, arroyos ó ríos dentro de su finca, se dedica á un ramo de produccion, que pedirá carta de naturaleza en la industria agrícola.

En la labranza ó cultivo se experimenta necesariamente que no todos los terrenos son de igual feracidad. Con efecto, segun su composicion, unos contienen abundante sustancia nutritiva para determinadas plantas; otros para la generalidad de ellas; otros están menos provistos; y otros, como la roca desnuda, son inhábiles para producir. Aun en los bien acondicionados, se apuran los recursos nutritivos á fuerza de alimentar plantas, especialmente las de una misma familia: en algun territorio de los Estados-Unidos americanos se ha notado una alarmante esterilizacion, por haberse agotado el fósforo, sustancia indispensable á muchos

vegetales, y precisamente al trigo para su granazon.

Con los mismos medios y trabajo obtiene el labrador mayor cosecha en los terrenos pingües, que en los medianos, y en estos que en los inferiores. De aquí, que el valor y precio de las tierras siga la misma escala; de aquí que el precio de los frutos sea el de la produccion mas costosa, puesto que las tierras medianas é inferiores exigen mayores gastos de abonos y trabajo. En esta industria como en todas, el productor á menor costo sale mas favorecido: el de mayor costo es el peor librado, hasta el punto de haber de rendirse cuando sucumbe ante cosechas no compensadoras. Lo cual le sucede si no puede aumentar la produccion con el mismo gasto, ó sostener su produccion gastando ménos.

El clima ejerce también grande influencia en la produccion del campo, y hasta la exposicion ú orientacion de una finca en una misma localidad. Mal parado quedaría el cultivador que se empeñara en contrariar la naturaleza: son desiguales las armas. La prudencia está en asociarse á ella y atemperarse á sus indicaciones. Se la reduce á la aclimatacion gradual hasta cierto punto; pero no se la violenta de frente sin recibir un escarmiento.

Se cultiva en grande, y en pequeño; y eso no es arbitrario, porque el que posee poco, no puede utilizarse de mucho. Cuanto más valor tiene la tierra, menos espacio se necesita para constituir

una finca grande, ó por mejor decir, una gran finca.

En igual feracidad de tierras, el mismo éxito promete el grande que el pequeño cultivo, si son igualmente esmerados. Pero ni semejante coincidencia de esmero era de presumir en lo general, ni la experiencia la acredita. La posesion de vasta superficie de terreno significa generalmente riqueza acumulada, y si de veras se emprende su cultivo, ha de contarse con el capital necesario al efecto. Entonces, como en toda industria, se obtiene mayor economía, se empléan máquinas potentes é instrumentos perfeccionados, y se hacen nacer diversos aprovechamientos dentro de la misma finca. Lo cual se entiende habiendo buena direccion; que cuando esta faltare ó no alcanzare el capital, el cultivo no pasará de mediano, si és que ya no degenera en ruinoso.

El cultivo en pequeño és el bello ideal bucólico, porque no pueden negársele las cualidades de morigerador que concentra y ocupa á la familia, de creador de apego al suelo patrio, de compatible con el ejercicio de algun arte ú oficio en el hogar doméstico, y de abstraído tambien, ó menos ocasionado á los vicios de los hombres en muchedumbre. Es el lote de la generalidad en los países agricultores, porque la generalidad no puede cultivar mas que en pequeño. Á algunos labradores dotados de buen sentido y actividad, que saben elevarse hasta concebir una noble ambicion, y á quienes algo favorezca la suerte, se les vé sacar

fruto de su sudor y afanes, ganar, ahorrar, y prosperar.

En verdad que estas son las excepciones: ejemplares que serán mucho mas frecuentes segun vaya propagándose la civilizacion, con las luces que la acompañan y la nocion que al hombre infunde de su dignidad. Por desgracia, la gran mayoría de los labradores en pequeño carecen de capital, de inteligencia y de estímulo; proceden por rutina, trabajan lo indispensable, y no siempre; agobiados por las escaseces, y arruinados por una mala cosecha, sufren la humillacion de vivir de prestado con enorme peso de interéses, siendo muchos los que de la categoría de propietarios tienen que pasar á la condicion de braceros ó jornaleros.

Por lo general, donde escasea la poblacion, son grandes las fincas, no pocas incultas, como en Andalucía, Estremadura, y la Mancha, mientras que son pequeñas y están fraccionadas hasta el exceso en Galicia y Asturias. En uno y otro sentido obran en la sociedad dos fuerzas ó tendencias opuestas: una, las herencias y particiones de bienes, que propenden á parcelar y dispersar las heredades; y otra que procura su aglomeracion, y és la de los capitales adquiridos en otras industrias, generalmente aficionados á refugiarse en la propiedad territorial. Los extremos, especialmente el de la parcelacion, son viciosos, y el progreso social, auxiliado por la legislacion, los irá corrigiendo.

Todavía tiene el cultivo otro aspecto, no acci-

dental como el que se refiere á la superficie ó cabida de las fincas, sino esencial, que és el de su propia calidad y virtud. Se le ha llamado *intensivo* cuando representa la accion del cultivador en toda su intensidad y energía, cuando saca de la tierra dos y tres diversas cosechas sucesivas al año, cuando no la deja descansar un momento, cuando tiene que comprar abonos, dar frecuentes riegos, y apurar todos sus medios de eficacia y los de su familia. Es lo que se observa en las huertas de Valencia, Murcia, y Granada: tipo de la verdadera agricultura, posible donde quiera que concurren iguales circunstancias y mercado seguro.

Para diferenciarlo de este cultivo, que no para indicar oposicion ó antagonismo, se ha llamado *extensivo* al que no tiene igual intensidad. La expresion no és feliz, porque lo extensivo dá idéa de cantidad superficial, al paso que lo *intensivo* se refiere en nuestro caso á calidad ó esencia. Cultivo intensivo ó bueno, cabe en finca extensa, y el uso de máquinas lo va realizando en las naciones mas adelantadas; así como en cortas heredades se vé con demasiada frecuencia un cultivo, no ya extensivo, sino malo. En puridad, la contraposicion de lo *extenso* és lo *reducido* acordándose del espacio; la contraposicion de lo *intensivo* ó vehemente, como calificacion característica, sería lo *flojo* ó desmazalado.

Lo que se ha querido sin duda expresar con lo *extensivo*, és un cultivo medio, fluctuante entre el mejor y el malo, el frecuente en las grandes y

medianas heredades de nuestro país, donde por sobra de tierras, suele labrarse á dos y tres hojas, se mantienen reses, ó se usan máquinas, y se trabaja con algun cuidado, aunque nó con perfeccion.

En agricultura, como en toda otra industria, és ilusion el aspirar á grandes resultados sin capital suficiente, empleado con sumo esmero é inteligencia. Baste decir que en el cultivo llamado *industrial*, que és el intensivo aplicado á plantas destinadas á la manufactura, el capital circulante ó de explotacion ha de ser cinco veces mayor que el capital fijo, representado por el valor de la tierra, edificios y accesorios. ¡Cuan distantes están nuestros agricultores de atenerse á este principio, y de cubrir esta necesidad!

De todos modos, la estancia del dueño ó su frecuente presencia en la finca, contribuye poderosamente á los buenos resultados. « Hacienda, tu amo te vea. » Rarísimo será el administrador, dotado de bastante virtud, celo é inteligencia, que haga abnegacion de sí mismo por dedicarse exclusivamente al cuidado de lo ageno. Algunos ricos propietarios de fincas se muestran fácilmente crédulos de tales perfecciones; unas veces por coonestar su constante residencia en las capitales, entregados á la ociosidad, y otras por apatia de carácter, ó por desdén al trabajo. ¡Qué error el suyo! Si de sus abuelos ó de sus padres heredaron haciendas, instrumento son, puesto en sus manos para utilizarlo y mejorarlo; la sociedad les pide tácitamente cuenta de la produccion que

ahogan por su descuido. Pasaron ya los tiempos en que no se miraba como honroso el trabajo: las exageraciones caballerescas de la edad media tuvieron su origen y su razon de ser; la posterior codicia del oro de América, reputado única riqueza, ha cedido su lugar á mas legítimas aspiraciones; las idéas se han rectificado ante la razon universal; el trabajo és ya honroso; la holganza sistemática, madre de los vicios, és bochornosa. El mundo viene á constituir un inmenso campo, un vastísimo taller, un complicado laboratorio, y al propio tiempo un bazar bulliciosamente animado, donde la produccion y los cambios son la vida activa y fecunda de los individuos, y alardes del palenque pacífico, en que justan para hacerse mas amigas las naciones.

Mas al censurar á los propietarios que pudiendo, no cuidan por sí mismos de sus haciendas, hay que disculpar y exceptuar á los no muchos, que alegan fundadamente la inseguridad personal en conocidas localidades y comarcas. ¡Triste és semejante confesion respecto de España á últimos del siglo XIX! El primer deber de todo gobierno, la necesidad mas apremiante, la responsabilidad mas ineludible, se cifran y formulan en la mas completa y absoluta seguridad personal y real de los ciudadanos. Sin buena policia civil y rural, ni existe la propiedad sobre su base, ni prospéra ningun género de industria, ni hay verdadero gobierno, ni hay sociedad, ni los miserables pueblos así desamparados, pueden con justo

título considerarse dentro del ámbito de la civilizacion. Están mal administrados.

La tierra, como riqueza que és é instrumento de produccion, debe reportar utilidades al hombre industrioso que la cultive. De abí el rendimiento ó renta, que és la diferencia entre gastos y productos, ó entre el precio necesario de la produccion y el valor y precio de esta en el mercado. Si el propietario posée fincas muy extensas ó en gran número, y no puede cultivarlas todas por sí, entrega parte de ellas en manos de otro, á participar ambos de las utilidades: és el *arriendo*, contrato tanto mas beneficioso, cuanto más en armonía resulten los intereses del arrendador y arrendatario.

Los arriendos de corta duracion cercenan el estímulo del arrendatario, efímero cultivador de un terreno que pronto ha de abandonar, cuyo porvenir por lo mismo no le importa, y que se inclina mas bien á esquilmar sacando el mayor producto posible, aunque lo deje mal preparado al retirarse. En los arriendos largos, el arrendatario mira las cosas de diferente manera, tiene delante de sí una considerable série de años, se conceptúa casi con-dueño de la finca, se encariña con ella, y no escatima gastos ni trabajo en prepararla para lo en adelante. Hay el inconveniente de alejarse el plazo en que el dueño ó sus hijos, mejor avisados y dispuestos, apetezcan entrar á cultivar por sí y cuidarse de lo suyo.

Tres son las maneras de compartir el derecho

de la propiedad territorial, que és el dominio directo, con el derecho al cultivo, que és el dominio útil: el *arriendo*, el *enfiteusis*, y la *colonia* ó el *colonato*. El propietario alquila la finca, és un prestamista, y percibe el precio de alquiler ó préstamo, que és la *renta*: el labrador arrendatario, usuario ó casero, pone el capital y el trabajo, recoge los frutos, y los utiliza, y paga el precio anual convenido.

En el *arriendo* mas generalmente usado, se paga la renta en metálico ó en frutos, cantidad anual estipulada de antemano. En la *aparcería*, el arrendatario ó aparcero paga en frutos, no cantidad fija, sinó una parte alicuota de la cosecha en cada año, como la cuarta parte, la tercera, ó la mitad. En este último caso se le llama *mediero*.

A veces no se limita el propietario á poner las fincas, sino que añade alguna yunta, ó parte del capital de produccion; y entonces acrece naturalmente su renta, fija ó proporcional. Cuando se dá con labradores pobres de espíritu, sobre faltos de recursos y de actividad, todos los arrendamientos hacen arrastrar á las fincas y á la produccion una existencia lánguida y ahogada; mas cuando por fortuna pueden escogerse buenos arrendatarios, se ofrece un aliciente para que el propietario tome mayor parte en la especulacion. En Francia, muchos hacendados entendidos y laboriosos, pero imposibilitados de residir en las fincas, aunque nó de visitarlas con frecuencia, están celebrando contratos en que subministran la tierra y parte

del capital, y arreglan con el arrendatario el reparto de utilidades y el plan de labores para trabajar de consuno, cada cual segun su alcance. Y no les va mal.

El *enfiteusis* és la cesion de las tierras en arriendo por largo espacio de tiempo, y mas generalmente á perpetuidad: el labrador enfiteuta paga el cánon anual de su censo, y tiene el dominio útil, conservando el propietario el dominio directo. Como crea derechos casi siempre perpétuos, y el cánon no varía por el aumento de produccion, este contrato es favorable al desarrollo de la industria agrícola.

Y la *colonia*, propiamente dicha, és efecto de un contrato de colonizacion. En territorio generalmente despoblado se constituye una colonia, sea por un gobierno, por una empresa ó por un particular. Es preciso empezar desmontando, desbrozando y poniendo el terreno en disposicion de recibir la reja del arado ó el pico del azadon: hay, pues, que hacer gastos, y atraer cultivadores, que allí se avengan á establecerse formando una poblacion, ya compacta, ya diseminada. Los tratos y condiciones entre el colonizador y los colonos forman la ley para uno y otros: por lo regular los colonos adquieren la propiedad de las tierras y casas de su lote respectivo, al cabo de cierto número de años, y despues de haber pagado la cantidad en el contrato estipulada. La cuota anual del pago en frutos ó dinero, és la *colonia*. En el uso comun no és raro el oír llamar *colono* y también

arrendador al verdadero *arrendatario*; confusion, sobre todo esta última, que ya viene de antiguo, y perjudicial como todas las confusiones de ideas y de las palabras que las representan.

El precio de los arriendamientos, es mayor ó menor segun la feracidad, proximidad al mercado, y otras condiciones que influyen en la produccion y en su valor. Por de contado, no puede sacarse sino de la ganancia del arrendatario; ó sea, del producto líquido, descontados los gastos necesarios, inclusa su manutencion ó la de su familia, con el interés del capital invertido: de lo contrario saldría perdidoso el arrendatario, y se arruinaría en vez de medrar. El exigir como precio del arriendo la totalidad de la ganancia, no es arruinar al arrendatario, pero es descorazonarlo: mal cálculo del propietario codicioso. El repartir equitativa y prudencialmente la ganancia computada al contratar el arriendo, de modo que al arrendatario pueda quedarle algo que ahorrar abriéndole la perspectiva de un porvenir económico, es un proceder, sobre humanitario, lucrativo, porque proporcionará buenos arrendatarios, acaso agradecidos, y de todos modos animados al trabajo en su propio provecho y en mejora de la posesion que cultiven.

Por lo demás, á las circunstancias peculiares de cada finca, que tan grandemente influyen en el precio de la renta, se agrega la eventualidad del concurso de la oferta y la demanda, cuyas oscilaciones se dejan sentir con tanta fre-

cuencia. Hectárea hay de tierra en las huertas de Valencia, Orihuela y Murcia, cuya renta en año comun es mil veces mayor que la de otra hectárea en los montes de Toledo, y en sitio ya labrado.

La industria agrícola no quiere vivir aislada: al contrario, le convienen el contacto y cruzamiento de las industrias fabril y comercial. En un tiempo se creyó que se bastaba á sí mismo el territorio productor de los primeros artículos necesarios á la alimentacion humana: actualmente se ha desvanecido esa ilusion, por virtud de los resultados recopilados en las demostraciones de la ciencia. Allí florece la agricultura, donde el movimiento de las manufacturas y el comercio acumulan productos y facilitan cambios, que á la vez satisfacen las necesidades y avivan los deséos del agricultor, estimulando y promoviendo su actividad y su trabajo. Así se relaciona y ayuda la produccion: el fabricante abandonaría el taller si las gentes del campo no le comprasen sus efectos, y el hombre del campo, pegado á su terron, vegetaría como las plantas, si no encontrasen salida sus frutos, y si, sacudiendo su letargo, no acudiese con todo vigor á la grande obra del progreso general.

Despues de esto, solo nos resta que decir respecto de la industria agrícola, cuál es el género de libertad que necesita, y cuál el de la proteccion que le deben los gobiernos

Libertad ámplia, siempre dentro de las leyes civiles y respetando los derechos agenos, en pun-

to á la eleccion de sus cultivos, á la recoleccion de sus cosechas, y á la venta de sus frutos. Con dificultad creerán los venideros que hasta el dia de ayer han llegado entre nosotros, y por fortuna vamos viendo desaparecer, prohibiciones gubernativas, tales como las de cercar las heredades, hacer plantíos de árboles, variar de cultivo, vedar en las fincas la entrada á todos los ganados despues de alzados los frutos, plantar viñas ó sembrar cáñamo y lino en ciertas localidades sin prévia real licencia, vendimiar sin autorizacion del Ayuntamiento, con otras semejantes trabas, y los exorbitantes privilegios del concejo de la Mesta; que aun és de admirar el que existiendo semejante legislacion, haya venido sosteniéndose al través de los siglos la agricultura en España, sin desfallecer y morir. Mezquindad de miras, confusion de idéas, falsa apreciacion de hechos aislados, falta de interés respecto del éxito, lujo de autoridad, desatención en suma: tal és la explicacion.

Hoy dia vemos más claro. Las leyes naturales de la produccion son conocidas, que se imprimen, circulan y se léen, no como presunciones aventuradas en la region puramente especulativa, sino como correlacion de fenómenos auténticos, anteriores y coetáneos, que constituyen el cuerpo de una ciencia de carácter experimental. Toda intromision de los gobiernos en las operaciones especiales de la industria, trae tan malas consecuencias, como si pretendiese dirigir el régimen interior de las casas particulares. Libertad

á la produccion: si ella tropieza alguna vez, ningun correctivo mas propio, ninguna enmienda mas eficaz, que la sugerida por la leccion del escarmiento. Los padres aprenderán á instruir á sus hijos.

Finalmente, siendo la libertad del bien la atmósfera donde respira y vive la industria, todo lo que incumbe á los gobiernos és mantener inalterable esa misma libertad. Nada de proteccion, si proteger és favorecer á unos perjudicando á otros. Afianzar por completo el goce de la seguridad personal, así como de la propiedad, material é inmaterial, eso sí. Promover vias de comunicacion, generales y vecinales, tambien, lo mismo que la canalizacion de los rios para riegos; y remover obstáculos, y tener franca la circulacion de la propiedad y de la produccion, rechazando las vinculaciones y toda amortizacion, en más de un concepto esterilizadora; acoger la creacion de establecimientos por cuyo medio pueda extinguirse ó minorarse la deuda hipotecaria; al par que disponer la enseñanza en cátedras especiales de la ciencia agronómica, mientras tanto que los particulares ó las asociaciones no se encargan de ello; estimular á las juntas de agricultura, excitar reuniones y conferencias especiales, recompensar á quienes sobresalgan en las exposiciones públicas de productos, y popularizar las nociones mas necesarias, ya por las escuelas de la niñez, ya por granjas modelos bien entendidas, para formar hacendados verdaderos agricultores, ingenieros agrónomos, y

aperadores capataces, prácticos todos, ilustrados segun la respectiva posicion social.

Si á estos cuidados y á estos servicios se les dá el nombre de *proteccion*, no será dispensada exclusivamente á la agricultura, sino que trascenderá á todas las industrias, ó mas bien al cuerpo de la sociedad general. Y si á tales cosas no atendieran los gobiernos, en la idéa y con la mira de más conciliar el orden con la libertad y el progreso, ¿cuáles serian sus títulos á la consideracion pública?

CAPÍTULO XI.

De la industria fabril.

Como sea la *industria fabril* la que opera sobre las primeras materias, modificándolas á su voluntad y dándoles ó anmentándoles valor, supone la existencia de las industrias extractiva y agrícola, para proveerla de los objetos en que ella ejercita su trabajo.

Complicado es el círculo en que campéa la industria fabril. Porque, no solamente cambia el modo de ser de los objetos, para convertir lo inútil ó perjudicial, y lo ya útil, en mas útil ó agradable; no solamente los somete á sucesivas transformaciones; sino que combinándolos entre sí, obtiene nuevas y muy diversas entidades, á la

luz de las indicaciones de la fisica, y mas principalmente de la química.

Se ha llamado *fabril* ó *manufacturero* á este ramo, para distinguirlo en la clasificacion industrial. Ninguno de los dos calificativos lo define en su amplitud, porque efectivamente abarca la fabricacion, la manufactura, la construccion, la edificacion, la confeccion, y todas las operaciones que la capacidad humana ejecuta con sus manos ó con el auxilio de la mecánica, desde el mas colosal y complicado establecimiento de construccion de máquinas y utensilios, hasta las mas sencillas manipulaciones caseras del hilado en rueca y de la cocina. Mas no importa: las palabras se prestan dóciles á la significacion que se les quiere dar, y lo esencial és que se entiendan entre sí los que examinan las cosas y discuten las idéas.

La industria en realidad és una, y las leyes naturales que presiden á su accion, unas mismas tambien. Si en demostracion de ambos extremos se divide la industria general en las cuatro secciones de extractiva, agrícola, fabril, y comercial, és para mejor hacer resaltar por el análisis la exactitud y verdad de los principios, tanto en el conjunto, como en los pormenores.

Los agentes naturales tienen aquí menor aplicacion é influencia que en agricultura, donde obran activamente de una manera general y constante. Fuera del viento y del agua como fuerzas motrices, y de la luz solar y los fluidos eléctrico y magnético en casos muy especiales, la industria

fabril todo se lo debe á sí misma, cuando contempla los productos de sus multiplicadas operaciones.

Pide la industria agrícola, además de los agentes naturales, terreno espacioso donde exhibirse: la fabril no requiere mas sitio que el necesario para sus talleres, obradores y almacenes. Capital y trabajo son sus elementos. Reconcenra sus fuerzas, y elige los parajes donde á menor costo pueda proporcionarse motores para sus máquinas, acceso á las primeras materias, y salida á sus productos para el mercado; prefiriendo siempre que le es posible, al aislamiento la proximidad á grandes poblaciones, donde, sobre hallar un centro de consumo, abundan los brazos para el trabajo, además de que los establecimientos industriales se sirven unos de otros en recíproco provecho. Porque, no tan solo necesitan cruzarse á veces los buenos oficios, ó mas bien los servicios compensados, sino que los desechos de una fabricacion ó de una manufactura que habrían de arrojarse, adquieren frecuentemente un valor al comprarlos otra fábrica, en que sirven de primeras materias ó de ingredientes para su especialidad: encadenamiento que se prolonga considerablemente, estrechando las relaciones entre los industriales.

En la industria fabril es donde más se divide el trabajo, ya por multiplicacion de artes y oficios, ya por ramificacion de operaciones en un mismo establecimiento. Un objeto elaborado y

concluido ha pasado por muchas manos, atento cada obrero á una sola manipulacion, que llega á dominar ejecutándola pronto y bien; con cuyo método cunde extraordinariamente el trabajo y se multiplican los productos. Cuando la industria hubo progresado, dividió el trabajo, y distribuyó las diez y ocho manipulaciones que se requieren para hacer un alfiler: diez obreros elaboraron cuatro mil docenas de alfileres al dia, de modo que cada uno de ellos vino á dar cuatrocientas docenas. Pues si cada obrero hubiese tenido que hacer las diez y ocho manipulaciones sucesivas, alfiler por alfiler, trabajo le habría costado el rematar dos docenas en un dia. Este ejemplo habla por todos. Hoy que se ha hecho la maquinaria esclava fiel del hombre, y un eficacísimo auxiliar que casi pudiéramos llamar inteligente, los resultados son aun mas asombrosos en los alfileres y en todos los artefactos, por la mayor division del trabajo y el modo de ejecucion.

Consiguiente á este progreso es la baratura de la produccion fabril, y el aumento de la masa de valores obtenidos. Lo cual significa mucho, especialmente en los casos de enorme diferencia entre el valor de lo producido y el de la primera materia empleada. Un pedazo de hierro, convenientemente depurado, acerado y convertido en muelles de reloj, alcanza un precio un millon de veces mayor que el suyo primitivo. Y tambien es consiguiente al menor costo de produccion, la baja general de precios de los productos, en beneficio

de la generalidad de los consumidores. Así las clases de mediano pasar en la sociedad, y aun las de escasos medios, se van proveyendo de mejores ropas y muebles, y hasta se procuran algunas comodidades, que encaminan á la cultura y á la suavidad de costumbres.

La industria fabril alimenta con sus cambios á la industria agrícola, y tambien sostiene el comercio con el extranjero, que unas veces le trae primeras materias, y otras, productos que permutar. El país que se contente con vender ó exportar sus primeras materias, nunca será rico, porque se priva voluntariamente de la grandísima riqueza que obtendría sometiéndolas á la elaboracion. Lo cual no quiere decir que en todas partes puedan ni deban plantearse todo género de industrias: las circunstancias locales entran por mucho, y los cambios diversos son esenciales en el concurso de los pueblos y las naciones; pero tambien conviene que la actividad del hombre nada descuide de lo que mas provecho haya de dejarle.

Cuando para montar un establecimiento industrial no alcanza el capital del autor del proyecto, no suele serle difícil encontrar quienes se unan á él, porque el espíritu de asociacion és dado á este género de empresas. En ellas el cálculo se forma sobre datos positivos; y cuando así se procede, son tan remotas las contingencias adversas, que casi siempre el ingenio, la perspicacia y la perseverancia dominan y prevalecen. Y no pierde como pudiera creerse, sino que gana la industria fa-

bril, con que se aumenten y agrupen los establecimientos de una misma clase; nuevos estímulos y de seguro nuevas mejoras, que sobre todos refluén.

La industria fabril en grande lleva tal superioridad á la en pequeño, que la conturba y la sofoca. La fuerza del capital, la potencia de la maquinaria, los notables efectos de la division del trabajo, todo conspira á una produccion sorprendente en cantidad y baratura. Las clases menesterosas encuentran allí trabajo, y la sociedad entera se utiliza de la baja de precios en los productos.

En pequeña escala ¿cómo han de luchar ni prosperar los industriales manufactureros? No tienen el recurso del agricultor, á quien el cultivo intensivo tributa la recompensa de su sudor en determinadas localidades: para la industria fabril en estado raquítico no hay refugio, porque todo lo invaden los productos de la robusta y poderosa. La única manufactura en pequeño que tiene esperanzas de vivir ó de vegetar, és la puramente individual y doméstica, ocupacion al calor del hogar, laudable por su tendencia á la economía y por morigeradora.

En algunas poblaciones manufactureras se ha hecho costumbre el ceñirse á producir un solo género y de una misma calidad, empleando el vapor como fuerza motriz y máquinas perfeccionadas. Operaciones sencillas, ejecutadas por obreros que no varían de maniobra; y los resultados son generalmente satisfactorios. Es la manufactura en

su categoría media, establecida en buenas condiciones, y apartada de los grandes centros de producción absorbente ó dominadora.

Los industriales adquieren generalmente hábitos de trabajo, de regularidad, de orden, y de subordinación, porque las faltas encuentran su castigo. También suelen aprender á llevar á las cajas de ahorros sus pequeñas economías. Para algunos, dotados de viveza y de particular disposición acompañada del deseo de medrar, el taller es el escalón por donde suben hasta hacer fortuna. Allí es mal mirada la pobreza, que proviene de la holganza, vecina de la mala conducta.

A vueltas de estas ventajas respecto de los individuos, y de los grandes beneficios que á la sociedad reporta la industria fabril, adolece de algun inconveniente, porque en las instituciones humanas rara vez deja el mal de asomar detrás del bien, como la sombra junto al cuerpo. Un inconveniente es el de las crisis industriales; casos fortuitos que sobrevienen, ya por impremeditación, ya por accidentes que no pudieron ser previstos: otro es el de perturbaciones suscitadas por las exigencias de los obreros.

Aparecen las crisis industriales, cuando se rompe el equilibrio entre la oferta y la demanda, cuando la producción de un artículo ha sido en exceso, y se hallan repletos los almacenes sin encontrar salida. Pudo mediar hasta imprudencia en los fabricantes, que forzaron la producción exagerando en su mente las necesidades del con-

sumo; pudo fallar una presunción racional y de buenas probabilidades, por un cambio repentino é inesperado en las modas y gustos de los consumidores; pudo, en fin, un período anárquico, una guerra exterior ó interior, cortar las relaciones comerciales, ó interrumpir las inmediatas vías de comunicación; contingencias que la industria procura antever, pero que no puede evitar. En tales ocasiones se malvenden los géneros almacenados, vienen banca-rotas afflictivas, se suspende la fabricación, y son despedidos los obreros, que piden ocupación y no la encuentran.

De diferente orden son las contiendas entre el trabajo y el capital, las pretensiones de los obreros, ya á aumento de jornal, ya á disminución de horas de labor, las coaliciones que suelen formar entre sí, las huelgas á que se entregan después de desertar de los talleres, las colisiones entre los operarios que quieren y los que no quieren trabajar, y los excesos que cometen ó con que amenazan. De ahí desconfianza y malestar; situación embarazosa y amenazadora, que inocular doctrinas disolventes en las masas irreflexivas ó apasionadas, y puede imprimir movimientos convulsivos, que hagan estremecer los cimientos del orden social.

Las crisis industriales por desequilibrio entre la oferta y la demanda, aunque sensibles, suelen ser pasajeras, ora desaparezcan las causas que las motivaron, ora tomen los fabricantes otro rumbo y se apliquen á producir los artículos que ofrezcan

mejor salida. Entre tanto y hasta la vuelta al estado normal, multitud de operarios desocupados se habrán visto sumidos en la miseria, aficionándose algunos al *pauperismo*, carga y carcoma de la sociedad. Entonces toca á los gobiernos y á las autoridades locales acudir en alivio de la desgracia, sea inventando trabajos, sea socorriendo en la forma menos humillante posible. También los particulares deben contribuir: está en su interés, porque conjuran el peligro de perturbaciones de la tranquilidad pública, á todos perniciosas.

Si los pudientes se retraen de ejercer una caridad religiosa, al propio tiempo que de resguardar sus personas y bienes, si envueltos en el escepticismo, ó en el pesimismo, ó en la indolencia, se abstienen de influir según su posición en la marcha de la administración general y de la local, ¿á quién podrán quejarse de que se originen desórdenes, ó de que lo que ellos descuidan caiga en manos ineptas ó desatentadas?

Más trascendental y de más dificultoso remedio, es el mal de las huelgas y conflictos de los obreros.

El obrero necesita del fabricante, como el fabricante del obrero. El trabajo se compra, lo mismo que los productos. Con esta diferencia, que el mercado tiende á no pagar los productos sino en lo que costaron ó poco más; mientras que el trabajo pretende ser pagado en lo que vale, ó en lo que presume valer, según las utilidades que reporta. La apreciación de este valor ocasiona

regularmente las cuestiones entre el fabricante y el obrero. Lo malo es que la disidencia llegue á tomar las proporciones de una verdadera lucha.

En varios países industriales han formado los obreros asociaciones por oficios y distritos, contribuyendo cada individuo con una cuota semanal para reunir fondos; especies de cajas de ahorros, que socorren á los asociados en las enfermedades y la vejez. Hasta ahí todo es plausible; pero esos fondos se emplean también en sostener las huelgas, y las huelgas, cualquiera que sea su fundamento, ofrecen siempre alarma y peligro. Y perjudican también al público, en cuanto disminuyen la producción y encarecen los géneros.

Según el carácter y costumbres de los pueblos, toman tales asociaciones su aspecto peculiar. En Inglaterra se observa un hecho notable. En un principio hubo una disciplina severa, un rigor inflexible de parte de los jefes para con los afiliados: desmanes y hasta crímenes registra la historia de alguna de las asociaciones; y en todas despuntaba cierto espíritu de monopolio, y especialmente se advertían los aprestos para la lucha abierta con los dueños de las fábricas. Más tarde, el influjo de la opinión, la experiencia y la reflexión han venido á suavizar los movimientos, y á regularizar la manifestación de las pretensiones.

A su vez, los fabricantes, no pocos de los cuales comenzaron su carrera como obreros, se coli-

gan tambien para la defensa. Despues de largas contiendas y vicisitudes, ya parece que de uno y otro lado se acude á un sistema de negociaciones cuando llega el caso, y se procuran avenencias razonables. Se tratan las cuestiones en público, se ventilan en los periódicos, se nombran varios compromisarios ó arbitradores, que en mancomun discuten, y suelen producir resultados. Es una novedad que debe llamar la atencion, y aun más la de consejos ó jurados permanentes, ya ensayados de una manera satisfactoria.

De no mediar equidad, y de subsistir gérmen de discordia, si nó de despecho en los ánimos, los arreglos serian poco duraderos.—Acaban las huelgas por concertarse, ó por ceder los mas necesitados, generalmente los obreros. Las hay que han durado mas de seis meses, y entre todas ellas llevan invertidos aquellos trabajadores muchos millones de pesetas. Y por de contado, el tiempo perdido ha sido una calamidad para obreros, como para fabricantes.

En algun otro país, de carácter mas impresionable y fogoso, suben de punto los inconvenientes de las asociaciones de obreros y sus huelgas, en especial si, obtenida una concesion, se aspira á otra, si los asalariados pretenden elevarse violentamente á compartíipes del dueño capitalista, y sobre todo, si la pasion política los toma como instrumento para sus planes de perturbacion y trastorno. De todo ello estamos presenciando ejemplares, si no en España, no muy lejos.

Complicada és la cuestion. La ciencia económica la considera fuera de su órbita, desde el momento que se cierran los talleres, y se apela á cualquier género de coaccion: la libertad, la concordia, las gestiones pacíficas para la conciliacion de intereses, constituyen la buena doctrina; pero esta no alcanza á dominar el corazon del hombre obcecado, que desoye sus consejos y vuelve la espalda á la razon por lanzarse en aventuras. La ciencia procura evitar que se formen nudos: enseña tal vez á desatarlos, que el cortarlos sería cosa dura, y no le corresponde á ella.

Prudencia en los dueños ó fabricantes, templanza en su afan de lucro, estímulo y recompensa á sus auxiliares en la produccion; al par que en los obreros mayor ilustracion, conocimiento de sus verdaderos intereses, respeto á derechos agenos, medida asociada á la sana moral..... parecen los medios de conjurar ó atenuar el daño de las coaliciones hostiles y de las colisiones, antes que los resultados de la experiencia vengán á traducirse en lecciones lamentables. Hay que reconocerlo: ese estado y esas tendencias son el lado sombrío del progreso industrial. Por fortuna, és posible que los pasos dados en Inglaterra prosigan por el buen camino, y que el ejemplo encuentre en otras partes imitadores.

Las huelgas de los obreros pasarán de moda, aunque probablemente para reaparecer en periodos, mas ó menos apartados, como el furor de las compañías anónimas, las jugadas de bolsa, y

tantas otras plagas, morales y físicas, como con remitencias alteran y afligen á la sociedad.

Los gobiernos por su parte, atentos á la conservacion del órden público, deben procurar alejar motivos y ocasiones de conflicto, á favor de disposiciones generales, de propagacion de la enseñanza popular y profesional, y de facilidades á la produccion; así como compete á los tribunales la represion de desórdenes y desmanes, como y donde quiera que ocurrieren.

Tambien és obligacion de las autoridades, para que la genuina industria fabril disfrute de ámplia libertad y de seguridad, preservarla de su propio descrédito si abusase de las fuerzas de los niños por excesivos trabajos, y en general protegerla contra toda clase de usurpaciones, fraudes, y falsificaciones en marcas de fabricacion, en pesas y medidas, y de superchería en la franca y honrada contratacion. Disposiciones de policía bien meditadas para prevenir y evitar, así como en todo Código penal se consignan los medios judiciales de reprimir y castigar.

Hubo un tiempo en que, no solo en España, sino tambien en otras naciones, las artes y oficios formaban gremios, cada oficio el suyo, reglamentados y protegidos por los monarcas. Era la época de las clases sociales, agrupaciones en defensa de los privilegios respectivos, cuando las guerras y perturbaciones intestinas ponian en conmocion y en peligro todos los intereses.

Los privilegios de los gremios dieron consis-

tencia é importancia á la clase de los menestrales, y sostuvieron, y hasta hicieron florecer, la industria manufacturera. Se instituyeron gerarquías de maestros, oficiales y aprendices, se exigieron exámenes para ascender de uno á otro grado, y con el fin de promover el lustre de cada gremio, no se ingresaba en él sino mediante pruebas de limpieza de sangre. Se comprende y se explica esta organizacion y este espíritu en los tiempos de Fernando IV y de Felipe II; pero tampoco costará trabajo el creer que los gremios han venido sucesivamente desacreditándose á sí mismos, hasta extinguirse sin pesadumbre para nadie.

Pasados los peligros que hacian necesaria la cohesion, se introdugeron los abusos. Por una parte, parcialidad é injusticia en los veedores y examinadores, pretensiones exclusivas en pugna, monopolios en perjuicio de los consumidores, y banderías entre los agremiados; y por otra, furor reglamentario en el gobierno, que ataba las manos á la industria y la sofocaba. Andando así las cosas y corriendo los tiempos, han llegado las idéas económicas á abrirse paso y esclarecer la verdad. La libertad és el resorte de la actividad humana, y los gremios no son más que un recuerdo de lo pasado.

Aquí haremos mencion de un punto interesante á la industria fabril ó manufacturera, cual és el de los *privilegios de invencion*.

Una novedad en máquina, instrumento, ó modo de proceder, puede en tal grado ser útil, que influya poderosamente en el progreso de las ope-

raciones, economía de tiempo, ó perfeccion de los productos. El inventor es digno de ser recompensado por el servicio que presta, debido á su ingenio, y tal vez á largos estudios, tanteos, y gastos. Y la recompensa es aliciente y estímulo para otros.

¿Cual ha de ser la recompensa? La mas natural y legal consistiría en el uso perpétuo del invento, como de una propiedad legítima del inventor y de sus descendientes, ó bien su libre venta en iguales términos. Pero ese partido peca de ilusorio, porque el inventor ha de hacer público su secreto al ponerlo en práctica, y todos podrían imitarlo y apropiárselo.

Si los gobiernos recompensan y pagan la invencion, para luego entregarla al uso general, se corre el riesgo de errores y desigualdades, gastos inútiles, y fundadas quejas. La costumbre introducida en el mundo civilizado es privilegiar al inventor para el uso exclusivo del fruto de su ingenio, con prohibicion á toda otra persona de emplearlo sin consentimiento del privilegiado. En ello hay equidad, porque el inventor, ganará á medida de la utilidad, de su invento, mucho, poco, ó nada, dado que en realidad una gran parte ó la mayor de las proclamadas invenciones, poco ó nada valen. Mas entre abundante hojarasca salen algunas flores, y hay que cogerlas y estimarlas.

Lo que se hace es capitular y transigir: conceder el privilegio exclusivo por limitado tiempo,

que suele ser de diez años, quedando en adelante el invento de libre uso para la generalidad.

Este temperamento no satisface á todos: tiene sus inconvenientes como la mayor parte de las cosas humanas, pero responde al fin de aguzar y fecundizar la inventiva, sin agobiar á la industria; y no es fácil reemplazarlo con otro sistema mejor.

Finalizaremos este capítulo diciendo algo acerca de los gobiernos que se dedican ellos mismos á cualquier ramo de fabricacion ó manufactura. Son concurrentes con la industria privada.

Dos móviles tuvieron los gobiernos, especialmente en España.—Fué el primero dar buen ejemplo, resucitar el espíritu industrial, desterrado tres siglos antes por el fanatismo, y formar semillero de menestrales hábiles, los cuales se desparramáran luego por los diversos establecimientos, que se esperaba hubiesen de plantear á su imitacion los particulares. En ello pusieron empeño Felipe V, Fernando VI y Carlos III, pero sin éxito satisfactorio. Los particulares no se movieron, y las régias fábricas fueron más objeto de curiosidad para el público, que de utilidad. No había llegado para los españoles la conviccion de la necesidad del trabajo.

El segundo móvil de los gobiernos para fabricar y construir, fué la defensa del país, y el honor del pabellon nacional en cualquier guerra. Quisieron estar prevenidos y provistos de toda clase de armas, buques, municiones y pertrechos, teme-

rosos de una sorpresa, y de que un conflicto con otra potencia los encontrase en estado de inferioridad. — Fábricas de piezas de artillería, de fusiles, armas blancas, pólvora y municiones, diques para construccion naval, arsenales para jarcia, velámen y demás necesario á los buques armados: todo ello se estableció en una y otra nacion, que en lo general se han mirado de frente ostentando por última razon la guerra, asi como ahora se miran de reojo, y se arman de punta en blanco protestando de sus propósitos de paz.

Esas fabricaciones y construcciones por cuenta del estado, ó á cargo de los gobiernos, no son ya tan necesarias como en otras épocas. En el dia la industria privada provee á todo, y ningun artículo querrá comprar un gobierno, que no encuentre quién se lo venda, bueno y relativamente barato. Es neutral é impasible la industria, cosmopolita, que fabrica sin mirar para quien ni para qué, y lo mismo proporciona objetos destinados á destruirse los hombres, que á vestirse y alimentarse. ¿No hemos visto aventureros desalmados (no los confundamos con los industriales) traficando en armas y pertrechos con los mismos enemigos del país de su naturaleza y domicilio? Verdad és que si la codicia tuviera patria, la vendería por cualquier dinero.

Las elaboraciones obtenidas por los gobiernos, lo mismo que las construcciones de obras públicas, ó son costosas ó imperfectas. Costosas por los grandes gastos, por falta de oportunidad en los aco-

pios de primeras materias, y por la marcha lenta y mas ó menos discrecional de las operaciones. « El rey paga » se decia antes: ahora podrá quizás decirse lo mismo variando el nombre. Y serán imperfectos los resultados, si se escatiman los recursos necesarios, ó si hay descuido en la direccion y vigilancia. No basta la presencia temporal de un director celoso é inteligente: quien lo releve podrá no poseer iguales dotes y cualidades; y sobre todo, la naturaleza misma de la cosa, la costumbre tradicional, la independendencia, y la intervencion ó informacion del indulgente compañerismo, serán siempre obstáculos á la eficacia de tales sistemas.

Su concurrencia és perjudicial á la industria privada, imposibilitada de competir con el presupuesto de gastos del estado. De modo que, no siendo útiles ni eficaces por sí, y ocasionando daño á los demás, se infiere que deberán desaparecer las fabricaciones y construcciones por cuenta de los gobiernos, dado que la industria privada las puede atender con ventajas para todos.

Respecto de la elaboracion de géneros estancados, las mismas razones militan en contra suya; mas como los tales géneros se traducen en impuestos públicos, arbitrios para sostener las cargas del tesoro, hay que tolerarlas mientras se consideren como una necesidad.

Del trabajo de los reclusos en establecimientos de detencion, correccion y penalidad, tambien resulta concurrencia desventajosa á la indus-

tria privada, porque esos reclusos no pagan su alimentacion. Pero sobre no causar mucho perjuicio, pues los que así trabajan no son dueños absolutos de lo que producen, lleva consigo su ocupacion tales recomendaciones por la ociosidad que destierra, la moralizacion que encarna y la enseñanza que difunde, que bien puede el rigor de los principios blandearse en este caso ante consideraciones de mas elevada trascendencia social.

CAPÍTULO XII.

De la industria comercial.

Sabemos que la industria extractiva se aprópia los objetos utilizables, creados espontáneamente por la naturaleza, que la agrícola se ayuda de la misma naturaleza para obtener productos vegetales y animales de que pueda sacar partido, y que la fabril recibe las primeras materias para modificarlas, y acomodarlas á los diferentes usos de aplicacion y consumo. Estos tres ramos de produccion, aun cuando consuman una parte de sus propios productos, tienen un sobrante que cangear por otros artículos que les hacen falta, y mas generalmente no producen sino con la mira del cange; és decir, que necesitan vender para comprar.

Mas no se hallan frecuentemente en contacto,

el vendedor de primeras materias con el fabricante, el de alimentos con el mercado, el productor con los consumidores, ni ninguno de ellos tampoco con los objetos que apetecen en cambio, ó que quieren comprar. *La industria comercial* és la que sirve de intermedio para todo, la que se encarga de suprimir las distancias, y de facilitar las transacciones.

Es, por lo tanto, el *comercio* el vínculo entre la produccion y el consumo. Atisba los parages donde abundan ciertos artículos, y los transporta á otros donde sabe que hay escasez; compra y vende segun las coyunturas, hace acopios en épocas de baratura para vender cuando llegue la carestía; de manera que, combinando los accidentes de lugar y tiempo, establece cierto nivel entre la oferta y la demanda, que impide violentas alteraciones en los precios. Permuta valores entre los individuos, los pueblos y las naciones; productos á cambio de productos, servicios por servicios. Y aquí se percibe bien la division primordial del trabajo, y se tocan sus ventajas: si el productor de primeras materias hubiese de manufacturarlas por sí y llevarlas á vender, y buscar luego los objetos que apeteciera en cambio, ¿no estaría la industria en el umbral de su infancia?

Con la particularidad de que, como el comercio entiende de comprar de primera mano y por junto, y de ingeniarse en la traslacion de los géneros, puede venderlos en tierras lejanas, de modo que, sino los encarecen mucho los intermediarios,

los adquiriera el público á igual precio que en el mercado al menudéo en los puntos de produccion. No pocos españoles, llegados á Bayona ó á París, se apresuran á proveerse en las tiendas de ciertos objetos de utilidad ó adorno, creyendo especular en bajos precios; y luego vueltos á Madrid, se encuentran aquí con los mismos objetos, bastante mas baratos.

Se ha pretendido subdividir la industria comercial, haciendo separacion de la parte de las conducciones ó transportes. No hay necesidad: los transportes al lugar oportuno son tan esenciales en el comercio para las permutas, como el almacenaje ó la espera para las ocasiones. Al exportar del país lo que sobra é importar lo que falta, y al mantener relaciones con las regiones mas remotas para que estén los pueblos surtidos de todo, el comerciante fleta sus cargamentos en los buques, y contrata las conducciones por tierra, como parte de los gastos que figuran en su cálculo previsor. Los conductores son bajo su mano instrumentos subalternos, cuyos servicios paga.

En realidad, todo individuo ejerce actos de comercio, porque no hay quien no haga cambio de moneda por efectos; pero se llama propiamente *comercio* á la profesion especial de vender y comprar.

El influjo que el comercio ejerce sobre los valores, redundando en beneficio de la generalidad. Cuando en un paraje hay superabundancia de géneros y consiguiente baratura, realiza el comer-

ciante sus compras, que elevan algun tanto los precios, por donde se reembolsan los productores y pueden sostener su industria: él hace acopios y almacena para conducir oportunamente los géneros á localidad donde haya carestía y demanda, y los vende rebajando los precios que allí corrian. Resulta utilidad para ambas localidades, y legítima ganancia para el comerciante.

Para que florezca el comercio, és preciso que abunde la produccion. Donde poco se produce, poco se cambia; de modo que el gran movimiento comercial denota mucha actividad en la industria, riqueza y bienestar en el país. Los comerciantes, como los demás industriales, se hacen concurrencia entre sí: competencia y pugna, que agotan el ingenio y la actividad, para prever y adivinar las necesidades de los mercados, para buscar economías, y para anticiparse y llegar á tiempo; todo en provecho de productores y consumidores. En la habilidad y la probidad se funda el crédito del comercio.

El comerciante no crea productos, pero és productor á su manera, en cuanto crea utilidades y presta servicios. Pone al alcance del consumidor efectos, de que sin él carecería. Transporta los productos de un sitio á otro, los guarda de un tiempo para otro, y los pasa de un dueño á otro. Y como trabajo útil, añade valor á los efectos, sin dejar por eso de abaratar los mercados desprovistos.

Hay comercio en grande y en pequeña escala.

En la primera clase figuran los banqueros, los negociantes y los traficantes capitalistas, que operan con los gobiernos y con los productores por mayor, tanto dentro, como fuera del país. Y componen la segunda los mercaderes, tenderos y expendedores, hasta los vendedores ambulantes; los cuales compran generalmente las partidas que necesitan á los de la primera clase, para luego despacharlos al menudéo. Se forma una larga escala de division del trabajo, donde median servicios reciprocos, y todos sirven tambien y se hacen remunerar del público consumidor.

La libertad és tan esencial en esta, como en las demás industrias. Ni necesita reglamentos que le den lecciones de conducta, porque el interés individual vé muy claro y se basta á sí mismo; ni soporta trabas que dificulten sus movimientos, porque entonces se postra ó se maléa. Y si el comercio decae, las otras industrias se resienten. Las intromisiones de los gobiernos en la contratacion mercantil, asi como su tutela sobre el aprovisionamiento de los pueblos, dañan mas que favorecen, y en vez de asegurar la abundancia y la paz, vienen, no solamente por efecto de abusos, sino por la naturaleza misma de las cosas, á originar en ocasiones dadas crisis y conflictos, que pueden degenerar en sérias perturbaciones. La libre accion del comercio conjura estas crisis, ó cuando menos, atenúa su gravedad.

Lo que á los gobiernos corresponde en tales materias, és celar la recta administracion de justi-

cia, para que la industria de buena fé esté siempre protegida contra el fraude y la violencia; contrastar y justificar las pesas y medidas; impedir la venta de comestibles y bebidas perjudiciales á la salud; facilitar las comunicaciones; y franquear los medios de la mas amplia y leal contratacion.

Distinguese el comercio en *interior* y *exterior*.

El primero se ciñe al ámbito de su propia nacionalidad: el segundo se extiende por todas las regiones del globo.

En el comercio *interior* se compra generalmente á los productores al por mayor ó á la gruesa, y se vende mas bien al pormenor ó á la menuda, para los menesteres diarios de los consumidores. Cuando el comerciante compra al labrador sus frutos ó al fabricante sus artefactos, los provee de fondos para que produzcan nuevos valores y cubran sus necesidades ó satisfagan sus deséos. Cambios y servicios, que á todos convienen.

Existe en el pueblo cierta prevencion contra los regatones ó atravesadores, que compran en junto artículos de primera necesidad, para surtir al dia á los vendedores en cajones ó puestos de las plazas públicas y mercados. En efecto, puede llegar el caso de que esos regatones encarezcan los artículos; pero tambien prestan un servicio, y corren un riesgo.

Si un labrador se presenta en las puertas de una ciudad con su caballeria cargada de verdura, ó un traginero con su carreta de carbon, y recor-

ren las calles ofreciendo y pregonando su género, puede suceder que encuentren compradores, y tambien lo contrario. A veces pierden uno y más dias haciendo gastos en la posada, y al cabo tienen que mal-vender, volviéndose á sus pueblos con amargo recuerdo de su expedicion. Pues si estos hombres se ven precisados á tentar nuevamente fortuna, y á la puerta de la ciudad se les atraviesa un regaton, que dinero en mano les compra toda su carga, aunque con rebaja en el precio que se proponian sacar, ellos echan sus cuentas, comparan lo pasado con lo presente, aceptan, descargan, cobran, y se retiran mas satisfechos que la vez primera. Han recibido un servicio, representado por la venta y por el ahorro de tiempo y gastos.

El regaton que ha comprado, revende cuanto antes, porque ciertos artículos como los comestibles frescos, dan poca espera. Por de pronto acopia, y se expone á contingencias: si no logra dar salida á todo su repuesto distribuyéndolo entre los placeros, pierde la parte que se le inutiliza por no poderse conservar en buen estado. Entre el bajo precio á que compra y el algo mas alto á que revende, está su utilidad. ¿Qué otra cosa hacen los grandes y los medianos comerciantes?

Sin duda los regatones se habrán confabulado á veces en su codicioso afán, para sostener en las plazas y mercados precios superiores á los razonables, y esa será la causa de la prevencion que los rodéa; pero iguales ejemplares se han visto

entre fabricantes, entre comerciantes y almacenistas, y entre panaderos. Y no está el remedio en los reglamentos ni en la intervencion de las autoridades: está en la libertad, origen de la concurrencia. Prohibicion ha habido largo tiempo en España contra los regatones, y ha habido tambien tasa en los precios; y entonces los artículos de primera necesidad andaban mas escasos y sus precios mas subidos.

Libertad y concurrencia. Si en una ciudad se vende el pan mas caro de lo que debiera, no dejarán de acudir quienes establezcan tahonas ó fábricas en mayor ó menor escala, que aumentando la produccion, hagan prevalecer el precio regular. Hay más. Desde el momento que un tahonero ó panadero de los ya establecidos, consultando sus verdaderos intereses, y contentándose con moderada ganancia pero repetida, rebaje el precio hasta el límite estrictamente remunerador, verá acudir el público presuroso y agradecido. Los demás tahoneros tendrán que seguir el ejemplo. Tal es la marcha en todos los ramos de la industria: tal el grande y público secreto de las leyes naturales que rigen en estas materias.

El comercio *exterior* ó *internacional* cambia los productos del país con los del extranjero, y entonces suele llamarse *de consumo*. Y se dice *de transporte* cuando unicamente se ocupa en operaciones entre pueblos extranjeros. Uno y otro fomentan los intereses nacionales, ya alimentando la produccion y satisfaciendo al consumo, ya pro-

moviendo la navegacion, y empleando lucrativamente los capitales.

Como son distintos los climas en la superficie del globo, sus diversas producciones se permutan ventajosamente, no solo porque el hombre suele apetecer lo que tiene menos á mano, sino porque en realidad los objetos de un país convienen mucho á otro, y le sirven en reciprocidad de necesidades, agrado y baratura. El trigo, las telas, las máquinas y los vinos de Europa se cruzan en los mares con los té y arroces de China, los azúcares y tabacos de la Habana, el abacá de Filipinas, el café de la Arabia y Puerto-Rico, la canela de Ceilan y los algodones de la Carolina y Egipto. Recuérdese que de estos cambios vienen á reportarse en cierto modo los buenos efectos de la division del trabajo; porque si cada nacion se empeñara en aclimatar y obtener todos los diversos productos, sobre estrellarse en muchos casos contra la imposibilidad por efecto de los climas, pagaria muy cara su tenacidad. El azúcar de remolacha, ideado en Francia durante el bloqueo de la guerra continental, aun se mantiene algun tanto en aquel país y en Alemania, y se extiende por el interior de Rusia; pero nunca podrá competir en los grandes mercados con el de la caña dulce intertropical.

De que las mercaderías exportadas representen la oferta, y las importadas la demanda, resulta erróneo el concepto de los pasados tiempos, en que se creía ganar al exportar ó vender, y perder al importar ó comprar. Era el llamado *sistema*

mercantil, en que, considerando el oro y la plata como la principal ó única riqueza, se aspiraba á que hubiera un excedente en las exportaciones sobre las importaciones, saldado en moneda; sin hacerse cargo de que la moneda és tambien mercancía, que desmerece cuando abunda, y hace subir el precio de los demás artículos. No se enriquece una nacion empobreciendo á otra, sino al contrario acrecentando su prosperidad.

Si las importaciones significan la demanda, claro és que consisten en objetos que hacen falta en el país, ó para alimentar la produccion, ó para satisfacer otras necesidades y deséos; objetos de que se careceria, ó que se producirían allí mas caros, invirtiendo un exceso de capital y trabajo, que con los cambios quedan disponibles para otra aplicacion útil. La nacion que mucho produce, mucho gana; y en cambio pide importaciones que le proporcionen nuevos elementos al trabajo, al mismo tiempo que instruccion, holgura, comodidad y agrado á los habitantes. La moneda no se exporta, si no cuando abunda. El nivel entre exportacion é importacion en efectos no amonedados, és el mejor indicio de prosperidad.

El comercio exterior, además de ir borrando rivalidades y antipatías entre las naciones, y de acostumbrar á todos los hombres á mirarse como hermanos, produce por medio de la libertad el efecto de redoblar las fuerzas productivas del mundo, porque permite dar el mas ventajoso empleo al capital y al trabajo, repartiéndose natu-

ralmente el ejercicio de cada industria en las circunstancias y condiciones que le son mas favorables.

Del *sistema mercantil* ya hemos dado á entender que pretendía exportar los productos propios á cambio de oro ó plata, repugando los productos de la industria extranjera: preocupacion deslumbradora, que reinó bastante tiempo, y que ahora nos parece una alucinacion del entendimiento. Pretendía favorecer la industria nacional en su amplitud, facilitando la salida de frutos y mercaderías, é impidiendo la de primeras materias para obligar á que se elaborasen dentro del país, y prohibía la entrada de la mayor parte de los géneros extranjeros, gravando considerablemente la de otros; con lo cual los productos de la industria nacional serian sustancialmente pagados fuera, en metales preciosos. No advertía que la moneda no tiene otro uso que el de cambiarse por efectos, de tanto valor como ella. La posesion de moneda arguye trabajo fecundo, valores vendidos, ó servicios remunerados. El sistema mercantil, en lugar de enriquecer al país, lo empobrecía.

De ahí la *balanza de comercio*. Se examinaba cuidadosamente el valor de exportaciones é importaciones: cuando prevalecian las primeras, era favorable la balanza, y el comercio se consideraba *activo*; cuando sobrepujaban las segundas, balanza adversa y comercio *pasivo*. El hecho es que la importacion equivale siempre á la exportacion:

nada se exporta sin pagarse, nada se importa sin que se pague tambien por el comercio mediador, á quien los consumidores reembolsarán mas tarde. El que sean los pagos en efectos ó en moneda metálica, no altera la esencia de las cosas; valores por valores.

Esa balanza, por otra parte, carecía de exactitud, porque ni podía comprender los valores remitidos por letras de cambio, ni otras prestaciones privadas, ni tampoco los movimientos clandestinos del contrabando. Bien se deja conocer que, al cerrar el sistema mercantil la entrada á efectos necesarios ó útiles, habria de dar lugar á la infraccion de la ley prohibitiva que creaba un nuevo delito, no á los ojos de la moral, sino á los del fisco. Los contrabandistas se encargan de saltar en tales casos las barreras, cobrando una holgada comision sobre el riesgo que corren.

Desacreditado el sistema mercantil como instrumento económico sediento de metales preciosos, se presentó el *sistema protector*, como temperamento, que sin cerrar la entrada á la produccion extranjera, hubiera de dar aliento y vitalidad á algunos ramos de la nacional. En lugar de que la libertad ó el libre-cambio favorece á productores y consumidores del mundo entero, el sistema protector ampara y defiende exclusivamente á limitado número de productores dentro de la respectiva nacionalidad. Al efecto recarga y tambien prohíbe la introduccion de ciertas mercancías del extranjero, que dañarían á determinadas fábricas

del país. Es una fraccion del sistema mercantil, aunque con diferente objeto.

Sobre si és ó nó necesaria la proteccion á la menor edad de la industria, los partidarios de ambas soluciones, afirmativa y negativa, buscan apoyo en la historia; y la historia no habla con claridad, ó se la hace hablar á gusto de todos.

Es un hecho que, así como ahora se aspira á que los pueblos se relacionen y vivan entre si como miembros de una gran familia, se procuraba en los tiempos pasados mantenerlos en el mayor aislamiento, á lo cual ayudaban sus frecuentes guerras y sus escasos medios de comunicacion. El menguado comercio habitual se interrumpia por completo en las luchas internacionales. Entonces, la necesidad por un lado y el amor propio por otro, alentaban la idéa de que los pueblos debian bastarse á si mismos sin depender ni ser tributarios del extranjero, produciendo cada uno todos los artículos que pudiera necesitar.

De modo que á las pretensiones del sistema mercantil, ávido de la conservacion de los metales preciosos, venia cooperando de antiguo la recelosa y exclusivista actitud de los pueblos. Se violentaba la naturaleza, y los habitantes carecian de numerosos artículos que les habria facilitado el comercio, y pagaban otros á precios muy subidos.

Cambiaron los tiempos, se suavizaron las costumbres, se rectificaron las idéas, se relajó el

aislamiento; pero como por instinto se arraigó y cundió el fervor de la proteccion á la industria indigena. Porque diversas naciones la plantearon sin discutirla, sin comunicarla: unos le atribuyen el progreso de varias industrias; otros se lo niegan. Mas ¿cómo puede ponerse en duda que el amparo dispensado en un principio á la industria, ha debido contribuir poderosamente á desarrollarla, si quiera hayan venido mas tarde la falta de discernimiento al favorecer y el abuso al disfrutar el favor, y las complicaciones de dentro y fuera, y la experiencia de los inconvenientes?

Siempre que en un país se encuentran primeras materias para determinadas industrias, combustible, jornales baratos y buenas comunicaciones, és posible que los habitantes, si son activos y especuladores, se animen á emprender su explotacion. Y ellos prosperarán, especialmente si otros países no están bastante mas adelantados en los mismos ramos de especulacion productiva.

En contraposicion puede suceder que, apesar de las favorables condiciones para empresas industriales, dejen los habitantes pasar el tiempo sin acometerlas, ó por efecto de su carácter, ó por preocupaciones, ó por vicios de la legislacion. Entonces tratan los gobiernos de despertar el espíritu emprendedor, y excogitan estímulos y alicientes. Pero en otras partes han tomado la delantera, existen ya establecimientos análogos, llenos de vida, provistos de experiencia, acostumbrados á la dominacion; y la industria indigena que na-

ciere, por racional que sea, va á sucumbir antes de luchar.

Aquí está indicado y viene bien algun género de proteccion, con sumo pulso y prudencia. Lo mas natural parece ser la exencion de contribuciones por corto número de años: en caso de existir en el país otros establecimientos similares, no tendrán motivo de queja si ellos en su tiempo alcanzaron igual ventaja; y aun en caso contrario, no deben llevar á mal que por la legislacion se sostengan los primeros pasos del recién-llegado, hasta antes de que á ellos pueda hacerles sombra. Exencion temporal de contribuciones se concedió desde antiguo con mucha razon, y se continúa ahora, á los que desmontan y roturan terrenos para cultivarlos, sin que los demás cosecheros que pagan se resientan ni se quejen. Tambien serian muy apropiado las condecoraciones y distinciones honoríficas, si no se hubiesen prodigado, como modernamente sucede entre nosotros hasta desvirtuarlas: taréa en que han rivalizado los gobiernos, sin quedarse en zaga los de origen mas popular.

Mas eficaz debió parecer el sistema protector, y lo és en efecto, con sus recargos arancelarios y sus prohibiciones. Que el beneficio, no tanto se dispensaba á la industria, como á contados y señalados industriales, y que la proteccion lleva consigo muchos inconvenientes; eso lo vemos nosotros ahora y lo tocamos, corridos los años, variados los tiempos y transformado el mundo productor; pero seamos justos, y no vayamos á dogmatizar á pos-

teriori, motejando á las generaciones que no pudieron presentir ni penetrar verdades envueltas entre sombras.

Los inconvenientes del sistema protector, vamos á exponerlos.

En primer lugar, és ocasionado á favorecer industrias imposibles. Cada país tiene sus elementos adecuados: con esos elementos, propios ó adquiridos á bajo precio, puede ejercitar la produccion, competir, y hasta preponderar. Y solamente és útil y laudable el trabajo productivo y remunerador. Mas cuando se plantéa una industria en malas condiciones, sin primeras materias, sin maquinaria barata, sin combustible á mano, la empresa es irracional, nada contra la corriente, y cualquier género de proteccion que se le dispensase pecaría de imprudencia.

Al alejar la proteccion arancelaria la concurrencia extranjera, ocasiona un perjuicio conocido á todos los consumidores nacionales, en utilidad exclusiva del monopolista productor: perjuicio que consiste en privarlos de géneros extranjeros finos, y en hacerles pagar mas caros de lo razonable los inferiores. Lo cual equivale á imponer en obsequio del monopolista, una contribucion desigualmente repartida sobre los consumidores, que dificulta el pago de las contribuciones ordinarias. Tanto, que cuando existe una fabricacion así protegida, fuera preferible que en el presupuesto general de gastos del estado se consignase temporalmente una partida, como subsidio ó donacion á los fabricantes

privilegiados, para que pudiesen tomar otro rumbo, dejándose libre la entrada á los géneros extranjeros en beneficio de la generalidad. Sería un cambio de forma en la contribucion.

Otro inconveniente de este género de proteccion, consiste en que, una vez dispensada á cualquier industria, racional ó irracional, acredita la experiencia las dificultades de su terminacion. Gestion de varias especies, empeños, recomendaciones, influencias, todo se emplea y se cruza: si un ministerio muestra energia y decision anti-arancelarias, se confia en su pronto cambio, que no tarda, y se pasa otra temporada en silencio, y sobrevienen acontecimientos políticos que distraen la atencion; y así transcurren las decenas de años, el público sufre, y la proteccion se mantiene. La larga duracion del privilegio, envuelve la condenacion de un ramo de industria.

Por efecto de semejante tolerancia, combatida y azarosa, ó por la naturaleza misma del favor, se observa que la industria favorecida apenas se estimula ni progresa. Y sé la protegió para progresar. Segura de su ganancia, deja correr el tiempo, y suele cuidarse poco de adelantos y mejoras.

Por otra parte, todos los productores en diferentes ramos apetecen igual proteccion, y con mejor título que ninguno, los de industrias racionales. Es lo que se experimenta en España, donde puede decirse que ninguna industria alcanza un alto grado de robustez y prosperidad. Negar á unos ramos lo con menor motivo concedido á otros, es

injusticia: complacer á todos, no aprovecharía á nadie.

Tambien és demasiado cierto que cualquier gravámen protector impuesto sobre los productos extranjeros, provoca naturalmente represalias. Los géneros españoles privilegiados no saldrán de seguro á venderse en las naciones fabricantes; pero los no privilegiados, produccion propia del país, y hasta apetecidos en los mercados de esas naciones, tropiezan de rechazo con la barrera de crecidos derechos, que disminuyen ó anulan la ganancia, en desquite del recibimiento aduanero que aquí se hace á los artículos que de allá se atreven á venir, similares á los que gozan nuestra proteccion. Lo cual se parece mucho á pagar justos por pecadores.

Finalmente, hasta el reproche le cabe á la proteccion arancelaria, de fomentar el contrabando. Los contrabandistas se ejercitan en introducir por alto algunos artículos prohibidos ó fuertemente gravados en el arancel, que han de encontrar venta: se cobran su aventurero trabajo, y el género se recarga además con la prima del seguro (que tambien se aseguran estos riesgos), y todavía viene el comprador á pagar bastante ménos, que si se hubiesen satisfecho los derechos en la aduana.—Y por otro estilo, y depuestos los escrúpulos en la materia, ¿no se introducirán tejidos finos en crudo, para teñirlos y estamparlos aquí, y ponerles la marca de fabricacion española? Si entran por la aduana pagando derechos,

no habrá más que un fraude: el de la sofisticación, sin culpa del arancel. Si entran por alto, serán dós los fraudes. Váyase por que otras veces se bautizan de extranjeros algunos artículos nacionales, para que sean aceptables á ciertos compradores encaprichados. Y esto, no solamente en España.

Por cuyas consideraciones todas, concluiremos que el sistema protector, aferrado en los aranceles, és delicado en cualquier tiempo, y casi imposible en los actuales. El patriotismo és fácil de estimular y seducir; pero tambien se cansa de estrellarse contra la realidad.

Del mismo modo, no dejaremos de decir, y lo repetiremos, que siempre que una industria, racional ó nó, se halle arraigada en un país á la sombra de la protección, y haya creado intereses, hábitos, y relaciones, és necesario que vuelva á la vida comun donde se respira el ambiente de la libertad; pero tambien és equitativo que la transición se verifique gradualmente y sin violencia, puesto que la protección fué obra de los gobiernos, tan de buena fé desorientados, como natural era el que recogiesen honestamente el fruto los protegidos.

Las *aduanas*, oficinas que recaudan los derechos impuestos á las mercancías á su entrada, salida, ó paso, empezaron por tener un carácter puramente fiscal: cobraban una renta pública. Las hubo, en su tiempo, de provincia á provincia, y aun en España de ciudad á ciudad: pos-

teriormente se han reducido á las costas y fronteras, puertos *mojados* y *secos*; únicamente subsisten entre una y otra de las excepcionales provincias vascongadas. El sistema mercantil las convirtió necesariamente en protectoras de la industria nacional á su manera; y hoy conservan buena parte de ese conato donde quiera que, en poco ó en mucho, se mantienen los gravámenes protectores. Siempre los derechos de aduana ó de arancel son sustancialmente una contribucion de consumo.

Para que formen las aduanas una renta considerable, con ligera carga á los consumidores y la menor posible molestia al comercio, ha de comprender el arancel un número reducido de artículos, han de gravarse estos con parsimonia, ha de haber verdad en los avalúos, y ha de simplificarse la tramitación en los despachos. La razón así lo dice, y la experiencia lo confirma. La multitud de artículos insignificantes en el arancel, introduce confusión en la práctica; así como la elevación de derechos priva á la renta de todas las cuotas que dejan de pagar los géneros introducidos de contrabando, y de las muchas más que percibiría por su mayor entrada legal con menor recargo.

El arancel que empezó á regir en 1.º de Agosto de 1869 rebajando parsimoniosamente los derechos, hizo subir los rendimientos acto continuo. Supongamos una mercancía, que en el país cueste de producirse 1.000 pesetas, y en el

extranjero 700. La aduana la grava con 350 pesetas, y entran solamente 10 de esas mercancías: su adeudo arancelario 3.500 pesetas. Pero se baja el gravámen á 80 pesetas, y entonces entran 15.000 mercancías del extranjero. La aduana percibirá 1.200.000 pesetas, y el público consumidor se habrá ahorrado 3.300.000.

Unas mismas mercancías, cualquiera que sea su procedencia exterior, deben estar gravadas con iguales derechos. Se creyó en su tiempo favorecer la navegacion nacional, estableciendo el derecho diferencial de bandera, y recargando en su virtud los géneros conducidos en buques extranjeros; mas el tiempo tambien ha venido á poner de manifiesto el error. Los extranjeros echan mano de represalias, y la construccion naval, como la navegacion y el comercio, no se estimulan con privilegios, sino que nacen y se extienden con la libertad, allí donde concurren condiciones favorables. Despues de la toma de Granada expidieron los Reyes Católicos una solemne pragmática, sostenida por sus sucesores, para aumentar la navegacion, ya entonces floreciente, dando la mejor parte á los fletes de las naves españolas; y sin embargo, ni en España ni en otras partes han producido tales medidas á la postre mas que resultados desventajosos, porque el desarrollo y grandeza de las naciones turnán segun circunstancias exteriores é interiores, que no se dominan, ni ménos se reglamentan, sino que se combinan en cada época con el resorte, bríos y

fortuna de la accion individual, bien entendida, y no amoldada ni constreñida por los gobiernos.

En las aduanas se tocan necesariamente los efectos de los *tratados de comercio*. Estos tratados estipulan reciprocas ventajas á los productos de las potencias contratantes, relativamente á derechos arancelarios, y siempre son pasos, aunque mezquinos, dados en el buen sendero. Lo que suele una nacion obtener de otra, és ser tratada en el arancel de esta, como la que se halle entonces mas favorecida respecto de determinados artículos.

Las aduanas no debieran ser mas que registros fiscales del movimiento comercial, ó á lo sumo y temporalmente, puntos de recaudacion de una renta, que fuese en todos conceptos equitativa y llevadera.—El dia en que de esa renta pueda prescindirse en todas partes, y en que desaparezcan las aduanas por completo, se tocarán en el mundo los mismos buenos efectos para la industria general, que obtuvo cada nacionalidad de la supresion del estorbo aduanero en su interior.

CAPÍTULO XIII.

Del sistema colonial.

Las *colónias* de los antiguos tenian por objeto dar salida al sobrante de la poblacion, para que poniendo el pié en tierras extrañas, preparasen

conquistas á los pueblos guerreros, ó facilitasen el comercio á los industriosos. Las colonias modernas, hijas del siglo XVI con ocasion del descubrimiento y conquistas de los españoles en las Indias occidentales, y llegada de los portugueses á las orientales, revistieron un carácter propio de la época y de las ideas á la sazón dominantes. El espíritu aventurero, amigo de novedades y maravillas, el celo por la propagación de la fé católica sobre tantas naciones idólatras, y no poco el afán de enriquecerse en los países del oro, la plata, los diamantes, y la especería, llevaron por el seno mejicano y por el cabo de Buena esperanza á multitud de hombres atrevidos, resueltos á todo. Los gobiernos se complacían en ello, y establecían con sus colonias relaciones, que á la respectiva metrópoli hubiesen de favorecer exclusivamente.

Reinaban en Europa las prohibiciones y las restricciones en materia de comercio, y naturalmente se extendieron á ultramar, con tanto mayor motivo, cuanto que la metrópoli las aplicaba solícitamente á su propio enriquecimiento. Las colonias no habían de consumir otras mercancías más que las de la metrópoli, y esta había de recibir todos los productos de sus colonias, siempre en buque de bandera nacional. Inglaterra, Holanda y Francia no se descuidaron, y ménos España, poseedora de las mas fértiles y extensas comarcas, y señora de los mas ricos y célebres criaderos de oro y plata.

Aspiraba el gobierno español á aglomerar ó

acaparar estos tesoros, considerados entonces, según hemos dicho, como la única riqueza; y en efecto venía mucho de oro y plata á la península; mas, como por efecto de esas mismas preocupaciones y de las tradiciones guerreras, yacía en atraso la agricultura y por fanatismo religioso se condenaba á destierro la industria fabril, resultó que el consumo tuvo que apelar á proveerse del extranjero, y que el oro y la plata se escapaban del país, apesar de todas las prohibiciones y penalidades. España era el tránsito de los metales ricos, y estaba pobre.

Dejándose llevar de la corriente general de las ideas, los españoles plantearon en su rigor el sistema colonial; pero poco á poco y andando el tiempo, lo fueron relajando. Al principio fué Sevilla el único puerto habilitado para el tráfico de las Indias; luego le sustituyó Cádiz, y mas tarde, en el siglo pasado, se extendió la habilitación á trece puertos de la península, moderándose tambien los aranceles de las aduanas. Los extranjeros, á quienes estaba vedado establecerse en nuestras colonias, fueron posteriormente admitidos como los nacionales; y en 1818 se dió el gran paso de abrirse las Antillas españolas al comercio de todas las naciones. Las expediciones se hacían ántes en flotas de galeones, escoltadas por escuadras contra corsarios, y en ocasiones contra buques de guerra enemigos: hoy la navegación es libre y abierta á todos. Lo mismo sucede en Filipinas, de donde por largo espacio no se consentía mas que una ex-

pedicion al año para América, en la nao de Aca-pulco.

Han motejado algunos escritores extranjeros á los españoles de crueldad é ignorancia en su conducta para con las colonias. No és exacto. Si en sus medidas económicas se ofuscaron, ofuscacion fué de los tiempos, comun á todas las naciones y á todos los gobiernos. Si al rectificarse la opinion, y al propagarse nuevas doctrinas, no fueron los primeros en cambiar de sistema, han sabido seguir los buenos ejemplos despues de acreditados, sin lanzarse á súbitas innovaciones, que no están en su carácter ni en sus costumbres. En cuanto á la acusacion de crueldad, bueno será traer á la memoria, hasta qué punto los conquistadores y pobladores europeos sin distincion, despreciaron en un principio á los indios, seres abyectos á sus ojos, y adoradores de ídolos en representacion del diablo;—que bien cabía esta extravagante aprehension en las fanatizadas imaginaciones de aquella época. Pero vigente está en gran parte la legislacion española de Indias, monumento de sabiduria y uncion evangélica, protector paternal del indio, defensor del negro esclavo.

De todos los colonizadores, los españoles han sido siempre los mas benévotos y simpáticos hácia las razas indígena y africana, hasta el punto de adelantar por el cruzamiento en la via de la asimilacion. ¿Quien ignora la barrera insuperable, interpuesta por los anglo-americanos, entre ellos y la gente de color? Por claro que fuera el ros-

tro de una persona de cualquier sexo, siempre que se le averiguase una gota de sangre africana, procedente de su quinta ó sexta ascendencia, no se le permitía entrar en un templo donde hubiese blancos; se rechazaban del cementerio sus restos despues de la muerte. Esto, en nuestros días.

Es más. Los españoles llevaron á América los animales útiles, caseros y de labor de que allí se carecía, y árboles frutales y toda clase de plantas, y la caña de azúcar, en cambio de la providencial patata que trajeron á Europa; establecieron fábricas diferentes, propagaron entre los naturales las artes y oficios, edificaron grandes ciudades, fundaron Universidades y colegios, y sembraron los elementos de la civilizacion. De modo que, mientras el régimen colonial y el afán del propio lucro les aconsejaban é imponían la mera explotacion de la riqueza nativa de aquellas regiones, ellos, en la expansion de su noble índole, promovían el bienestar de los habitantes, creando productos, cuyo monopolio cercenaban á la metrópoli.

No hay que creer tampoco, que el sistema colonial fuese una pura obcecacion económica de los gobiernos: estos llevarían tambien su mira política. No pudo ocultárseles que las colonias, en cuanto llegasen á cierto grado de prosperidad, y se sintiesen con bastantes fuerzas propias, habían de aspirar á la emancipacion: época que no estaba en el interés de las metrópolis el acelerar. Tampoco estaba en su mano el alejarla indefinidamen-

te: de la marcha de los sucesos, las vicisitudes de los tiempos, y la coincidencia de circunstancias oportunas, depende la ocasion. Los Estados-Unidos se sublevaron con motivo de una contribucion sobre el consumo del té, les ayudó la Francia, y lograron su independencia. La América continental española se levantó cuando una guerra de invasion extranjera destrozaba la metrópoli, y con el auxilio de aventureros extranjeros, tambien se emancipó al fin. Inglaterra no ha perdido, sino que ha ganado con aquella desmembracion, porque la actividad y la industria británica sacan de ella mucho más partido, que cuando ondeaba su pabellon en las costas de Pensilvania. España habria ganado igualmente, si tuviese mayor poder como industrial, y mas tacto como diplomática.

De todos modos, el sistema protector colonial desfallece visiblemente: las antiguas colonias se convierten esencialmente en provincias de la metrópoli; desaparecerán los respectivos derechos aduaneros; y aunque en el orden político y administrativo se mantengan algunas diferencias, consiguientes al distinto estado social y á la necesidad de conservar á larga distancia el orden público, los vinculos de union los formarán la buena gobernacion en todos ramos, y la motivada satisfaccion de constituir una misma familia.

Con mayor precipitacion que el sistema colonial, se hundieron las compañías, privilegiadas en varias naciones para hacer el comercio exclusivo con determinadas colonias. Formadas esas com-

pañías como ensayo del espíritu de asociacion, en épocas de navegacion peligrosa é insegura, con intento de explotar países desconocidos y hombres por civilizar, prestaron un servicio, á que no se decidían los comerciantes aislados. Las hubo hasta soberanas, y realizaron ganancias pingües; pero tal dureza desplegaron para con los indígenas de las colonias, tan desordenada codicia ostentaron, tal arbitrariedad imprimieron al monopolio, y tal desarreglo se introdujo en su régimen interior, que cayó paulatinamente sobre ellas el descrédito, precursor de la ruina.

La compañía inglesa de las indias orientales, la mas poderosa que registran los anales del mundo, soberana, conquistadora de imperios, dispensadora de tronos, autora de colosales obras públicas, subordinó la política á la codicia, la humanidad al oro, y al cabo ha sido hace poco tiempo abolida, entrando el gobierno de la Gran Bretaña á regir y administrar aquellas vastísimas posesiones. Porque és un hecho que, aun cuando los empleados de los gobiernos dejen á veces que desear, son mucho mayores y mas descarados los vicios en las compañías privilegiadas, y aun frecuentemente en las no privilegiadas.

España no formó compañías coloniales soberanas, pero sí privilegiadas y exclusivas, como las de Caracas, Honduras, Filipinas, Habana, y Santo Domingo. De ninguna de ellas queda mas que una triste memoria: se derrumbaron lastimando los intereses de millares de familias, que

se habían fiado de halagüeñas y falaces promesas.

Lo que no pudo hacer el monopolio, lo que no consiguió el privilegio, lo ha realizado después, y lo está completando, el comercio libre. Las circunstancias son mejores, en verdad; pero lo que en todas partes ha acontecido, bien puede tenerse por una demostración. El monopolio en el comercio es un mal; la libertad es un bien.

TÍTULO TERCERO.

MODO DE OBRAR

DE LOS ELEMENTOS DE LA PRODUCCION.

CAPÍTULO XIV.

De la tierra.

Después de las nociones que anteceden, nos concretaremos á demostrar de qué manera concurren á la producción de la riqueza los tres instrumentos reconocidos: *la tierra, el trabajo, y el capital.*

Una escuela economista, la de los *fisiócratas*, pretendía que toda riqueza proviene de la tierra, sustentando que sus productos, ya espontáneos, ya promovidos por el hombre, son los únicos positivos, en el concepto de que las ulteriores modificaciones debidas á la industria fabril, no aumentan el valor de la primera materia, por consumirse en la elaboración valores equivalentes. El error de los partidarios de la *fisiocracia* (poder

ó supremacía de la naturaleza) se patentiza con sólo considerar la gran diferencia que existe entre el valor ó el precio de varios productos fabriles, y el coste respectivo de la primera materia y su elaboracion. Se ha aumentado con la manufactura el valor, dejando una utilidad al fabricante: luego se ha producido riqueza.

Lo que hay és, que la tierra subministra toda la materia susceptible de consumo, y por consiguiente, susceptible de constituir riqueza.

Se entiende aquí por *tierra* la corteza del globo que habitamos, con las sustancias que existen encima y debajo de la superficie. En la naturaleza inerte ó inorgánica, és la tierra instrumento de produccion por los minerales que contiene en rocas, capas, filones ú otros yacimientos, y sobre todo por la capa superficial susceptible de cultivo; y en la naturaleza viviente ú orgánica, por los animales y vegetales, que se crían en campos, selvas, rios y mares, ya en continuacion espontánea de las especies, ya con el auxilio del hombre. Tambien se comprenden aquí los sabidos agentes naturales, el aire, el sol, el calor, etc. Es fuerza primitiva la de la tierra, pero sin efecto para la riqueza, si no concurren el trabajo y el capital. Es decir, que la industria extractiva y la agrícola son las que obtienen de la tierra, la materia que produce la riqueza.

La razon és clara. Ni los minerales, ni las plantas, ni los animales tienen valor económico, hasta que el hombre se los aprópia y dispone de

ellos á su voluntad. Lo mismo sucede con los agentes naturales, que pueden aislar y hacer suyos. Asi se aprópia el pedazo de suelo que se propone cultivar, y el agua que deriva de un arroyo para riego ó fuerza motriz: ambos son valores que forman ya parte de su capital.

Con la tierra se incorpora el capital en el cultivo, bajo las formas de roturaciones, labores, plantíos, acequias de riego, nivelaciones de terrenos, edificios, instrumentos, máquinas, ganados, semillas etc. Y con la tierra se combina el trabajo, no solamente en el sentido de la fuerza muscular, sino tambien en el de direccion, que supone observacion y saber.

Como instrumento de produccion, conocemos la desigualdad de fuerzas de la tierra: la calidad del suelo y las condiciones climatológicas hacen que la accion vegetativa sea mayor en unos parajes que en otros. Y de ahí las diferentes calidades y el diferente valor de los terrenos. Tambien és de notar que, pasado cierto límite, no és la produccion de la tierra proporcionada á la cantidad de capital y trabajo. Un campo fértil, mal arado, dará como uno; cavado, dará como cuatro; trabajado con buenos arados, surco hondo y estiércol, dará como diez. Mas si se empléa doble trabajo y doble capital, no llegará la cosecha á veinte; y si se triplican y cuádruplican la labor y gasto, y se sigue en aumento, no por eso se ganará más, sino que llegará el caso de que se pierda. El cultivo esmerado puede mucho, pero tiene su término

racional. No és la agricultura como las demás industrias, donde la produccion sigue indefinidamente la progresion del capital y el trabajo.

Puestas en cultivo las tierras mas fértiles ó de primera calidad, y no bastando su produccion al consumo, és fuerza acometer con las de segunda calidad, y después con las de tercera. No cabe duda en que los rendimientos han de ir entonces en descenso, y que con igual capital y trabajo los productos de las tierras de primera calidad serán mas abundantes y saldrán mas baratos. Y como el mercado no paga los frutos segun el costo de produccion, sino segun la oferta y la demanda, resulta que los precios se establecen generalmente, en igualdad de calidades, al tenor de los rendimientos de las tierras inferiores, ó de la produccion mas débil y menos remuneradora. De lo cual ya se dijo al tratar de la industria agrícola y de la fabril.

Extenso, como la superficie del globo, és el empléo de la tierra en la produccion espontánea, objeto de la industria extractiva; grande el espacio dedicado á la agrícola; pequeño el que ocupa la industria fabril ó manufacturera. Mas no sigue la produccion la razon de los espacios, ni de las buenas ó malas condiciones, sino la del trabajo y el capital. Así se observan frecuentemente comarcas aventajadas en clima y feracidad, que yacen en la ignorancia y la miseria por incuria ó por mal gobierno; mientras que otras peor tratadas por la naturaleza, trabajan y prosperan á fuerza de constancia, economía y buenas leyes.

CAPÍTULO XV.

Del trabajo.

Como instrumento de produccion de riqueza, es *el trabajo* la aplicacion de una fuerza, con la mira de una utilidad.

Hay en el hombre fuerza muscular, y en su aplicacion consiste el trabajo corporal; y hay fuerza inmaterial, como las facultades del alma, cuya aplicacion significa el trabajo mental ó intelectual. Rara vez deja el trabajo humano de participar de ambos caractéres. En la operacion material mas sencilla, si la mano ejecuta, la voluntad la ha determinado, el entendimiento la dirige, la atencion la vigila.

Como auxiliar del pensamiento del hombre, es *trabajo* el esfuerzo del caballo y el movimiento de una máquina. Hasta el capital se personifica en sentido figurado, y se dice que *trabaja* cuando está empleado para ganar.

El trabajo se extiende en vasta escala, desde el que se empléa en alcanzar una fruta silvestre ó en recoger yerbas de un ribazo, alimenticias ó medicinales, hasta el del mas complicado establecimiento de fabricacion. Y és tambien trabajo, aunque intelectual, el del hombre pensador que medita, del médico que dá su opinion en una consulta, del catedrático que explica, del aboga-

do que informa, y del funcionario público que desempeña sus deberes. Todos tienen por objeto una utilidad.

Algunos llaman trabajo *inmediato* al que se materializa en la elaboracion del objeto industrial; y trabajo *mediato* al capital, que és su resultado económico, ó el valor acumulado, ó sea, la riqueza. Porque el trabajo no se acumula, sino que se desvanece segun se realiza, y lo que subsiste és el producto con su utilidad.

Es el trabajo fuerza primitiva, que se resuelve en movimiento. El movimiento producido es transmisible; el trabajo nó, porque nadie puede dar á otro su propio organismo. El hombre, inteligente, libre, responsable y siempre sugeto á la ley moral, trabaja, y no solamente és el medio de la produccion, sino tambien el fin, como que en su provecho se aplican y distribuyen los productos.

El trabajo constituye una necesidad en el hombre, porque sin él ni goza de salud, ni reporta beneficio á la sociedad. No és penalidad, sino deber. La costumbre de trabajar se hace virtud en las familias y en los pueblos, porque los morigera, los fortalece y les trae la abundancia. El ocio conduce á la miseria, cuando no á la depravacion.

La utilidad que resulta de la incorporacion del trabajo á los objetos exteriores, dándoles las propiedades exigidas por nuestra voluntad, forma la riqueza material. La utilidad del trabajo en las profesiones liberales, y funciones oficiales, la del

que cultiva el entendimiento, propio ó ageno, eleva el espíritu, y perfecciona el alma, ó la que recrea el ánimo y los sentidos, constituye la riqueza inmaterial. Y lleva carácter mixto, la que á la par mejora la parte física y moral del hombre.

El trabajo ha de ser productivo. Si el agricultor ó el fabricante, ó el que abraza otra profesion, no consultan las necesidades del mercado ó el estado de la sociedad, podrán perder lastimosamente el tiempo y los esfuerzos, mal-empresar las primeras materias ó el talento, y disminuir la riqueza existente, en vez de aumentarla.

El precio del trabajo, bien se deja conocer que és variable, como el de los objetos ó mercancías. Sujeto á la ley general de la oferta y la demanda, experimenta las vicisitudes que son su consecuencia.

La civilización dá honra al trabajo en la opinion pública y en las leyes. Los antiguos encomendaban el trabajo á los siervos, y en España se ha tenido por largo tiempo en menor estima á los que se ejercitaban en artes y oficios. Así decayó la Monarquía, á tanta altura levantada por los Reyes Católicos. Hoy cambian las idéas, porque el mundo marcha, la luz se difunde, y las preocupaciones se disipan.

En la mayor ó menor aficion de los hombres al trabajo, influyen el clima, las necesidades, las costumbres, la educacion, las leyes, y el estado político, segun la seguridad que haya en el disfrute de lo adquirido con laboriosidad y econo-

mía. El trabajo del esclavo es muy inferior al del hombre libre, porque nada espera, ni tampoco se mueve sino á la amenaza del látigo: donde se esmera es en su *conuco*, pedacillo de tierra, que en los ingenios y cafetales suele señalarse á cada uno de ellos para que lo cultive en su provecho, juntando capital para libertarse. En nuestras obras ó talleres vemos al destajista y al que cobra por piezas, trabajar con más ahinco que al jornalero: aquellos saben que á medida del esfuerzo ha de ser la ganancia.

La eficacia del trabajo crece con la enseñanza, la tradicion y la experiencia, y se desarrolla con el estímulo, y á la sombra del orden legal y en virtud del ejemplo. Sobre todo, la razonable libertad de accion.

La sociedad no anula al individuo, sino que lo vivifica, procurando la asimilacion del interés particular con el general.

El reglamentar los gobiernos la industria ó señalar direccion al trabajo, ha dado en todas partes por fruto constreñir la accion, extraviar los esfuerzos, crear manufacturas facticias, y desalentar el progreso.

Lo que al gobierno compete es remover obstáculos que entorpezcan la expansion de las fuerzas naturales y la manifestacion de la actividad privada. Es su mision: facilitar, allanar el camino, no llevar por la mano. Construirá las obras públicas que los particulares no podrían emprender; y lo mismo que dijimos respecto de la indus-

tria agrícola y de todas las industrias, adoptará disposiciones preventivas en lo relativo á la moral, á la salubridad pública y á la sinceridad en la contratacion, y los tribunales reprimirán los abusos; pero nada más.

De lo contrario, los pueblos se acostumbran á vivir bajo tutela, á no reflexionar por sí, á abdicar su voluntad en el gobierno, y á no adelantar, que en estos tiempos es retroceder.

Los trabajadores se unen y estrechan á veces, con el fin de dar mayor eficacia á su trabajo. Fué el propósito de los pasados gremios por artes y oficios. En lo presente, se forman sociedades cooperativas, que pretenden emanciparse del salario, siendo cada una de ellas capitalista, empresaria, y operaria á un tiempo. Alguna de esas sociedades, nacida con cierto crédito y suerte, encuentra quien le anticipe parte del capital necesario: en otras tienen los asociados que estrecharse muchísimo en sus gastos, para ir reuniendo fondos. Más dichas las asociaciones inglesas, que muestran ánimo de no repetir sus hostilidades por medio de huelgas, cuentan con recursos pecuniarios recogidos en tiempos de antagonismo y lucha, y pueden destinarlos al trabajo cooperativo. Pero, sea como quiera, bien se comprende lo difícil y delicado de tales reuniones, que exigen tanta probidad y prudencia en los directores ó gerentes, como deferencia, juicio y union en los obreros.

Como la gran palanca de la industria moderna, se considera *la division del trabajo*.

Cuando las operaciones en un taller se separan y distribuyen entre diferentes obreros segun la especial disposicion de cada uno, parece increíble lo que se gana en ahorro de tiempo y mejora de la produccion. El obrero adquiere destreza y agilidad, se acostumbra á su taréa, y la cadena de las operaciones marcha con suma rapidez.

Al tratar de la industria fabril, anticipamos el ejemplo de la economía que en la fabricacion de alfileres proporciona la division del trabajo: aquí añadiremos otro.

Para hacer una baraja de naipes se cuentan 65 operaciones, desde la limpia del papel para encolar la cartulina, hasta la pintura de las figuras con diversos colores, y la formacion de paquetes con cubiertas ó envolturas impresas. Treinta obreros, convenientemente repartidos, fabrican 15.500 naipes al dia, que salen á 500 naipes cada uno. Pues si un obrero hubiese de hacer sucesivamente, él solo, todas las operaciones, cambiando de sitio y de instrumentos en cada una, regularmente no podría acabar más que dos naipes al dia. ¡Qué enorme diferencia!

Las ventajas de la division del trabajo se advierten tambien entre las naciones, que comparan la produccion segun la respectiva aptitud, asi como se tocan diariamente en los grandes establecimientos y en abundancia de capital; que en los talleres de pocos brazos y cortos recursos no cabe tal lujo de economía, y en donde no hay más que un hombre, él tiene que hacérsele todo. Por eso

se ha dicho que la riqueza engendra riqueza, y el dinero llama dinero.

Ya sabemos que en la industria agrícola apenas halla lugar la division del trabajo; mayor la tiene en la comercial, donde los géneros ó mercancías cambian de lugar segun la demanda, y se desparraman descendiendo por escalones desde los mas copiosos depósitos ó almacenes, al humilde ajuar portátil del buhonero. El comercio todo lo mueve y facilita: así los puertos de mar son su asiento de preferencia.

Si un labrador ó un carpintero hubiera de tejerse el paño y coserse el vestido, fabricarse la tela para ropa blanca, hacerse el sombrero, las medias, el calzado, etc. ¿cuánto tiempo y cuánto dinero no le costaria el cubrir su desnudez? La division del trabajo en las industrias se lo proporciona todo, pronto y barato.

Las ciencias mismas y señaladamente las de observacion y experimentacion, no prosperan tanto, sino por la division del trabajo. La medicina, la química, la astronomía, la geología, la botánica, y demás ramos de la historia natural, se fraccionan y distribuyen por todo el globo entre hombres especiales, que segun su respectiva aficion llevan las investigaciones parciales hasta lo increíble, aumentando diariamente el caudal de conocimientos, y rellenando en sus detalles los cuadros trazados por los grandes maestros en cada uno de esos ramos del saber.

Algunos inconvenientes se le encuentran á la

division del trabajo, como el de convertir al hombre en autómatas, sugeto á una misma ocupacion y postura, el de que, abreviándose las operaciones, se necesita menor número de operarios y quedan muchos de estos sin empléu, y el de que creciendo la demanda de jornal, bajan los salarios. Pero no deja de haber compensacion. El hombre que ya sabe una manipulacion, puede pensar y aplicarse á perfeccionarla, como mas de una vez ha sucedido; y otros meditarán, si son para ello, sobre lo que leyeron ó aprendieron, y sobre las operaciones industriales que se ejecutan á su vista. Si falta colocacion para operarios en un punto, las fábricas se multiplican en otro y piden brazos; y si los salarios descienden, tambien abaratan los objetos de alimentacion, vestido y demás necesario para la vida.

Las máquinas son otro gran progreso en la aplicacion del trabajo. Para ayudarse el hombre en el empléu de su fuerza muscular, empezó por idear utensilios é instrumentos, sucesivamente de madera, de piedra, de cobre, y de hierro; luego se valió de los animales de tiro y carga; últimamente las máquinas han venido á fecundizar el trabajo, movidas por el viento, el agua, la electricidad, y mas principalmente por el vapor.

La potencia de las máquinas es pequeña ó grande, á voluntad del que ha de emplearlas. Las hay que representan cada una el esfuerzo de milhares de caballos. Economizan al hombre, tienen extremada regularidad en sus movimientos, no

se cansan, ocupan poco espacio, entran como consecuencia en la division del trabajo, y forman parte visible del capital, puesto que siempre son de bastante costo. Su necesidad se deja mas sentir, en donde escasean los brazos y son elevados los salarios ó jornales.

La energía y velocidad de su accion ahorran mucho tiempo. De un periódico de grandes dimensiones, se tiran por cuatro hombres con una prensa de vapor cuatro mil ejemplares en ménos de dos horas; con una prensa de mano se tardarian mas de dos dias; y si se hubiese de sacar igual número de ejemplares con la pluma, no bastarian trescientos copiantes en un año. Un molino de agua molerá al dia 30 hectolitros (54 fanegas) de trigo; mas para hacer esa taréa con molinos de mano, sería menester emplear ciento cuarenta hombres. En agricultura, los arados de vertedera, las azadas y las trilladoras, todo movido por el vapor, están operando una revolucion saludable, en aumento y baratura de la produccion, donde quiera que se reunen el capital, la inteligencia y la fuerza de voluntad.

Al reemplazar las máquinas la mayor parte del trabajo del hombre, lo emancipan de faenas rudas y penosas, capaces de embrutecerlo, y de la mayor parte de las automáticas que lo rebajan. Las aspiraciones de la mecánica, aunque algo temerarias y utópicas, se dirigen á encomendar á las máquinas, nada menos que toda operacion material, reservando al hombre las únicas funciones

de intermediario, regulador, y director inteligente.

Excusado parece realzar la importancia de las máquinas de vapor en los ferro-carriles, ni la influencia de estas nuevas vías en beneficio de la producción y el consumo; ni tampoco la perforación, ya tan adelantada, del túnel de Mont-Cenis, ni el canal de Suez. Esta es historia contemporánea: la venidera consignará iguales ó mayores portentos, debidos al vapor del agua, y sin duda al impulso que llegue á obtenerse de la electricidad.

También á las máquinas les encuentran los genios asustadizos los mismos ó mayores inconvenientes que á la división del trabajo. — Con efecto, se necesitan menos brazos, pero también se dá mayor ensanche á los establecimientos, se montan otros de fabricación de las mismas máquinas, nacen nuevas industrias, y se perfecciona y abarata la producción. ¿Y nada significa la dignidad que recobra el hombre al dejar de ser autó-mata?

Igualmente, se exajera el temor de que la producción llegue á ser excesiva en el mundo, resultando un cataclismo general: temor, sino fantástico, muy remoto. Hay todavía mucho que civilizar entre los pueblos que se llaman civilizados, mucho consumo que despertar y promover antes que los ahogue la producción; y hay en apartadas regiones buena parte del género humano por sacar del estado salvaje, y catequizar y atraer á favor de los cambios de nuestras manufacturas.

El problema en todo caso no vendría á ser de nuestros días. ¿Se pretendería por ventura detener hoy el curso de la industria, ú obligarla á retroceder? Imposible. Quien ha viajado en ferro-carril, no querrá ir en diligencia, y menos á pié. Quien conduce al mercado sus trigos en un carro, no se avendrá á llevarlos á lomo de caballerías, y menos á cargarlos él en sus propias espaldas. La civilización de la imprenta, del vapor, y del telégrafo no marcha hácia atrás, ni la industria tampoco. De lo remotamente venidero, Dios.

CAPÍTULO XVI.

Del capital.

Capital és todo producto, destinado á una nueva producción. El producto que se consume, el que se guarda sin aplicarlo á producir, no és capital en el órden económico.

El hombre és elemento activo en la producción; el capital, elemento pasivo, pero indispensable.

Componen el capital los instrumentos de producción, como la tierra, los edificios, los animales y aperos de labranza, los talleres y máquinas, los almacenes, las primeras materias, las provisiones para el diario consumo de los trabajadores ó el dinero para comprarlas, y todos cuantos valores se combinan para concurrir al fin de la pro-

duccion. Estos efectos suponen un trabajo anterior que los ha producido, puesto que existen; y suponen tambien una economía, puesto que no se han gastado ó consumido. *Capital material*.

Y és *capital inmaterial ó moral* la capacidad adquirida por el estudio ó la práctica, así como la reputacion y el crédito que proporcionan clientela, y cuanto, apartado del orden material, trabaja ó se pone en accion contribuyendo á la produccion de riqueza.

Segun la definicion de arriba, el ahorro no és capital. Consiste el ahorro en cercenar gastos y guardar: pero lo guardado sin emplearse, nada produce. Desde el momento que el ahorro ha crecido y se mueve, y se emplea para producir, ya cambia de naturaleza económica y entra á ser *capital*. Lo mismo sucede con la moneda. En el fondo de una arca, no es capital, y solamente empieza á serlo, cuando se pone en movimiento en ayuda de la produccion. En el lenguaje comun se llama capital una cantidad considerable de dinero, cualquiera que sea su situacion: en el lenguaje económico se considera al dinero ocioso, como á un rico mineral sumido en las entrañas de la tierra. Porque el capital és fondo productivo é instrumento de accion.

Fórmase el capital material por el exceso de la produccion sobre el consumo, y por el ahorro que sustrae al consumo inmediato una parte de los valores producidos, prefiriendo la perspectiva de aumentar el caudal, á la extension de los goces del

momento. Y el capital inmaterial se forma por la adquisicion de ciencia ó habilidad, en busca de retribucion al producir utilidad ó agrado. El hombre mismo, cuya personalidad para algo sirva, puede considerarse como un capital, pues que produce: el que de nada sirve, no és más que un bulto en la sociedad.

El oficio del capital en el orden económico, és hacer anticipos. Adquiere primeras materias, paga los salarios, y sufraga los gastos de produccion, con la esperanza de reintegrarse ventajosamente al cambiarse ó venderse los productos que se obtuvieren. Y vuelve á emplearse de nuevo, y otra y otra vez, y constantemente, porque en cuanto permaneciese parado y ocioso, dejaría de ser capital. No descansa.

Empléo és tambien del capital el darse en préstamo, á quien lo aplique á la produccion ú otro uso.

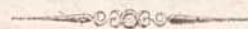
Distínguese el capital en *fijo* y *circulante*. El capital fijo ó comprometido és permanente, como los edificios, las máquinas, los instrumentos, y demás objetos que pudieran alquilarse y producir renta, así como la ciencia y la habilidad, reportadoras de utilidades: cosas todas que no se deterioran sino con lentitud, y que producen sin mudar de mano. El capital circulante és de consistencia efímera, se ramifica en los preparativos de la produccion, y no recobra su forma primitiva, hasta realizarse el cambio ó venta de los productos. En el capital circulante figura tambien, la obra concluida y no entregada al consumo.

Es capital *individual* el que reporta interés ó renta á su dueño: si se dá prestado para producir, aumenta con los productos el capital nacional; mas si vá á parar á manos disipadoras, se desnaturaliza y desaparece. El capital *público* comprende las vías de comunicacion costeadas por el estado, las fortificaciones, puertos, edificios públicos etc. Y el capital *nacional* se compone del capital público y de la suma del de los particulares.

De aquí se deduce que el capital és naturalmente el regulador de la marcha de la industria: con él se desarrolla; sin él se paraliza. La abundancia de dinero no siempre arguye abundancia de capitales, porque no todos los pueblos son igualmente laboriosos, y porque además hay ocasiones de crisis política ó económica, de atonía y malestar, en que el dinero se esconde, y no fructifica. El movimiento del dinero convertido en capital, y el módico interés exigido por su empleo reproductor, son síntomas de vida industrial en un país, y señal de creciente prosperidad. Por el contrario, y salva alguna rara excepcion, hija de especiales circunstancias locales y pasajeras, el alto interés del dinero significa situacion apurada y angustiosa.

Excusado es decir que el dueño de un capital, sea en dinero, sea en otros efectos, dispone de él libremente, empleándolo ó nó, y sin merecer censura como no atente contra la moral ó las leyes.

Terminado este punto, queda explicada la formacion de la riqueza, lo mismo que las funciones que en su produccion desempeña cada uno de los tres instrumentos: tierra, trabajo, y capital.



TÍTULO CUARTO. DE LA POBLACION.

CAPÍTULO XVII.

De la poblacion y las emigraciones.

Antes de pasar adelante, nos ocuparemos de la *poblacion*, muy relacionada con la riqueza en todos conceptos.

Si interesa la suerte del hombre, poseedor del instrumento-trabajo, si el trabajador es el fin de la sociedad, y si esta no puede abandonarlo, las cuestiones referentes á la poblacion vienen á mezclarse en todas las soluciones de la ciencia económica

No es únicamente el número de habitantes el que presta valor é importancia á la poblacion, sino tambien su calidad. La gente robusta, laboriosa y de buenas costumbres, dá fuerza al estado, mientras que se la quita la endeble de cuerpo ó espíritu, y la indolente ó viciosa, que mas bien sirven de carga y cuidado.

A la reproduccion de todos los seres orgánicos acompaña una energía sorprendente, proporcio-

nada en lo general á las dificultades de vida y causas de destruccion en cada especie. Una amapola lleva 32.000 semillas, y un olmo 100.000; el pez carpa tiene 342.000 huevos; y los arenques y las sardinas poblarian en una docena de años y tupirían el océano, así como el beleño cubriría todo el suelo del globo, si enemigos no los devoráran y contrariedades no los contuvieran.

La especie humana es tambien relativamente fecunda.

Suponiendo que un matrimonio tuviese en 25 años 6 hijos, y que las tres parejas resultantes diesen á luz otros seis hijos cada una en los 25 años subsiguientes, y así por este orden sin interrupcion desde el tiempo de los reyes católicos, resultaria una nueva poblacion, próximamente igual á la que existe hoy en España.

El principal obstáculo al rápido desarrollo de la poblacion, está en la falta de medios de subsistencia, entendiéndose por tales los alimentos, el vestido y la habitacion.

Así se advierte que la poblacion aumenta en diversos países, á medida de la posibilidad de sostenerse, por efecto de las leyes y de la participacion en un trabajo fecundo. — Los hebreos que entraron en Egipto no pasaban de 70, y al cabo de cuatro siglos había entre ellos 600 mil en estado de tomar las armas. — En los Estados Unidos americanos ha duplicado la poblacion en el espacio de 25 años, y no en una sola ocasion. Es

verdad que vá en su ayuda la inmigracion europea; pero en los primeros tiempos de la república, en que esa inmigracion ó entrada era bien escasa, se realizó el mismo aumento de habitantes. La poblacion de Hungría y Báden ha duplicado en el espacio de 30 años; la de Bélgica y Cerdeña en 40; y la de Grecia, Irlanda, Austria y Polonia en 50. La de España, bien podemos computar que ha tardado 150 años.

Y no han bastado en nuestro país á acelerar el movimiento, los premios ni las ventajas ofrecidas por la legislacion á la fecundidad de los matrimonios, ni la patriarcal fruicion de los labradores que reputaban riqueza el gran número de hijos: faltaba lo escaseaba lo principal, que es trabajo productivo y consiguientes recursos para existir.

El célebre Malthus, que algun tanto impresionado contra las ideas disolventes de la época, ha hecho profundos estudios sobre la poblacion, y que alarmado por las consecuencias de la superabundancia de habitantes acosados de la necesidad, ha querido dar un aviso á los gobiernos y á los hombres previsores, formúla su pensamiento en dos progresiones, una geométrica para el aumento de la poblacion, y otra aritmética para el crecimiento de las subsistencias, en estos términos:

Poblacion	1	2	4	8	16	32
Subsistencias	1	2	3	4	5	6
Años	25	50	75	100	125	150

Poco consoladora és esta expresion matemática: habrá de seguro en ella alguna exageracion, por subordinarse á la novedad y belleza de la forma la exactitud del concepto, fundado en meras apreciaciones, especialmente respecto de subsistencias; pero tampoco puede desconocerse que encierra un gran fondo de verdad. Es mucho mas fácil la reproduccion de la especie y el incremento de la poblacion, que el arbitrar modo de sustentarla. Y la muchedumbre necesitada, és un cuidado para la sociedad.

La poblacion puede acrecer con desahogo donde abundan las subsistencias; y cuando estas escasean, mengua y hasta desaparece. Asi se explican las vicisitudes de varias naciones, destruidas no solo por las guerras, sino tambien por los malos gobiernos y la miseria, dando ocasion á los curiosos para estudiar las ruinas de orgullosos monumentos, al paso que se levantan otras poblaciones en terrenos mas ó menos feraces, que engrandece la civilizacion. Si la produccion de riqueza es igual á 100, y el consumo medio de cada habitante, igual á 1, cabrán allí 100 habitantes. Y por una sencilla proporcion geométrica se conocerá siempre qué número de habitantes soporta una cantidad dada de subsistencias, y tambien qué cantidad de subsistencias requiere un número dado de habitantes. Las subsistencias, divididas por los habitantes, dan por cuociente la porcion media de subsistencias que toca á cada uno de estos. Si aumentase el cuociente, probaría escasez de habi-

tantos, y pronto acudirían otros de fuera, puesto que abundaban medios de subsistir.

La vida *probable* del hombre se regula por la duracion media de los individuos nacidos en un año; más larga generalmente en el campo que en las grandes ciudades. Si á los 25 años ha muerto la mitad, será de 25 años la vida probable; y si á los 15 años, no pasará de ahí la probabilidad. Vida *media* se llama la que alcanza la generalidad, compensado el vacío de los que fallecieron antes de los 25 años con el aumento de los que llegan á edad avanzada. Si 500 pesonas muertas de todas edades reunen la suma de 17.500 años, esta suma dividida por 500, dará por resultado la vida media de 35. La buena duracion de las vidas, probable y media, son indicio de prosperidad.

Al paso que la reproduccion tiende á sobrepasar los medios de subsistencia, la política propende al aumento de la poblacion por engrandecer al estado: nada mas racional, pero ha de ser por el camino indirecto de hacer productivo el trabajo, fomentar todas las industrias, y acrecentar la riqueza.

Detienen el desarrollo de la poblacion, además de la falta de medios de subsistencia, las enfermedades y las guerras, con otras causas, que unas son hijas de la miseria y el vicio, y otras de la razon y la prudencia.

Las habitaciones insalubres que los pobres se ven frecuentemente obligados á ocupar, la mala alimentacion, el hambre, la insuficiencia del ves-

tido, la suciedad, el abuso del vino y licores, el libertinage y la prostitucion, acortan la vida, é impiden muchos nacimientos. Son obstáculos *cohibitivos* de la poblacion. Y pueden calificarse de *preventivos* el requerimiento moral, la continencia voluntaria, y la no frecuencia de matrimonios prematuros. En algunos pueblos de Europa se exige para el casamiento la prévia informacion de poseer los esposos, medios de atender á su subsistencia y la de sus hijos.

En presencia de las escaseces que afligen á las clases pobres, las ricas y acomodadas acuden y deben acudir en su auxilio, movidas de la caridad. Cuando los gobiernos hacen lo mismo, son llevados de miras políticas mas trascendentales, aunque á veces sin éxito, como en Inglaterra, donde la contribucion para los pobres se reputa incremento de la pobreza. Los asilos de beneficencia debieran ser talleres y obradores, en que los acogidos no imposibilitados tomasen aficion al trabajo y aprendiesen á ganarse la vida.

Para los sobrantes dice Malthus que no hay asiento en el banquete de la naturaleza, su destino és la muerte. ¡Terrible sentencia, que hace estremecer, así como fija la atencion sobre fenómenos que hemos dejado pasar delante de nuestros ojos, sin exámen ni cuidado! Para no dar entero crédito al anatema, basta considerar que si el padre crió y educó al hijo, á este corresponde sostener con su trabajo al padre en la ancianidad, que si se acrecienta la poblacion, tambien la civilizacion

ilumina y dirige los actos de las almas piadosas, crea hábitos previsores, promueve el trabajo y la riqueza, busca colocacion al desocupado, y se desvela por conciliar la venida de los seres humanos al mundo, con la solicitud de su conservacion y regular existencia.

Las *emigraciones* sirven tambien de correctivo al exceso de poblacion. Generalmente son colectivas, organizadas por especuladores que anticipan los gastos de pasaje, y compuestas de hombres que no encuentran trabajo en su país, y van á probar fortuna en el ageno. Los Estados-Unidos, donde sobran terrenos por desmontar, son el paradero mas concurrido de los emigrantes, y modernamente tambien la California y la Australia, al cebo de sus criaderos de oro.

Cuando la emigracion se lleva gente miserable y mal avenida, gana el país aliviado de peso, mucho más que si se alejan capitales ó trabajadores activos é inteligentes, despedidos de las fábricas ó sobrantes en los campos. Irlanda y Alemania, y algo de Francia y Suiza, envían su contingente de 400 á 600 mil emigrantes al año para Ultramar. España tambien, por desgracia, vé á sus habitantes de la costa de levante salir para la Argelia, y los de la parte del norte, principalmente para Montevideo y Buenos-Aires. ¡Cuanto mejor fuera que las provincias mas pobladas de la península, enviáran su excedente á otras provincias á medio poblar, de terreno fértil y de buenas condiciones para toda industria! Pero hasta ahora no

toman ese rumbo las empresas, ni se inclinan los capitales á los cuidados de la colonizacion.

De los emigrantes, unos se proponen ahorrar y hacer caudal en el extranjero, para volver con él á la tierra de su niñez: emigracion temporal, y en caso de éxito, la mas beneficiosa para el país nativo. Otros marchan á la ventura, ó resueltos á adquirir una nueva pátria: emigracion perpétua.

Hay tambien emigraciones forzosas, ó por mejor decir *expulsiones*, no procedentes de sobrante de poblacion, si no de fanatismo religioso ó político. En Francia, la revocacion del edicto de Nantes lanzó una multitud de protestantes, que dejaron abatidas sus fábricas, y pasaron á vigorizar y enriquecer las de Alemania, Inglaterra, Holanda y Suiza. España desterró á últimos del siglo XV á los judios, tratantes, mercaderes, capitalistas que fomentaban las industrias fabril y agricola, codiciosos de suyo, y sutiles de ingenio. Mas tarde, á principios del siglo XVII, tocó igual suerte de expulsion á los moriscos, excelentes labradores, frugales é industriosos. ¡Doble despoblacion violenta y lastimosa, comprensible al entendimiento cuando lo transportamos á aquellas épocas, pero siempre errónea en sentido económico, porque empobreció y desalentó al reino, condenándole á la postracion!

En las emigraciones (se entiende las voluntarias) no deben intervenir directamente los gobiernos. Si fuesen necesarias, les toca á ellos únicamente remover estorbos: si innecesarias, pueden

mejorar las condiciones de los que luchan con la adversidad, para que muden de parecer. Y como la buena colocacion de los emigrantes en el punto á que son llevados se hace cada dia mas difícil, dando lugar á crueles desengaños; y como los especuladores en esta especie de tráfico de hombres blancos, suelen seducir y engañar la credulidad inexperta, lo que incumbe á los gobiernos, respetando la libre voluntad de los individuos, és ilustrarlos, subministrarles noticias, hacer justicia á sus reclamaciones, y proteger su nacionalidad mientras la conserven y no se naturalicen en el extranjero.



TÍTULO QUINTO.

CIRCULACION DE LA RIQUEZA.



CAPÍTULO XVIII.

De la circulacion.

El productor necesita vender, que és cambiar sus productos por otros; y para ello busca salida ó comprador. La *circulacion* de la riqueza es el movimiento, que la lleva de las manos del que produce á las del que consume.

Si nada costasen los productos ó las mercancías, la demanda sería inmensa. Como cuestan, la demanda se vé limitada, si nó por la voluntad de adquirir, por la posibilidad de pagar.

Los productos, lo repetiremos, se cambian por productos; y en el rigor económico se tienen por verdaderos productos aquellos cuyo valor cubre, cuando menos, los gastos de produccion. Es verdad que el pago se hace regularmente en moneda; pero ¿con qué se ha adquirido esta moneda? Con otros productos. Si el agricultor, el capitalista, el fabricante, el empleado público, el médico, el abogado, el particular, tienen di-

nero y con él pagan, lo han adquirido y ganado vendiendo efectos, percibiendo réditos, ó prestando servicios.

Cada mercancía ó producto encuentra tantos más compradores, cuanto más se multiplican los otros productos. Una mala cosecha perjudica á todas las ventas y entorpece el mercado. Porque encarece el pan, y á las clases no acomodadas les queda poco dinero disponible para comprar paños, telas y otros efectos. Del mismo modo, la penuria en la industria manufacturera ó comercial, y la carestía de paños y telas influyen sobre los demás artículos del mercado. De suerte que á mayor número de productores, mayor baratura en los productos, y mas fácil despacho de ellos y compra de otros. Cada productor está interesado por lo tanto en la prosperidad de los demás, como en la suya propia. Es una ley natural de la producción, para estrechar entre sí á los hombres, vínculo providencial que ennoblece y sublima el trabajo.

La circulacion és desembarazada y activa cuando hay facilidad y baratura en los transportes; y se mide por el número de cambios ó de ventas á que dá lugar. Cuanto más pronto lleguen á la fábrica las primeras materias, y al mercado los productos, y cuanto mayor número de transacciones se deriven en un tiempo dado del mismo capital y trabajo, tanto mas provechosa será la circulación de la riqueza. Las vías de comunicacion han de estar libres y francas. Los portazgos, pontaz-

gos, barcajes, etc., son estorbos que detienen, fatigan, y cuestan; resabios anti-económicos, é improcedentes además, cuando á cargo del gobierno corren la construccion y conservacion de las vías.

No és productiva la circulacion por sí misma, pero hace productivos los géneros ó efectos, acercándolos al alcance del consumidor, y ahorrándole viajes, con gasto de tiempo y dinero. Hay agentes ó mediadores que manejan los efectos ó mercancías al circular y los hacen pasar de mano en mano. Todos ellos trabajan, y deben reportar su utilidad; de modo que una mercancía llegará tanto mas recargada á poder del consumidor, cuanto mayor sea el número de los mediadores que hayan intervenido en el movimiento y las transacciones.

No se entiende por circulacion de la riqueza el mero transporte de las mercancías de un punto á otro, por distancia que medie, y por accidentes que ofrezca el viaje.

Las mercancías circulan con frecuencia, que és mudar de dueño, sin moverse de su sitio. Una partida de géneros puede ser vendida, dos, tres, y mas veces y pasar de comprador en comprador, antes que el primero de ellos la haya sacado de la fábrica ó almacén. No se han creado ni aumentado valores, pero se han realizado utilidades de una mano á otra.

La activa circulacion de la riqueza és señal de trabajo productivo y bienandanza. Su lentitud dá

indicios de dificultades en el consumo ó en la producción; síntomas de situación poco favorable. El consumo alimentado por la producción, y la producción vivificada por el consumo, establecen un flujo y reflujo de la riqueza, que simboliza toda la importancia de la circulación.

CAPÍTULO XIX.

De la moneda.

La moneda fué invención de la necesidad. No pudiendo cada individuo crear todos los productos, tenía que trocar lo suyo por lo ajeno que le hacía falta. Y como los trueques directos eran casi imposibles, el trigo por ropas, una casa por libros, se cambiaron los productos propios por moneda, que es vender, y con ella se adquirieron los ajenos, que es comprar. La moneda sirve de intermedio, y es el lenguaje universal en el comercio, y medida común, aunque fluctuante, de los valores. Fué un gran paso el de la compra y venta, en sustitución del trueque.

Bien pudiera cualquier otra mercancía tomarse por tipo de referencia ó medida común, porque toda mercancía viene á ser moneda, y toda moneda mercancía; pero la sustancia que haya de servir de tipo ó de intermedio en los cambios, ha de reunir las siguientes propiedades: que tenga cierta utilidad, de donde se derive un valor propio

y natural; que este valor sea constante, y para ello que no varíe de un modo sensible la cantidad existente; que resista al roce y al desgaste; que sea homogénea y pueda sin dificultad subdividirse; que sea transportable, conteniendo mucho valor en poco volumen; y que en toda ocasión pueda comprobarse su verdadero valor.

Los salvajes se sirven como moneda, de la sal, los granos de cacao, ciertas conchas, y el oro en polvo, que los negros mandingas de África cambian al peso del *macute*, de valor próximamente de media peseta. Los pueblos rústicos hicieron moneda del ganado, contado por cabezas: los espartanos emplearon el hierro, los romanos en su principio, el cobre.

De todas las sustancias conocidas, el oro y la plata son las que mas visiblemente reúnen las condiciones requeridas para ser moneda. El oro es inalterable, aun á elevada temperatura; inatacable por casi todos los agentes ó reactivos químicos, pesado, divisible en trozos pequeños, de bella apariencia, ni escaso ni abundante, pues aun cuando en estos últimos tiempos vienen á Europa crecidas remesas de oro de California y Australia, son tambien muchas las aplicaciones que de él hace la industria en vajillas y alhajas de lujo. La plata posee las mismas calidades, aunque en menor grado. Ambos metales han obtenido la preferencia en el mundo civilizado, para servir de moneda.

En Rusia se ha ensayado para el mismo uso el

platino, metal de mayor peso específico que el oro, y tambien mas inatacable por los agentes físicos y químicos, aunque inferior en belleza; pero hubo de abandonarse su acuñacion, porque creció la extraccion de este metal en la América del Sur y sobre todo en la Siberia, bajó su precio á la quinta parte, y de consiguiente le faltó la cualidad de fijeza ó permanencia en el valor.

Tenemos, pues, á las dos mercancías, los dos metales preciosos, el oro y la plata, destinados á servir de moneda. Las funciones de esta son tanto mas importantes, cuanto más progresa la civilizacion, porque al mismo compás aumentan los negocios y las transacciones.

Podría el metal en barras ú en polvo servir de moneda; ese debió de ser el comienzo. Muy embarazoso resultaría el pesar cada barra ó cada medida de polvo y ensayar su ley; y de ahí la idea de la construccion de piezas, de valor determinado y sabido. La acuñacion y los sellos han bastado para inspirar seguridad y confianza: las piezas son discos ó chapas circulares, aunque tambien han corrido esquinadas, como en nuestro tiempo la plata macuquina. Por lo general llevan la efigie del Monarca de cada nacion ó el emblema de otra clase de gobierno, y modernamente el año de la acuñacion y el lugar que ocupa la pieza en la escala del sistema monetario. Es importante el expresar alli, como ya se hace en varias naciones, y mas ó menos completamente en España, el respectivo peso y ley, lenguaje inteligible para

todos y en todas partes. Y mas importante aun sería, el que se uniformasen entre los pueblos civilizados la moneda y las pesas y medidas. Es un pensamiento altamente racional y beneficioso, que por entre pueriles susceptibilidades nacionales, está ya ganando en la opinion, y llegará á convertirse en realidad.

El oro y la plata en estado de pureza tienen demasiada ductilidad y blandura: aleados con otro metal, adquieren dureza, y quedan mas propios para circular como moneda. Por eso se mezclan y funden con cierta porcion de cobre. La parte de oro ó plata se llama el *fino*, y la de cobre la *liga*. En las piezas de oro suele ser el cobre $\frac{1}{10}$ del peso total; tambien en las gruesas de plata, aunque á las menudas se les pone mayor dosis de cobre.

El valor de las piezas de moneda consiste en el metal fino que contiene cada una: és su valor intrínseco como mercancía, y el mundo su mercado general, cualesquiera que sean el busto del monarca y los emblemas. Si se acuñasen, por ejemplo, pesetas con mas plata ó mayor cantidad de fino de la que corresponde á su clase, pronto las fundirían los plateros reduciéndolas á pasta, ó serían extraídas por el comercio á los mercados extranjeros. Ese valor intrínseco no és tampoco absolutamente constante, como no lo és el de ninguna mercancía, porque está sugeto á las eventualidades de su produccion, abundancia ó escasez de minas y criaderos, progreso en los métodos de beneficio y afinó y en la amonetizacion; pero así

y todo, son los metales preciosos la sustancia mas propia para servir de moneda, siempre apreciados, y de bastante fijeza en su valor intrínseco respecto de cada periodo histórico, para llenar las funciones de su destino.

Los gobiernos son los fabricantes de la moneda, prestando este servicio á los particulares, puesto que garantizan el peso y ley de las piezas. Cuando ellos no fabrican materialmente, sino que se valen de la industria privada, se reservan necesariamente el exámen y contraste de cada pieza, asumiendo la responsabilidad de su exactitud antes de ponerlas en circulacion. Los gastos de fabricacion ó el *braceage*, se sufragan con el menor valor del cobre que entra como liga, y una parte del cual figura oficialmente como metal fino; por donde una moneda de oro ó plata vale en realidad ménos que igual peso de oro ó plata en pasta. Si además conservan algunos gobiernos la costumbre de cobrar el *señoreage*, especulan imponiendo una contribucion, que en sana doctrina debe desaparecer, porque maléan en poco ó mucho y desvirtúan su propia obra, en concurrencia con la moneda de otras naciones mejor avisadas.

Si la liga en las monedas llegase á ser excesiva, ofrecería graves inconvenientes, y entre ellos el incentivo á la fabricacion clandestina, aun sin alteracion del peso y ley.

Este aliciente al fraude lo ofrecen siempre las piezas de cobre, no por contener liga, sino por ser el metal de un valor intrínseco muy inferior al

que representa en su curso legal. En algunas partes se sustituye ventajosamente el níquel al cobre para la moneda inferior. De todos modos, el cobre ó vellon no és más que un signo fraccionario de la verdadera moneda; instrumento convencional, que se empléa en las compras á la menuda, y no se admite sino como complemento ó saldo de picos en los pagos mayores, reservados al oro ó la plata.

Resulta que el valor intrínseco de la moneda no es arbitrario, ni está sugeto á la voluntad de las autoridades. Todavía és de considerar su valor *extrínseco*, que depende exclusivamente de la oferta y la demanda en el mercado comun. Quien vende géneros, compra moneda; y vende moneda quien compra géneros. Cuando los precios de las mercancías están bajos, se hacen muchas compras con poco dinero, y entonces es grande el valor de la moneda circulante; señal de que anda escasa. Al contrario, cuando están altos los precios, abunda la moneda y vale poco. En uno y otro caso, acude el comercio á llevar moneda á donde falta, y á extraerla de donde sobra, restableciendo así el nivel general.

En muchas naciones modernas, además de las monedas de oro y plata, circula como auxiliar y en representacion suya, el papel de crédito.

La moneda activa poderosamente las transacciones. Las facilita como expresion de valores, porque en lugar de decir que un sombrero vale 6 kilogramos (13 libras) de azúcar, ó 25 kilogramos (2 arrobas) de vino, decimos con mas claridad que

vale 15 pesetas; y tambien multiplica la moneda los cambios, pasando de mano en mano, con economía de tiempo y satisfaccion de toda clase de demandas. Es, pues, un equivalente de valores, término de comparacion y medida, instrumento del comercio por excelencia, dado que efectúa los cambios, acto esencial del comercio.

La moneda és riqueza, puesto que tiene valor intrínseco y utilidad. En rigor no puede llamarse signo de riqueza, porque esa propiedad es comun á todos los valores, á todas las mercancías: la moneda és el equivalente ó el representante de todos los valores y todas las mercancías, porque á ella se refieren, ella és su término de comparacion, y con ella se compran.

La moneda és capital si se dedica á la produccion, segun se dijo en otro lugar: consumida improductivamente ó disipada, ó conservada en inaccion, no pasa de ser un instrumento mal empleado ú ocioso. España poseía mucho oro y plata amonedados procedentes de América, y carecía de capitales.

Es la medida exacta de todos los valores en un momento dado. Mas como el valor de las mercancías está sugeto á variaciones y el de la moneda tambien, esa medida pierde su carácter absoluto por no ser fija, sino que experimenta fluctuaciones segun la oferta y la demanda en el curso de los tiempos. Es representacion y aun medida de valores de actualidad, y nó de su comparacion entre épocas distintas. Puede decirse que así mi-

de la moneda el valor de las mercancías, como las mercancías miden el valor de la moneda. Si la cantidad de moneda circulante en un país permaneciese por largo tiempo la misma, sería indudablemente el signo representativo y la medida fija de los demás valores: si deja de serlo, consistirá en que la cantidad circulante experimenta variacion, ó en que la misma moneda desmerezca en su propio valor por invasion de metales preciosos en el mundo. Esto último és muy poco probable: lo seguro és lo primero, representado por las oscilaciones de la moneda como mercancía, conexiada con los mercados de todos los países. De cualquier modo, con la moneda se compara el valor de todas las cosas, és la expresion de los precios corrientes, y á falta de una medida fija é invariable, ella és la que suple, atemperándose á las circunstancias y atendida su mayor ó menor existencia en cada ocasion.

La relacion entre la riqueza de un país y la moneda necesaria en circulacion, no se determina fácilmente: así unos calculistas la fijan en un 20 por 100 de los valores, y otros en un 4 por 100. Depende del número y extension de las operaciones mercantiles, del grado de actividad de la circulacion monetaria, y de que haya ó nó billetes de crédito ú otros agentes ó signos auxiliares y supletorios de la moneda. Cuando esta sobra, embaraza; cuando falta, comprime: el equilibrio y la nivelacion se establecen pronto.

Tampoco puede fijarse la relacion entre los

valores del oro y la plata, porque la cantidad de cada uno de estos metales está sujeta á variaciones por efecto de su mayor ó menor produccion anual, y del respectivo consumo en las artes. Los gobiernos establecen esa relacion entre las monedas; pero tienen que alterarla siempre que así lo exige la realidad de las cosas en la sucesion de los tiempos. De otro modo, el metal postergado y perjudicado sería extraído y llevado á donde mejor se apreciára. Y lo mismo sucederá cuando la moneda de un país valga mas en el comercio, que su representacion y marca oficiales.

En el siglo XVI la relacion del valor del oro al de la plata fué : : 11 : 1; en el siglo XVII : : 13, 14, y 15 : 1; posteriormente : : 16 : 1; y actualmente en la isla de Cuba vale el oro : : 17 : 1. Pero el comercio prescinde de los valores legales y usuales de la moneda; la mira y la trata como mera mercancía en los cambios. Y es de notar, porque se presta á comentarios, que en Cuba y Puerto-Rico se ha contado y casi se cuenta por onzas de oro, en Inglaterra por libras esterlinas, en los Estados-Unidos por dollars, en Francia por francos, en España por reales, y en Portugal por reis.

Unas naciones dan al oro la preferencia en el sistema monetario, como Inglaterra y Bélgica; otras, á la plata, como Francia y Holanda. Nadie pone en duda que uno solo de estos dos metales debiera servir de tipo para simplificar todas las operaciones, quedando el otro de auxiliar: la di-

ficultad está en la eleccion. De seguro se habría pronunciado la opinion en favor del oro, si recientemente no lo hubiesen desparramado por Europa la California y la Australia, infundiendo el recelo de que pierda en estimacion por su abundancia. La experiencia prueba hasta ahora lo contrario. Ha cesado en compensacion casi por completo, la antigua é importante extraccion de plata para China y la India, y ello es que la relacion de los valores entre el oro y la plata apenas ha experimentado alteracion. Es de esperar que la moneda de oro prevalezca y se generalice en bien de todos los pueblos.

La moneda desgastada é impropia para la circulacion, es una decepcion y un compromiso en mano de los particulares. Deteriorada en servicio de la sociedad, á la sociedad corresponde recojerla y refundirla á costa de todos; los gobiernos son los encargados de la ejecucion de esta regla de buena policia. En cuanto á la moneda falsificada, que es un atentado altamente punible, cada individuo debe estar sobre sí para no ser engañado, pues el que la toma sin exámen, tiene que sufrir las consecuencias.

La alteracion oficial de la moneda bajando su ley, es una calamidad: alterar la moneda equivale á alterar la riqueza. Al propio tiempo que se creía y se sustentaba en España que los metales preciosos eran la única y exclusiva riqueza, se incurria en la contradiccion de decir que estos mismos metales amonedados podrían sin inconveniente adulte-

rarse á voluntad del príncipe, como que no servían más que para representar el valor de las cosas vendibles. Tanto valiera haber preconizado la moneda de hierro ó de cuero con igual valor que la de oro! Estas especies, esparcidas por ciertos escritores, y recojidas por el vulgo, llegaron á encontrar eco en los palacios, donde podían crear arbitrios para salir de apuros.

Con efecto, mas de una vez acudieron los reyes á este recurso vedado, para pagar en mala moneda las deudas que habían contraído cuando corría la buena, sin presentir los funestos resultados que se preparaban á si mismos y á los pueblos. Alteraron y falsificaron la moneda aumentando la liga de cobre, é incurrieron en una bancarota disimulada, defraudando á los acreedores en la tercera parte ó en la mitad de su haber. Mas tarde se apeló á forzar la acuñacion del cobre, con mayores ganancias todavía, pero tambien con desatentado consejo y con no menores perjuicios.

Don Alonso el Sábio se dejó arrastrar por el mal camino, y sin encontrar el remedio á sus ahogos, produjo el desórden en el comereio, dió lugar al encarecimiento de los géneros, y buscó el correctivo en la tasa de los precios, que fué caer en un segundo error. Así se malquistó con sus súbditos aquel hombre eminente. No por eso se enmendaron varios de sus sucesores, incluso los últimos reyes de la casa de Austria, poniendo el sello y remate á semejantes manejos el menguado Carlos II.

Necesariamente en tales ocasiones subían los precios de todos los artículos de consumo; la moneda buena se escondía ó huía al extranjero para no perder de valor confundándose con la mala; los metales preciosos hacían lo mismo; y la acuñacion fraudulenta tentaba á los particulares con sus ganancias, para llevar aun mas lejos la adulteracion. Tambien ocurría, y esto no estaba sin duda previsto, que la moneda de baja ley, salida de las arcas reales, volvía á entrar en ellas con la de los otros falsificadores, en pago de tributos, pechos, rentas y contratos, resultando heridos los reyes por su propios filos. Fué la alteracion de la moneda una de las principales concausas de la decadencia de España en diferentes períodos de sus anales, origen tambien de malestar y descontento en los pueblos, de agitaciones y lastimosas turbulencias.

En los tiempos que alcanzamos, la alteracion oficial falsificando la moneda, sería sobre un anacronismo, una insigne torpeza, hija de la mas crasa ignorancia.

La importacion y exportacion de la moneda deben ser libres, como la de toda otra mercancía, segun las combinaciones comerciales. Se ha comparado la moneda ó el numerario al aceite que untase el eje del carro del comercio: el necesario aprovecha; el excesivo se derrama y desperdicia. Sea que los metales preciosos se introduzcan en barras ó lingotes, sea que vengan amonedados, su empléo es pagar deudas, ó compensar el exceso

de los géneros exportados sobre los importados. A la inversa, la salida de metales preciosos ó de moneda, significa saldar la cuenta del exceso de lo importado sobre lo exportado. En ambos casos se cambian productos por productos.

En el comercio exterior, cuando dos naciones cambian sus productos y una de ellas queda en descubierto, acude á ofrecer mas baratas sus mercancías para que sean aceptadas y proporcionen el saldo, ó bien envía numerario si abunda, y en ello encuentra ventaja. Del numerario no se desprende sino en último caso, y bajando entonces el precio de sus productos, puede seguir trabajando y negociando, porque experimentará mayor demanda. Así es la natural distribucion de los metales preciosos en el mundo comercial.

En tiempo de las preocupaciones que consideraban los metales preciosos como la única riqueza, y durante la dominacion del sistema mercantil, se ponía el mayor conato en impedir la salida del oro y la plata. ¡Vano empeño! Esos metales encontraban resquicios por donde escaparse de contrabando; España los recibía de América, y les servía de puente para Francia, Holanda, Inglaterra é Italia, en cambio de los géneros y mercancías que ella se desdeñaba de producir.

Los consumos crecen generalmente al compás de los productos. Una nacion laboriosa y productora, rara vez se vé obligada á saldar sus cambios con numerario. Otra nacion menos productora, sobre ver disminuirse anualmente sus consumos, tie-

ne que saldar con moneda ó numerario: cuyo acto, repetido hasta la costumbre, es señal desfavorable, pues merma la posibilidad de la formacion de capitales. Si se halla trabajada por discordias y convulsiones intestinas, crecerán las dificultades, porque el numerario es asustadizo, se oculta, ó emigra á los Bancos extrangeros, y deja de alimentar el trabajo, siguiéndose la miseria general. En tal situacion, la alternativa es: ó despertarse la energía y actividad de los habitantes al restablecimiento de la paz pública y á la sombra de un buen gobierno, ó resignarse á no seguir el movimiento del mundo que progresa.

De todos modos, habría error en prohibir la exportacion de la moneda; lo uno porque no se remediaría el mal, y lo otro porque ella saldría de contrabando.

CAPÍTULO XX.

Del crédito en general.

El *crédito* es la buena reputacion que goza una persona; y en asuntos mercantiles es la confianza que inspira y le facilita el tomar prestado. El crédito pone en movimiento la riqueza producida por uno en un trabajo anterior, para que otro la emplee en un trabajo nuevo. Así se adquiere dinero ú otros valores al fiado, sin la en-

trega en el acto de valores equivalentes, y á virtud de la opinion de honradez y solvencia.

El que se desprende de su dinero, dándole prestado, lo saca de la inaccion para que le reporte utilidad. Si ese dinero, puesto en actividad por buenas manos, se convierte en capital dedicado á alimentar la industria y fomentar la produccion, su empléo es útil porque aumenta la riqueza del país. Y lo mismo que de dinero, se hacen préstamos de otros efectos, que se dan al fiado, cuando trae cuenta y media la confianza. En el movimiento industrial rara vez se realizan los pagos al contado: el vendedor de lanas las entrega al tejedor porque necesita darles salida, y se aviene á cobrar mas tarde; el tejedor hace lo mismo con el tintorero, este con el comerciante, y este con el mercader, hasta que los consumidores del género vienen á facilitar los pagos de la cadena formada de préstamos y de servicios recíprocos. Así se continúa el trabajo sin interrupcion, porque unos á otros se *hacen crédito*.

Resulta que el crédito facilita á un individuo consumir ó utilizar un valor de otro, sin que el consumidor haya entregado un valor equivalente. El acto de crédito es un cambio incompleto, un anticipo de servicios. No crea capitales, sino que los muda de lugar.

Si el dinero tomado á préstamo se consume improductivamente, no ha sido capital, ni creado riqueza. Con frecuencia se vé á propietarios labradores pagar el 6, 10 y 20 por 100 al presta-

mista, para cultivar tierras que no le rinden mas que el 4 ó el 6: mal cálculo y camino de ruina. Tambien se observa que quien recibió dinero prestado hace mayores gastos, lo uno porque tiene con qué, y lo otro porque no siempre se acuerda del plazo del reintegro. Y por el mismo estilo, repara ménos en consumir géneros en su casa el que los saca al fiado de las tiendas; y los tenderos son fáciles en hacer crédito á los parroquianos que tienen posibles. Una cosa semejante pasa entre los jugadores, mas arriscados cuando ponen ó apuntan de memoria ó con fichas, que cuando extienden el oro ó la plata sobre el tapete.

El crédito, pues, dispone del caudal *ageno*, segun la capacidad del sugeto para los negocios, su honradez, sus hábitos de trabajo y economía, la prudencia de sus actos, y antecedentes de su buena suerte: asociacion entre el sobrado y el necesitado, entre el que heredó ó adquirió bienes de fortuna y el que ha experimentado contratiempos ó concebido algun proyecto, ó bien el que entra en la carrera de la vida sin mas recursos que la inteligencia, la moralidad, y la aplicacion. Comprar al fiado es tomar un préstamo del vendedor. De todos modos, el prestamista ó mutuante examina las condiciones del prestatario ó mutuuario, y si se decide á hacerle crédito, establece el interés del dinero ó el precio de los efectos, segun el grado de confianza que le inspire por el valor de sus garantías, materiales ó morales.

No es capital el crédito, porque de los valores

que el mutuuario recibe, el mutuante se priva. Los medios de produccion existían, pero estaban ociosos; el crédito los hace pasar á manos trabajadoras. El crédito no puede crear valores por sí mismo, ni multiplicar directamente los capitales: lo que hace és proporcionar capital en objetos efectivos y materiales á quien de él carecia, para convertir en productivo lo improductivo. Descansa por lo tanto el crédito sobre cosas positivas, y aunque eficaz instrumento de cambio, está limitado respecto de cada individuo por la produccion futura en que se cifra su responsabilidad. A cualquier adversidad que ocurra á una persona en los negocios, su crédito flaquea.

Sirve el crédito de vínculo á los capitales esparcidos por el mundo, poniendo en contacto y en comunidad de intereses á todas las naciones; y és signo de civilizacion, porque saca á juego las riquezas enterradas ó estacionarias de los pueblos poco familiarizados con la industria, ó agobiados por gobiernos arbitrarios.

No se olvide que el crédito tiene sus peligros, en razon á que es fácil dejarse llevar de ilusiones y atribuirle una potencia ilimitada. Por su medio se han realizado, á la verdad, empresas colosales, con el concurso de capitales grandes y pequeños, esperanzados de ganancia; de él se obtienen singulares beneficios para los particulares como para los estados; pero ¿á cuantos abusos no ha dado lugar? Es el crédito un resorte de grande elasticidad, y así y todo si se le fuerza demasiado, se

quiebra. Con poco puede hacerse mucho, mas de la nada solamente Dios puede crear algo. El fanatismo del crédito ha excitado mas de una vez la fiebre de la especulacion, desviando los capitales para lanzarlos en sendas inciertas y peligrosas, confiando la direccion de los negocios á aventureros, y ocasionando crisis, acompañadas de la ruina de millares de familias. Y tambien ha cegado á los gobiernos induciéndolos á enormes emisiones de títulos de fondos públicos, sin consideracion al peso de la carga. El abuso del crédito hace caer en el abismo del descrédito.

Por lo mismo que el crédito es poderoso, debe emplearse con prudencia y parsimonia: entonces produce sus buenos efectos, extendiéndose su influjo á las costumbres, porque sostiene los hábitos de trabajo, ofrece colocacion ventajosa á los ahorros del obrero, y acostumbra á las gentes á pensar en el porvenir.

Divídese el crédito en *real* y *personal*. El primero descansa sobre el valor de la cosa que sirve de garantía al préstamo: ó *prenda* si és mueble; ó *hipoteca* si inmueble. La prenda pasa á poder del prestamista; y la hipoteca subsiste en manos del deudor. Los límites del crédito real son el valor presente de la garantía. El segundo ó el personal, se funda en la buena fama y opinion de las personas, sin mediar otra garantía; de modo que puede llamarse crédito moral, y és de duracion indeterminada. El tramposo, aunque sea rico, no alcanza crédito.

Además hay crédito *privado*, que és el de las personas, aisladas ó constituidas en compañía, y crédito *público*, que és de las naciones, ó de los gobiernos que las representan. Y tambien el *territorial*, que se dedica á auxiliar y movilizar los bienes raíces y favorecer el desarrollo de la agricultura. Suele además llamarse *moviliario* al que se interesa en operaciones de la industria fabril y comercial.

Buena és la situacion de los individuos y las naciones que sin dificultad hacen uso de su crédito, pero mejor sería aquella en que nadie tuviera que apelar á ese recurso, sino que todos trabajaran empleando lo suyo; porque un préstamo recibido á plazo, obliga á sacrificios que encarecen la produccion, y expone al prestamista á pérdidas no merecidas, cuyo riesgo hace subir el interés del dinero prestado. En general, goza de más crédito el que menos necesita usar de él, el que está mas sobrado.

El crédito és delicado y vidrioso, como és asustadizo el capital. Las convulsiones políticas lo hacen estremecer, la anarquía lo auyenta, el despotismo lo comprime y degrada. Libertad, orden público y seguridad, forman la atmósfera donde, cómo la industria, vive el crédito, y despliega sus alas, y se cierne sobre las nubes.

Las *letras de cambio* son los instrumentos de crédito mas usados en el comercio: mandato expedido por un sugeto, para que otro satisfaga una cantidad determinada á un tercero. El primero és

el *librador*, el segundo el *acceptante* y pagador; el tercero el *tomador*.

La letra ha de ser pagada en lugar distinto del de su origen: el tomador ó acreedor la endosa ó traspasa á otro si le conviene, y este á otro, y así sucesivamente. En la misma se señala la época del vencimiento, que és á determinado tiempo desde su fecha, ó desde su presentacion al acceptante, ó bien á la vista cuando le sea presentada.

Las necesidades del comercio dieron sin duda origen á las letras de cambio. Supónese que en el siglo XII las inventaron los judíos expulsados de Francia y refugiados en Lombardía, para recoger los caudales que habían dejado en sus casas. Ello és que en toda liquidacion ó balance entre uno y otro punto de comercio, resultan generalmente diferencias ó picos, que han de saldarse; y en vez de hacer la material traslacion de fondos en metálico, se emplea el giro por medio de esas letras. Los comerciantes de una plaza tiénen que recibir dinero en otra, y que enviarlo tambien: las letras de cambio son las mensajeras, que arreglan esos cruzados, cobran y pagan y todo lo ponen corriente. Hay en las poblaciones casas especiales de giro, que se entienden entre sí, y mediante una comision, sirven en este ramo al comercio y á los particulares.

Otra ventaja de la letra de cambio és que, cuando al tomador no le conviene aguardar al vencimiento, puede realizar desde luego su importe

mediante endoso, con el descuento únicamente del interés hasta que cumpla el plazo. Y el nuevo tenedor, puede al endosarla á otro, hacerle el pago de una deuda, y por este orden correr la letra de mano en mano como dinero, con ligero quebranto. Por donde se vé cuan poderoso auxiliar és de la riqueza.

Los *pagarés* son obligaciones suscritas por una persona en favor de otra, endosables y pagaderas á fecha fija en la misma plaza donde se firman. La garantía descansa principalmente sobre el crédito personal del obligado.

En el pagaré, el deudor promete el pago: en la letra el acreedor manda pagar.

La letra de cambio és mercancía, porque tiene un valor igual á la moneda circulante: buenas firmas son oro de ley; las medianas, metal bajo. Se llama cambio de letras al precio en una localidad, del dinero que ha de pagarse en otra. El curso del *cambio*, á veces descuento y á veces premio, és ventajoso á una plaza de comercio cuando escasea el número de pagos que tiene que hacer en otra; desventajoso en el caso contrario, porque serán muy buscadas las letras por los deudores. Cuando el cambio se verifica entre dos plazas de distintas monedas, el valor intrínseco de estas ó el metal fino és lo que se computa, y la equivalencia constituye *la par*. Si la libra esterlina equivale á 25 pesetas 75 céntimos, estará á la par el cambio entre Londres y Madrid cuando por 10 libras se paguen 257 $\frac{1}{2}$ pesetas, Si se pagan 258, será

el cambio desfavorable á Madrid; y favorable si no pasa el pago de 257 pesetas. Los cambios desfavorables no son causa del mal ó de la penuria, sino síntoma; aceleran las exportaciones y retardan las importaciones, tendiendo á restablecer en lo posible el equilibrio.

Tomar una letra ó comprarla en cualquiera ocasion, es hacer un préstamo ó anticipo de fondos, hasta el vencimiento de ella, y correr un riesgo. Lo cual motiva un rédito ó interés.

Las letras de cambio, como todos los signos é instrumentos de crédito y efectos de comercio, necesitan y encuentran especial proteccion en las leyes, en defensa de la buena fé, rapidez de la circulacion, y coaccion al cumplimiento de los compromisos contraídos.

CAPÍTULO XXI.

De los bancos.

Los bancos son de tres especies, *de depósito de circulacion*, y *territoriales*.

El primer Banco fué el de Venecia, creado en el siglo XII; le siguió el de Barcelona en el siglo XV, poco despues el de Valencia, luego el de Génova y otros. Había gran variedad y confusion en la moneda circulante, de que se resentían los tratos y los negocios; de donde surgió la idea de

una moneda especial, para uso de los negociantes y traficantes. Estos depositaban en el Banco oro y plata en barras ó en especies monetarias, se contrastaba y fijaba el valor respectivo, y el Banco expedía certificados de depósito equivalentes. Estos certificados, moneda ideal, pero invariable, corrían en el comercio facilitando las operaciones, y aun solían gozar premio ó mayor valor que el que representaban; cuya diferencia ó sobreprecio era el *agio*.

Algunos Bancos cobraban una corta comision por los depósitos, ó por las transferencias de ellos: otros se contentaban con emitir sus certificados al curso favorecido por el *agio*. Los certificados se vendían y circulaban sin tocarse á los depósitos, dado que estaba facultado para retirarlos en cualquier tiempo, el tenedor de los correspondientes certificados.

La probidad y la puntualidad, unidas al religioso respeto á las sumas depositadas, eran parte para atraer la confianza y la estimacion á estos establecimientos, como sucede con todos los de crédito.

Dióse mas tarde otro paso, que fué el de que las transferencias ó trasposos no se fijaran precisamente en la totalidad del depósito, sino que se admitieran por fracciones; y esas son las *cuentas corrientes*. Depositada una cantidad en el Banco, expide su dueño mandatos ó talones parciales segun le conviene, y el portador cobra en el acto. Los Bancos hacen entrega al efecto, de un libro

talonario á cada depositante, y le sirven de cajero abonado.

Mas los Bancos de depósito no operan: sus funciones son de fieles guardadores, y el oro y la plata yacen sin movimiento en sus arcas ó subterráneos. El progreso en la industria y comercio ha debido sugerir el pensamiento de la especulacion, que se brindaba fácil en el *descuento* de letras de cambio, y luego en el giro. Y como de los certificados de depósito á los billetes de Banco no hay mas que un paso, se hizo la combinacion segun las nuevas miras y aspiraciones, dando por resultado los Bancos de circulacion, agentes intermedios entre negociantes y capitalistas.

Los *Bancos de circulacion* tienen capital propio, formado y representado por acciones transferibles; es decir, que los accionistas aprontan el fondo social. Con él especulan. Expiden además billetes por el duplo ó triplo del capital efectivo, y con auxilio del crédito negocian en operaciones determinadas y seguras. Sus negocios de banca no se diferencian de los de un banquero particular, comprador propiamente y vendedor de crédito, pues consisten en depósitos y cuentas corrientes, giros ó movimiento de caudales, y descuento de letras. Su gran ventaja consiste en emitir papel ó billetes, que el público acepta si le inspiran confianza; por donde opera con doble ó triple ó aun mayor capital, del de su instalacion ó de su propiedad. Si, mediante 100 millones en caja y en reserva, negocia con 300 en papel, y

gana el 4 por 100 líquido al año, sus beneficios positivos serán el 12. Por eso se multiplican tanto los Bancos entre los pueblos libremente especuladores.

Los depósitos ó cuentas corrientes dejan utilidad á estos establecimientos ó compañías, por cuanto disponen accidentalmente de los fondos ajenos, que amalgaman con los suyos, y cuyos talones ó mandatos de pago satisfacen con papel.

En el giro de letras llevado con habilidad, se obtienen considerables beneficios, y no menores en el descuento; porque toman los Bancos letras de buenas firmas, y las pagan con rebaja del importe del interés por el tiempo que faltare hasta el vencimiento.

Tanto en las cuentas corrientes, como en el giro y descuento, proporcionan los Bancos gran beneficio al público. Ellos por su concurrencia enfrenan la arbitrariedad de los banqueros particulares, facilitan toda clase de movimientos á la industria fabril y comercial, auxilian á los hombres de negocios con préstamos sobre garantías en papel del estado ó efectos públicos ó bien en otros de segura realizacion, y economizan tiempo y gastos á cuantos se aprovechen de sus servicios.

Los *billetes al portador* constituyen la esencia y distintivo del Banco de circulacion. Son pagaderos á la vista y en el acto de presentarse; de modo que sin poderse llamar moneda, hacen el oficio de tal, son moneda en sentido fiduciario, y aun alcanzan mayor estima por su menor peso y

volúmen. Mientras subsiste la confianza, es consiguiente la preferencia.

El capital del Banco debe estar en relacion con los negocios, y en su consecuencia, aumentar ó disminuir segun las circunstancias. Un capital excesivo permanecería ocioso ó induciría á negocios extraños á su instituto y arriesgados; mientras que si fuese exiguo, restringiría demasiado sus operaciones y no esparciría los beneficios del crédito.

La relacion entre el capital efectivo y el emisible en billetes, no puede determinarse en absoluto. En esto como en todo, deben proceder los Bancos con medida y perspicacia. Viven de la confianza pública, y en ellos la prudencia es honradez. En lo general es triple la cantidad de billetes de la del numerario efectivo en caja.

Sobre esto harémos una observacion. Si el Banco pone en circulacion 100 millones en billetes, no lo hace á la ventura, ni los dá de balde; sino que compra ó adquiere cosas que valen 102 millones, y que realizará dentro de breve término. Gira, ó descuenta ó presta, todo ello para ganar y servir, no para perder. Es decir, que si se desprendió de 100 millones en papel, al cabo de cuatro meses ó antes, si así le conviniera, habrá recogido 102.— Si los 100 millones emitidos vuelven en billetes, sin cuidado se queda el Banco; operacion terminada, y á otra. Si vienen en metálico, con él paga el Banco sus billetes, recogiendo los cuando le sean presentados al cambio.

Pero sobreviene una crisis política ó comercial; el pánico se apodera del público; se agolpan al cambio los tenedores de billetes; se retiran los depósitos; y el Banco tiene que satisfacer á todos. Empieza por dar salida á sus fondos en metálico, recojiendo 100 millones en billetes; mas como eso no baste, aparece entonces si el Banco goza de verdadero crédito, y si ha operado con prudencia. Contaba con realizar y hacer efectivos mas de 300 millones para recoger los otros 200 circulantes en billetes; la realizacion se retrasa y dificulta por efecto de las circunstancias públicas, y el Banco está expuesto á una quiebra, cuando en tiempos normales le sobraban medios para haber salido airoso. Las cosas, sin embargo, no pasan así cuando el Banco no se ha lanzado á malos negocios. No todos sus billetes están fuera; y él encuentra fondos en sus sócios y otros capitalistas, vá realizando sus valores de cartera, y con rostro sereno conjura la tempestad. Los Bancos de administracion desatentada no encuentran conjuro y sucumben.

No conviene que los billetes destierren el uso de la moneda de oro y plata, sino que lo disminuyan. Y por el contrario, cuando el oro se escapa, el modo de retenerlo és elevar su precio, recojiendo billetes de Banco. Tampoco ha de representar cada billete una suma demasiado corta: su destino és al comercio y á los particulares algun tanto desahogados, y si descienden á los obreros en pago de salarios ó á los puestos de venta de verduras,

pueden elevar los precios de los géneros, y crear hábitos contrarios al ahorro. Los billetes al portador, no deben ser de menos valor ó representacion que 100 pesetas.

Respecto del descuento de letras é interés en los préstamos, és siempre la circunspeccion la reguladora de los procedimientos de un Banco, porque de ahí dependen su crédito, su propia seguridad, y el mejor servicio á la industria y al público. El descuento elevado contrae y retrae las operaciones sin enriquecer al Banco: el descuento bajo lo enriquece paulatinamente, y facilitando la circulacion de valores, dá impulso á la produccion de riqueza.

¿Han de ser libres los Bancos en establecerse y operar, ó bien han de estar autorizados y vigilados por los gobiernos? La facultad discrecional en los gobiernos tiene por objeto limitar el número de Bancos, elegir lo que le pareciere mejor, y proteger los intereses públicos, impidiendo el desbordamiento en las operaciones, los descuidos y los abusos. ¡Noble y tutelar propósito, si fuera realizable! Mas la experiencia ha puesto en claro que ni las pretensiones al establecimiento de Bancos son simultáneas, ni deja de caber favor, ni la eleccion és siempre plausible, ni la inspeccion é intervencion oficiales alcanzan á prevenir y remediar los vicios, cuando se cubren de buenas apariencias. La libertad ofrece tambien sus inconvenientes, pero menores.

En vez de la tutela gubernamental, ineficaz

cuando no veleidosa, toca á los accionistas, primeros interesados, el vigilar su administracion responsable, enterarse con frecuencia de la marcha de los negocios, examinar los libros, proponer reformas, aducir quejas, y en las juntas generales promover las cuestiones pertinentes á las mejoras, y en su caso, á las censuras. Ese espíritu, y ese celo, y ese teson, hermanados con la prudencia, no son á la verdad comunes; pero son condicion precisa del buen uso de la libertad en todas las esferas. El indolente y apático no ha nacido para libre, ni para hombre de negocios que requieran carácter y accion. ¿Y qué negocio no exige esas condiciones, á menos de exponerse á tirar el dinero á la calle?

El que maneja asuntos en que otros están interesados, tiene que responder, y no evasiva, sino positivamente. Lo cual es aplicable á la política y á la administracion general. La responsabilidad política es ante el superior, si lo hubiere, y ante la opinion pública: la administrativa, ante el superior y ante los administrados electores. Sin la eficacia de esas precauciones, sugeridas por la prudencia, si nó por la desconfianza, no hay seguridad de buen desempeño por parte de todos los funcionarios. Y aun así!

La libertad de Bancos destruye necesariamente la institucion del Banco único y privilegiado en cada nacion. Es cierto que la multitud de Bancos abre campo y es ocasionada á la rivalidad, y á la lucha, por obtener el predominio levantado sobre

la ruína de los otros, originándose la exagerada emision de variedad de billetes y postracion de la moneda, con consecuencias fatales. Pero los pueblos y los Bancos hacen su aprendizaje; ¡felices unos y otros si no desoyen los consejos del buen juicio y las lecciones de la historia! La experiencia agena ó propia, les enseñará á ser avisados á los unos y prudentes á los otros, á limitar el número de Bancos segun las exigencias del comercio, á emular en cordura y lealtad, á reducir á lo necesario la emision de sus billetes, y á saberse captar la buena voluntad y el aprecio del público.

La libertad no consiente andadores, pero estaría condenada á tropezar siempre en sus primeros pasos, si se echase en brazos del entusiasmo ciego, en vez de seguir los consejos de la razon. El carácter de los pueblos tiene en ello su parte: en los Estados-Unidos, emprendedores y aventureros, la multitud de Bancos ha producido escarmientos dolorosos, mientras que en Escocia está dando desde largos años buen fruto y digno ejemplo.

El monopolio del Banco único y privilegiado constituye naturalmente una potencia de primer orden, inclinada á su particular provecho, más que al auxilio de la industria y fomento de la produccion. Si además se pone al servicio del gobierno, tanto peor. El Banco de Inglaterra se vió en apuros por haber tenido que someterse á repetidos anticipos al tesoro público; el español de San Carlos se arruinó por la misma causa; y el actual

de España ha tenido que pasar malos ratos en ocasiones semejantes.

En suma, los Bancos libres, no solo por estar dentro de los principios económicos, sino por la esencia misma de las cosas, son los mas propios de la época que alcanzamos, y los que, sin carecer de inconvenientes, porque son obra de los hombres, reúnen mejores condiciones para atender á las necesidades del crédito.

Los bancos *agrícolas, territoriales ó hipotecarios* son establecimientos especiales en auxilio de la agricultura.

Como los anticipos ó préstamos á los propietarios de fincas rústicas, tienen por objeto mejoras que se incorporan al capital fijo, el reembolso ha de hacerse al cabo de cierto tiempo, y por consiguiente no constituyen operaciones de la índole de los Bancos de circulacion y descuento.

Sus garantías son las fincas que se hipotecan al efecto, y además la capacidad, la moralidad y la laboriosidad del mutuuario ó prestatario. Ante todo és precisa una buena legislacion hipotecaria, que ofrezca seguridad al prestamista. De nó, continuará el agricultor encorvado bajo el duro peso de los exorbitantes intereses que satisface al avaro.

El *Banco territorial* redime á la agricultura, haciendo un bien á la humanidad. Presta á un interés muy moderado, que cobra anualmente con un ligero recargo para la amortizacion; por donde en 15, 20, ó 30 años segun el recargo, rein-

tegra el agricultor insensiblemente el capital y queda solvente. ¿Habrá llegado para España esa deseada, y tan repetidamente anunciada institucion?

Unas veces entrega metálico este Banco en préstamo, y otras emite unas cédulas ó billetes al portador, que disfrutan interés, circulan, y se cotizan en Bolsa. No son pagaderos á la vista como los billetes de los Bancos de circulacion, y tambien se diferencian en devengar interés. El agricultor mutuuario vende ó traspasa los billetes segun le hace falta el dinero, experimentando ó nó un ligero quebranto al tenor del curso del papel. Por otra parte, el Banco, intermedio entre los capitalistas y los agricultores, emplea el capital en comprar sus propios billetes en circulacion, y entonces el préstamo que hizo en papel se convierte en préstamo en dinero, con interés y reembolso hipotecados. De esa manera sostiene el curso ó el precio de sus billetes, y siempre realiza algunos ligeros beneficios en las operaciones. La combinacion és eficaz en sí, conocida y apreciada: todo está en que se plantee acompañada de capital suficiente, reputacion personal é inteligencia.

Las cajas de ahorros son tambien establecimientos de crédito, donde los obreros y otras personas van imponiendo semanalmente las pequeñas partidas, que han podido cercenar á sus consumos. Estos depósitos se retiran á voluntad de los imponentes, perciben un módico interés,

forman paulatinamente capitales, acostumbran á que se piense en el porvenir, recogen lo que probablemente se habría desperdiciado, y hacen productivos en junto los ténues elementos, que aislados, carecían de toda fuerza.

No á la especulacion, sinó á la caridad y á una buena politica deben su origen las cajas de ahorros: baste decir que proporcionan una reserva de recursos para las adversidades ó la vejez, hacen prevalecer la templanza sobre la disipacion, y cimentan la alianza del capital con el trabajo. Producen poco, pero seguro, y sin esfuerzo ni cuidado por parte del imponente. Las cajas de ahorros, habitualmente administradas por hombres benéficos y distinguidos, empléan el capital que reciben, de modo que produzca para el pago de intereses, contando con medios para la devolucion de las imposiciones.

En los *montes de piedad*, á la inversa de las cajas de ahorros, se hacen préstamos á los necesitados, bajo la garantía de alhajas ú otros efectos; se les cobra interés, y se les devuelven las prendas empeñadas, cuando ellos reintegran la suma del préstamo. Frecuentemente colocan las cajas de ahorros su capital en los montes de piedad. Ambos establecimientos, aunque en rumbos diferentes, se inspiran en el amor del prójimo, haciendo del crédito un instrumento altamente humanitario.

CAPITULO XXII.

Del crédito público y del papel moneda.

El *crédito público* és el de los gobiernos, así como el privado el de los particulares: ambos nacen y viven de la confianza.

Cuando un estado se halla administrado con regularidad, tiene asegurada la tranquilidad pública, y vé prosperar el trabajo, goza de gran crédito. Entonces és cuando no necesita valerse de él, á menos de ocurrir un accidente gravoso, una exigencia extraordinaria é inevitable. Porque aun para los gastos imprevistos de calamidad pública que sobrevenga, y para los de interés general como vías de comunicacion, puertos marítimos ó fortificaciones, deben alcanzarle los recursos ordinarios de los impuestos.

Los gobiernos no han de atesorar, porque todo lo que encerraren en arcas, és capital que muere sustraído á la produccion. Si sobran ingresos en el tesoro, lo procedente y razonable és aliviar de carga á los contribuyentes.

Reconocido este principio, puede llegar el caso de que el bien público demande imperiosamente un gasto extraordinario, á que no se preste la especulacion particular; caso raro, como el de los

ferro-carriles , especialmente los de segundo orden , que no recompensan el capital empleado , y cuya construccion se considera urgente , para que una nacion no permanezca en peores condiciones que las demás , respecto á la riqueza y sus cambios. Porque és un hecho constante que á medida que se facilitan las comunicaciones y se construyen canales , se establecen fábricas , y se mejora el material de ellas. Entonces , y por excepcion , puede un gobierno hacer uso del crédito y proporcionarse fondos , no para construir él , sino para auxiliar discretamente á las empresas constructoras. Es una carga que se impone la sociedad entera , con pleno conocimiento de que le és ventajosa. Los gobiernos , como los particulares , no dán que decir ni que murmurar cuando usan del crédito , sino cuando abusan.

Fuera de una precision semejante , ó de una adversidad de repetidas malas cosechas que aniquilen al país , la ocasion eventual de poner un gobierno á prueba su crédito , és la de una guerra extranjera ó intestina , que exija gastos no soportables por los contribuyentes. Entonces se contrae un empréstito , como una triste necesidad.

Bien se concibe la posibilidad de un empréstito en circunstancias menos azarosas , tan discreta y oportunamente empleado , que fomenta la prosperidad del país , en términos de sobrepujar de sus resultados el aumento de las rentas , al importe de los intereses anuales del empréstito mismo. Mas esa perspectiva puede ser seductora de los gobiernos ,

é inducirlos á error de imaginacion ó amor propio.

El empréstito facilita un capital que se consume , productiva ó improductivamente en sentido económico , á costa de la generacion presente y de las venideras ; un anticipo con recargo sobre las contribuciones ó impuestos ; un rédito ó interés que hay que satisfacer al capital que ya no existirá.

Los contribuyentes no suelen mirar con ceño los empréstitos , porque alejan la nube que les amenazaba de grave peso inmediato en las contribuciones , afectándose ménos por lo futuro que por lo presente ; y los gobiernos son generalmente demasiado fáciles en entrar por ese camino , sin preocuparse seriamente de sus consecuencias.

Siendo los empréstitos á veces una necesidad ineludible , no hay por qué rechazarlos en absoluto , ni para qué discutirlos. Pero hay que examinar y poner en relieve su naturaleza y sus resultados . por lo mismo que , una vez abierta la puerta , suelen los gobiernos imprevisores no saberla cerrar , y por que , si ciertos empréstitos con causa legítima merecen aprobacion , otros no tienen que esperar igual acogida.

Ningun estado , como ningun particular , puede decentemente pedir prestado , sin el propósito firme de pagar los réditos y devolver el capital si así se estipulase , y sin contar con los medios , dentro de la certidumbre humana , para realizarlo.

El empréstito se hace sin consultar á las generaciones venideras que en su mayor parte han

de soportarlo, pero que tambien lo utilizarán si con cordura se aplica á la prosperidad del país; desvía de la produccion los capitales que en él toman parte; disminuye por de pronto la riqueza pública, y hace subir el interés del dinero. Esto si el empréstito se llena dentro de la misma nacion, que será siempre que á los capitalistas les traiga visible cuenta, porque el metálico se conmueve poco al impulso del patriotismo. Si el empréstito se contrata en el extranjero, vienen fondos á la nacion necesitada, pero volverán á salir en forma de interés anual.

De todos modos, y conviniendo en la contingente necesidad y justificacion de ciertos empréstitos, no hay gobierno prudente y avisado que no los mire como un recurso extremo, que debe escasear y evitar todo lo posible. Más le vale, dentro de lo hacedero, economizar en los gastos; y ménos gravoso és generalmente á los pueblos algun esfuerzo en las contribuciones, que la carga perpetua impuesta por el préstamo que se les hace.

Se ha sustentado la paradoja de que és mas rica la nacion que más debe. Pero si la Inglaterra, por consecuencia de sus luchas con la Francia, y los Estados-Unidos á resultas de su guerra entre el norte y el sur, no tuvieran que destinar anualmente á intereses de la deuda pública una cantidad superior á todo el presupuesto de gastos de España, y si España no se viera en la precision de satisfacer cerca de 250 millones de pesetas tam-

bien anuales por su deuda de todas clases, ¿no serían mas ricas las tres naciones? Si á los contribuyentes se les eximiera de tan enormes cargas, ¿no podrían dedicar directamente á la produccion de riqueza, lo mucho que hoy pagan á acreedores desparramados por el mundo?

Los gobiernos débiles gozan de escaso crédito, y les salen mas caros los empréstitos. Y como el crédito encantado flaquea á punto de aniquilarse por el uso, siempre los segundos empréstitos son, en igualdad de circunstancias, mas onerosos que los primeros, y más aun los terceros y sucesivos, porque pagan una especie de premio ó prima de seguro. Llega el caso de no encontrarse prestamista, y entonces viene la banca-rotta, ó bien se concluye por donde debió empezarse: por el juicio, la economia y el buen arreglo.

Distínguense los empréstitos en *voluntarios* y *forzosos*. Los primeros son las verdaderas operaciones de tomar á préstamo: los segundos son contribuciones disfrazadas, violentas, que ahuyentan el crédito, abaten los valores, y crean descontento: remedio empírico, sobre generalmente ineficaz.

Son *reembolsables* los empréstitos, que además de devengar su interés, se van extinguiendo generalmente á la par por sorteo; mientras que se llaman *perpetuos* ó *no reembolsables* los que no tienen la condicion del reintegro ó reembolso. Los títulos de estos últimos, en que se expresa la única obligacion del pago anual ó semestral de los inte-

reses por parte del gobierno, constituyen la *deuda consolidada*, ó renta perpétua.

Se realizan los empréstitos voluntarios, por *adjudicacion*, que és escojiendo el gobierno entre las proposiciones presentadas para la totalidad por unos y otros banqueros; ó por *suscripcion*, que consiste en abrir listas al público, para que los individuos apunten voluntariamente la cantidad á que se obliga cada uno.

Los empréstitos por adjudicacion se los disputan ó los conciertan entre sí las fuertes casas de banca, que luego se guardan lo mejor de las utilidades, dan parte en el negocio á su clientela, y distribuyen el resto en el público. Y rara vez contratan con los gobiernos los empréstitos á la par, ó al valor *nominal*, sino que estipulan un descuento ó rebaja en el capital que entregan. Si el negocio se ha cerrado en 1000 millones al 6 por ciento, con la rebaja ó *prima* de 20 por ciento, el capital *real* á entregar no pasará de 800 millones, y su interés verdadero, resultará de siete y medio por ciento.

Otro empréstito hay, provisional y de corta duracion, que és el de los billetes ó *bonos* del Tesoro público: representacion de anticipos que toma la administracion para hacer frente á los gastos, y cubrir los servicios en los intermedios, hasta los ingresos periódicos de ciertas contribuciones. Son letras ú obligaciones del Tesoro, pagaderas con interés á plazo fijo, que constituyen la *deuda flotante*. Esta debe quedar extinguida,

segun su indole, al fin de cada año económico: lo contrario denota penuria, irregularidad, y aumento de gravámenes.

La *Bolsa* es el establecimiento donde se negocian los fondos ó efectos públicos, es decir, toda clase de papel de deuda del estado, que en España se ramifica bastante. Son al portador y transferibles los títulos, y se *cotizan* las operaciones de compra, anunciándose en alta voz; y asimismo se negocian y cotizan entre nosotros las acciones y obligaciones de algunas corporaciones y sociedades, autorizadas al efecto. Tambien, aunque por lo regular á distinta hora, las letras de cambio y otros efectos de comercio. Ningun título de la deuda, como ningun papel, és pago, sino promesa. Cuando flaquea la confianza del puntual pago, baja el valor del papel.

Tiene la Bolsa, como los empréstitos, y como en general las creaciones humanas, sus inconvenientes al lado de sus ventajas. Mercado del papel de crédito, reúne en su seno á compradores y vendedores, muchos de ellos sin otra ocupacion. Allí, unos aspiran á bajar y otros á elevar los precios; la lucha de la demanda y la oferta se impregna de habilidad hasta el mañana; se propalan noticias, verdaderas y falsas; se convierte la especulacion en instrumento para influir en la política; y la inexperiencia de la buena fé se expone á lecciones costosas. Lo mas peligroso está en las operaciones á plazo, verdadero juego de azar, que suele promover combinaciones y cábalas de todas

especies. Mientras que la pugna és entre diestros, ellos han aprendido á parar los golpes como agueridos : los víctimas son los desorientados noveles. Tambien se achaca á la Bolsa, aunque ella no sea la causa sino la ocasion, el que se destinen á especulacion aleatoria fondos que se retraen de ocupacion productiva, y el que vivan en suspicaz indolencia con el rendimiento de sus títulos de la deuda, muchas personas que pudieran trabajar en provecho general.

La verdad és que la Bolsa hace falta como mercado especial; que todos los mercados de géneros están en grado mayor ó menor expuestos á su peculiaridad de agiotaje; que contra el mal crónico de los amaños aprende el público y se habitúa á la cautela; que por lo mismo se apresuran los gobiernos á desmentir las noticias falsas; que los fondos públicos son una especie de caja de ahorros para los hombres que disponen de algun sobrante; que el curso ó la cotizacion de esos valores viene á ser el barómetro de la prosperidad del país; y que si la libertad no remedia los inconvenientes que la misma libertad trae consigo en este ramo como en otros, peor correctivo serían las reglamentaciones y restricciones, ineficaces para evitar el mal, y valederas para dificultar el bien.

La extincion de la deuda pública, una vez realizada, pone á las naciones en la misma situacion que si no la hubieran contraído. Podrá ser opinable si, cuando se haya conseguido su dimi-

nucion gradual hasta que el gravámen de los intereses anuales sea módico y llevadero, convenirá continuar los esfuerzos y sacrificios hasta la extincion total; ó bien dejar en pié y circulando cierta cantidad de títulos de la deuda. Esto último parece preferible. Por desgracia, ninguna nacion se halla actualmente en la feliz alternativa de tal eleccion : pero de cualquier modo, no cabe dudar de que el buen sentido aconseja ir siquiera levantando el crédito, y aminorando la carga, ya que el extinguirla hubiese de ser obra de un porvenir lejano. Pagar las deudas és enriquecerse; y todos los cientos de millones que emplea un estado en satisfacer intereses, los tienen los contribuyentes de ménos para sus negocios.

Con objeto de amortizar la deuda, se idearon cajas ó depositarias especiales de fondos, que acreciendo con arbitrios y á favor del interés compuesto, hubieran de producir al cabo de años sumas enormes. Mas la experiencia ha demostrado que esas cajas no son respetadas, como debieran, en los apuros de los gobiernos; hoy dia se hace la amortizacion con las mismas ó mayores ventajas positivas, ó por sortéo á la par cuando así se prometió, ó en otro caso por licitacion pública, ó por compra en Bolsa al curso corriente, destinando al efecto el sobrante de los ingresos sobre los gastos públicos, donde quiera que por fortuna existe.

La unificacion de las diferentes clases de títulos de la deuda en una nacion, es útil, por cuanto

introduce claridad y regularidad. Nada de violencia, ni de menosprecio de derechos adquiridos, que á los gobiernos toca dar ejemplo de justicia y buena fé: la conversion de una deuda en otra, ha de ser, dejando á los interesados la opcion entre admitir voluntariamente el cange, ó ser reembolsados.

Del *papel-moneda* dirémos que esta denominacion pareceria cuadrar á los billetes de Banco ú otros, pagaderos á la vista al portador, puesto que son tanto ó más estimados que el dinero metálico. Asi ha debido de ser en un principio: el *papel-moneda* ó *moneda de papel*, como dicen los ingleses, correría á la par ó con premio. Mas cuando un título ó documento blasona de dinero y no lo és ni lo vale, necesariamente ha de cambiar de nombre ó de significado. Hoy cabalmente se llama *papel-moneda* al que ménos lo merece, al que no se paga al corriente, y al que tiene curso forzoso contra la voluntad y la conciencia del público.

Los gobiernos, en sus necesidades y en confession de su propio descrédito, han echado á veces mano de ese arbitrio de malas consecuencias. En lugar de falsear la moneda metálica, falséan el valor en curso libre de sus cédulas ó billetes, petrificando el cambio, y pretendiendo imponer á la fuerza la confianza. De ahí la depreciacion de la legítima moneda circulante, que se esconde ó se ausenta, la subida general de los precios, la inferioridad en el comercio exterior, y la pertur-

bacion en el interior. El *papel-moneda* en ninguna parte ha creado una situacion permanente, sino un recurso transitorio, siempre de tristes recuerdos.



TÍTULO SEXTO.

DISTRIBUCION DE LA RIQUEZA.

CAPÍTULO XXIII.

De la distribucion proporcional.

Conocidos los medios de produccion y circulacion de la riqueza, hay que determinar las leyes de su distribucion.

La riqueza producida puede consumirse en todo ó en parte por el mismo productor, ó bien cambiarse por otros valores. Como se consume la riqueza, lo diremos mas tarde: ahora se trata de volver la vista atrás, y examinar qué instrumentos han contribuido al objeto producido, y en qué proporcion merecen ser remunerados, segun la importancia de su cooperacion.

La tierra acudió con el suelo y sus recursos, el trabajo operó la transformacion, y el capital anticipó el pago de todos los gastos. Los tres deben participar de la riqueza, pues que el objeto producido se vende ó de otro modo se utiliza. Y el reparto no se hace por la autoridad, ni por juicio pericial: él se realiza por sí mismo, y por

la fuerza de las cosas, la libre concurrencia, y el mútuo consentimiento. Es ley natural, perceptible al simple buen sentido: la produccion nace de elementos combinados; la distribucion se roza por lo tanto con la justicia, y está sometida de lleno á la equidad.

El rendimiento anual del trabajo de una cosa ó de un hombre, se llama: de fincas, *renta*; de capital, *interés ó rédito*; de una empresa, *beneficio ó ganancia*; de los servicios de las profesiones liberales, y oficiales, *honorarios ó emolumentos*; y de los del obrero, *jornal ó salario*.

El producto *bruto*, sabemos que és el valor ó el precio de un objeto, que ofrece la industria al cambio ó á la venta: si de ahí se deducen todos los gastos de produccion, resulta el producto *neto* ó *liquido*, que és la ganancia del empresario ó especulador.

Cuando el labrador cultiva su pequeña heredad, ó el menestral en su propia casa ó taller se dedica á una elaboracion, cada uno de ellos reúne las condiciones de propietario, capitalista, obrero, y empresario: no tiene que dividir la ganancia con nadie. Por la inversa, cuando un empresario arrienda una fábrica, y toma capital prestado, y paga obreros y director facultativo; como todo es ageno, con todos esos elementos ha de compartir el fruto de la produccion. Si no hay ganancia, el trabajo és estéril, la especulacion nula, y no creándose riqueza, hay que desistir del empeño.

La ganancia ó beneficio puede capitalizarse en todo ó en parte para más producir, ó consumirse á voluntad del ganancioso.

La distribucion de su cuota remuneratoria á cada concurrente á la produccion, se hace por el empresario; y cuando un producto es el resultado de varias empresas ó elaboraciones sucesivas, unas á otras se van reembolsando de los anticipos. Para un par de botas, el ganadero suministra la res, el carnicero la piel, que prepara el curtidor, tiñe el tintorero, y viene á recibir del zapatero la forma conveniente. Entre estos trámites suele mediar el comercio, y todos los interesados reciben del respectivo comprador el precio de su industria y obra ejecutada, al contado ó á crédito.

A la libre concurrencia á la produccion de la riqueza, es consiguiente igual concurrencia en la distribucion, como derecho adquirido por voluntaria estipulacion entre partes. Si cada uno de los elementos de la produccion, tierra, capital, salarios y direccion facultativa ó pericial, se convino previamente en una asignacion fija, proporcionada á sus servicios, el empresario cumple con satisfacerla, cualesquiera que sean sus ganancias ó pérdidas. Y si todos ó algunos de esos elementos se mancomunaron como sócios de la empresa, con pacto de la equitativa participacion en la ganancia ó beneficio, ellos harán entre sí el reparto segun los respectivos derechos.

Todo lo que sea torcer ó violentar esta mar-

cha, redundará inmediatamente en perjuicio de la industria. El mezclarse la autoridad en tasar ó limitar el interés del capital, que es privarle de su libertad de accion, el poner coto á los arrendamientos ó á los salarios, que es coartar la propiedad y poner precio al hombre, y el intervenir en tratos y convenios particulares, que sería escudriñar los secretos de las voluntades y los móviles de las conciencias, equivale á establecer uno ú otro monopolio y á perturbar el orden económico, viciando la naturaleza del trabajo, y recojiendo por fruto el atraso en vez del progreso. Lo cual es perceptible á la sana razon, y está comprobado por la experiencia de todos los tiempos.

La concurrencia en la distribucion de la riqueza es únicamente entre los que han coadyuvado á su produccion: no alcanza á todos los hombres vivientes en verdad, porque no todos han querido ó podido trabajar. Quedan obreros sin ocupacion cuando sobrevienen crisis políticas ó industriales; pero la prevision debe haberles indicado y la experiencia enseñado, á hacer ahorros é imponerlos para estos casos ó los de una enfermedad. Hay tambien brazos ociosos que no encuentran cabida en el trabajo: de ahí las emigraciones y el pauperismo; la caridad pública y privada acuden en su alivio, pero no son suficientes. La miseria se arrastra allado de la deslumbradora opulencia. Es un hecho histórico, antiguo y contemporáneo.

Para que la distribucion de la riqueza alcance á todos, porque haya trabajo para todos, se han

ideado por escritores filantrópicos y desorientados, diferentes sistemas de organizacion social, rompiendo el actual modo de ser de los pueblos y las familias, y reemplazándole con otro segun el vuelo de su exaltada imaginacion. Todos ellos absorben la personalidad del hombre, privándole de su libertad.

El socialismo predica una vasta sociedad, con propiedad colectiva, y con un poder político discrecional, que soberanamente distribuya el trabajo, el rango y la suerte de los individuos, sustituyendo la autoridad absoluta á la libertad. El comunismo, que es otro paso más, ordena la poblacion en talleres, con gefes electivos y bienes en comun.—Empeñados en resolver el problema social por el lado que es mas irresoluble, se han dejado llevar, unos en pos de otros, desde la utopia hasta la mas lastimosa extravagancia. ¡Tan cierto es que se lucha contra la corriente, cuando se choca con la naturaleza! Las facultades y aptitud de los hombres son diferentes, y por consecuencia ha de serlo su parte en la produccion, como en la distribucion. Iguales en el derecho de servirse de sus facultades, que esa es la libertad, tienen por limite el derecho ageno y el orden, que es la armonía de todas las libertades.

La sociedad socorrerá al indigente imposibilitado de trabajar: el apto para el trabajo que no encuentre colocacion, no puede imponerse en los talleres por la fuerza, que sería la violacion del derecho y la destruccion de la industria, sino que

és llamado á otro país, falto de brazos. El mundo és para todos los hombres, y diariamente vemos los sobrantes de una poblacion ir á verterse en donde hay vacíos, hoy que son tan fáciles los medios de transporte.

Los ilusorios ensueños que establecen la servidumbre del hombre y contrarrestan las leyes naturales, han sido victoriosamente rebatidos como absurdos, por la generalidad de los publicistas y pensadores, así como han fracasado estrepitosamente cuando se han puesto á prueba de la práctica. Pero tales predicaciones, por descabelladas que sean, constituyen un verdadero peligro para la actual sociedad, porque se infiltran en las masas proletarias, las seducen y las previenen contra las clases mas favorecidas por la suerte, y contra los gobiernos, con amenaza de convulsiones y trastornos.

La propagacion de la buena doctrina y el conocimiento de la verdad, podrán iluminar los entendimientos, guiar las conciencias y calmar las pasiones: la sociedad habrá de aprender tambien á defenderse. La libre concurrencia no és de hostilidad, sino de legítimas aspiraciones, enseña á respetar los derechos agenos, se resuelve en tolerancia, y viene á establecer un concierto recíprocamente útil de servicios por servicios: lo demás fuera consentir en la anarquía.

Examinarémos, pues, la distribucion de la riqueza, tál cual debe ser, entre cada uno de los instrumentos de su produccion.

CAPÍTULO XXIV.

De la tierra, como partícipe en la distribucion de la riqueza.

Para apreciar la cuota que corresponde á la tierra en el reparto de la riqueza, hay que recordar lo que se dijo acerca de la parte que toma en su produccion.

Las tierras rinden segun su fertilidad. Pero esta fertilidad decrece con el cultivo, porque las plantas van agotando las sustancias nutritivas, y al cabo de tiempo se requieren mayores gastos de abonos y labores. Las tierras de regadio tienen más valor que las de secano, porque son mas seguras y multiplicadas sus cosechas. Puede una tierra de segunda calidad producir tanto como otra de primera, cuando se cultiva con mayor esmero, empleando más trabajo y capital. Y no se pierda de vista que el abrigo de una finca contra los vientos frios, la proximidad á un ferro-carril, la proporcion de buen mercado, la abundancia de jornales, la seguridad de personas y frutos, y otras circunstancias, pueden y deben aumentar valor á las tierras así favorecidas, hasta el punto de igualar ó sobrepujar las de segunda calidad á las de primera.

La tierra és un capital, pues que tiene un

valor, y cultivada, produce: capital fijo, que se acrecienta con los edificios contruidos, cercas, acequias de riego, nivelaciones de terreno, animales de labor, y plantios. Este capital reunido de la tierra y la obra del arte, debe reeditar un interés, que ya hemos explicado, y és el rendimiento de la tierra ó mas bien, de la finca. Sin embargo, hay que distinguir dos partes. La tierra, que és permanente, y cuyo valor puede decrecer por desustanciacion, y tambien acrecer por efecto de la demanda, puesto que el territorio és limitado y la poblacion y los consumos son indefinidos: esta parte del capital representa el derecho á un rendimiento perpétuo, aunque variable. Los edificios y los plantios son perecederos, y el capital en ellos empleado desmerece con el transcurso del tiempo hasta consumirse; por lo mismo, á esta parte del capital fijo se le atribuye, además del interés, la correspondiente amortizacion, sacada de los productos ó del rendimiento.

Una vez la amortizacion realizada, ya el rendimiento forma un solo cuerpo. Es decir, que del producto total de la finca, la tierra no és mas que partícipe, mientras no se extingue y reembolsa la parte de capital empleada con inteligencia y economía en añadirle valor; y en adelante és la tierra quien lo representa todo. Y la razon debe consistir en que, cuando los edificios y plantios llegasen a desaparecer, bajarían necesariamente los productos y el rendimiento de la finca.

El producto neto de la tierra és la ganancia del

labrador. Si todos los propietarios cultivasen sus fincas, no habría arriendos, ni tampoco, si hombres laboriosos y empresarios de industria agrícola no careciesen de terreno en que trabajar. El arriendo és el alquiler de una finca, ó la percepcion de un producto contra el goce temporal de otro producto: el precio anual constituye la *renta* que percibe el propietario á titulo de dominio. Si todas las tierras fuesen de igual calidad, producirían una misma renta, salvas las diferencias de situacion, proximidad de mercado, etc. Si las tierras no rindiesen con buen cultivo un producto neto, no darían renta, porque los gastos absorberían los productos, sin dejar sobrante. La diferencia entre gastos y productos viene, pues, á constituir el rendimiento de la tierra al propietario que cultiva, ó la renta ó precio del arrendamiento al que arrienda, con sugesion siempre en este último caso, á las consecuencias de facilidad ó dificultad de arrendatarios.

Como los rendimientos de la tierra resultan de que á ella se incorporen el capital y el trabajo necesarios para la produccion, el propietario que cultiva y lleva sus cuentas, sabe al cabo del año y aprecia y aquilata los gastos ocurridos en todos conceptos, y deduciendo el interés del capital empleado ó circulante, saca en limpio la utilidad que le reporta el capital fijo, ó sea, la finca de por sí. Cuando media el arriendo, la renta, ó la cuota pagada por el arrendatario viene á ser, aunque nó con exactitud porque no hay equidad en

todos los arrendamientos, la expresion de la parte que á la tierra cabe, en la distribucion de la riqueza por ella producida. No hay otro tipo á que atenerse.

Por regla general, en un país que prospera, las tierras van subiendo de valor. Podrá bajar el interés del dinero y tambien la cuota de los arriendos; pero como el tipo á que esta cuota se refiere, que és el precio de las tierras, va en alza, siempre saldrá ganancioso el propietario. Si una finca, de valor de 700 pesetas, se arrienda al 5 por 100, producirá 35 pesetas; mas si su valor sube á 1.000 pesetas, aun cuando la cuota del arriendo baje al 4 por 100, la renta no será menor de 40.

CAPÍTULO XXV.

Del trabajo, como partícipe en la distribucion de la riqueza.

La retribucion al trabajo se realiza de una de dos maneras: ó por asignacion fija al dia, més ó año, que és el jornal, salario ó sueldo; ó bien por asociacion, á percibir cada asociado el haber que le corresponda en el producto, segun estipulaciones. Siempre el capital hace los anticipos.

El salario és el precio del alquiler correspondiente al trabajo del hombre, y sube ó baja

segun la ley de la demanda y la oferta, y tambien segun la capacidad individual del obrero, la seguridad de permanencia en el puesto, lo arriesgado ó insalubre, ó lo repugnante de la ocupacion.

El obrero asalariado nada arriesga, cualquiera que sea el éxito de la industria en que trabaja: por eso es menor el salario, que el correspondiente á las ganancias en perspectiva pero inseguras, de la asociacion especuladora. No cabe, sin embargo, que sea el salario inferior á las indispensables atenciones de la vida del obrero y su familia: es el salario *necesario*, sin el cual sería imposible el trabajo. Y suele llamarse salario *corriente*, al generalmente admitido en una localidad. La fuerza reguladora del salario es la libre concurrencia.

Si el capital fuera tan exigente y mezquino, que ni siquiera concediese el salario necesario, se quedaría sin obreros, porque nadie trabaja para perecer, y el capitalista se vería frustrado en sus proyectos. Y si la exigencia de los obreros fuera exorbitante, el capital se retraería con razon, y aquellos carecerían de medios de subsistencia. La alianza del capital y el trabajo existe por sí misma: son entidades que se necesitan una á otra, y á quienes convienen la buena inteligencia y concordia.

Donde florece la industria, bajan los salarios, porque crece la poblacion más que los capitales; pero tambien abarata el precio de los géneros y efectos, y el obrero encuentra cierta compensa-

cion, porque si es productor de riqueza en un concepto, es consumidor en otro. Por eso, aun bajando el salario *nominal* ó aparente, puede considerarse subsistente el salario *real* ó positivo, puesto que con menor cantidad de dinero, por haber este subido de valor, se provee el obrero de los mismos artículos que antes, para atender á sus obligaciones.

Ni la alza ni la baja de los salarios fuera de equidad, pueden ser de larga duracion. La alza desproporcionada disminuye ó anula las utilidades de la produccion, y ha de ocasionar amioracion industrial y consiguiente escasez de demanda de obreros, hasta que las cosas vengán á su nivel: la excesiva baja lleva consigo mayor baratura en los productos, aumento de consumo, y nuevo estímulo al ensanche de la fabricacion con mayor emplé de brazos.

Sucede con frecuencia que los obreros, no contentos con la parte que les cabe en la distribucion de la riqueza, piden aumento de salario, ó que careciendo de ocupacion, exigen trabajo, por medio de exposiciones, manifestaciones y otras exterioridades de aparato. A veces les asiste la razon, á veces nó. Por de pronto, el efecto es alarmar á las poblaciones, asustar á los capitales existentes y retraer á los que pudieran acudir, sembrando la desconfianza, y deteniendo el movimiento de la industria, en detrimento de los mismos obreros. Sobre las asociaciones y huelgas, ya hemos hablado al tratar de la industria fabril.

Las utilidades del *empresario* de industria, dependen del éxito de su especulación. Como director, como vigilante, como alma del negocio, busca capital y obreros, y se propone ganar; lo cual no consigue sino cuando el resultado es favorable. Corre riesgo, pone á prueba su crédito, y por lo tanto, una vez satisfechos los gastos de producción, suyo es el producto neto que resultare. Y tan empresario es el que especula con capital prestado, como el que maneja el suyo propio en cualquiera de las industrias.

La remuneración del funcionario público es fija: la del *hombre de ciencia* puede ser fija ó eventual. Es fija en una parte de las profesiones liberales que revisten carácter oficial. Y es eventual cuando en las mismas profesiones, depende del mérito individual y de la aceptación del público.

El sabio que en su estudio ó en su laboratorio hace progresar las ciencias, y descubre leyes en la naturaleza ó propiedades en los cuerpos, de que pueda sacar provecho la industria, es el operario de la inteligencia. Unas veces obra solamente el genio; otras favorece la casualidad. Hay también hombres ingeniosos, que discurren nuevas aplicaciones á verdades ya conocidas; y otros que popularizan estas nociones, y las ponen en práctica.

La propiedad intelectual, aun cuando duren perpetuamente sus servicios, no tiene seguro el competente galardón. Publicada la idea, se apodera de ella el público y la utiliza sin remunerarla. Gloria y consideración rodearon á Arquímedes,

á Newton, á Franklin, á Linnéo y á Lavoisier; distinciones por parte de los gobiernos y de los pueblos.

Menos sublimes, pero muy útiles, Nicholson, Papino, Wall, Fulton, Volta, Morse y otros, han asociado para siempre sus nombres á los grandes progresos de la industria, más recompensados por la fortuna unos que otros. Las leyes conceden privilegios temporales de invención, y protegen la propiedad literaria: remuneración positiva para los contados ingenios que se remontan á grande altura, y para los también contados inventores de procedimientos ó instrumentos, verdaderamente útiles en las artes.

Los directores científicos ó facultativos en los establecimientos industriales, no suelen estar bien retribuidos, sino cuando se hallan incorporados á la empresa y participan de las utilidades, según el resultado debido á su talento.

CAPÍTULO XXVI.

Del capital en la distribución de la riqueza.

Como el capital está destinado á la producción, ya fijo en tierras, edificios, máquinas etc. ya circulante en moneda ó papel equivalente ó efectos, sucede que unas veces lo emplea su dueño en una

operacion industrial, y otras lo presta ó alquila á quien aproveche su valor en la creacion de otros valores.

El que presta capital, se priva temporalmente de lo que és suyo, sacrifica goces presentes á la expectativa de otros mayores futuros, ayuda á enriquecer á otro, y corre el riesgo de no reembolsarse, en caso de mala suerte del mutuuario. El interés del capital, como productor de valores, y manejado ó nó por su dueño, és su justa participacion en la distribucion de la riqueza, que ha contribuido ó debe contribuir á crear; y cuando media el préstamo, se añade el seguro por el riesgo á que se expone. Mas no siendo posible que todos los capitales prestados rindan igual utilidad, en los variados usos á que se les destina, de ahí la diferencia del interés anual que ganan ó devengan.

El interés del capital és una legítima ganancia. El que entrega á otro su dinero, presta un instrumento para que el trabajo ajeno produzca; facilita un valor que ha de engendrar otros valores. Trabaja el capitalista por segunda mano, y se cobra parte de la ganancia que su dinero ha de producir; porque el que toma prestado cuenta con reportar del capital mayor rendimiento, que el interés del préstamo. Lo contrario seria una torpeza. Luego si el capital contribuye á producir, tiene derecho á participar en las utilidades. Si el dar en arriendo unas tierras, ó en alquiler una habitacion, ó el anticipar á un labrador 100 hectolitros de trigo, reditúa lícita y honestamente un interés,

¿como podría negarse igual virtud al préstamo de dinero, que sirve para todo género de aplicaciones?

Hagamos hablar á un ejemplo. Un tejedor, con su telar de mano y sin capital, apenas podrá concluir en cada mes una pieza de tela de un centenar de metros, y vendrá á ganar peseta y media por dia. Entre tanto, un segundo tejedor que encuentra capital prestado, montará un grande establecimiento con cien telares movidos por agua ó vapor; y aun vendiendo sus productos á mitad de precio que el primero, ganará 125 pesetas diarias. ¿A quién és debida esta enorme diferencia? Al capital. ¿Y no ha devengado ese capital su interés con buen título? ¿Y dejará de pagárselo con gusto el tejedor ganancioso, á fuer de agradecido, de justo y honrado? Sin él no habría salido de pobre.

Naturalmente, cuando el capital prestado consiste en cosas sujetas á mermas, desperfectos ó deterioros por el uso del mutuuario, el interés se extiende á lo necesario para atender á las consiguientes reparaciones. Y cuando el préstamo és sobre hipoteca segura, el interés descende, al paso que se eleva siempre que el crédito y la responsabilidad del mutuuario no ofrecen la mayor seguridad.

Fuera de casos especiales, el precio del uso ó servicio productivo del capital, sujeto siempre á las leyes de la oferta y la demanda, se establece en cada localidad como *normal* ó *corriente*, representado por el tanto por ciento del préstamo.

Las utilidades del *empresario* de industria, dependen del éxito de su especulación. Como director, como vigilante, como alma del negocio, busca capital y obreros, y se propone ganar; lo cual no consigue sino cuando el resultado es favorable. Corre riesgo, pone á prueba su crédito, y por lo tanto, una vez satisfechos los gastos de producción, suyo es el producto neto que resultare. Y tan empresario es el que especula con capital prestado, como el que maneja el suyo propio en cualquiera de las industrias.

La remuneración del funcionario público es fija: la del *hombre de ciencia* puede ser fija ó eventual. Es fija en una parte de las profesiones liberales que revisten carácter oficial. Y es eventual cuando en las mismas profesiones, depende del mérito individual y de la aceptación del público.

El sabio que en su estudio ó en su laboratorio hace progresar las ciencias, y descubre leyes en la naturaleza ó propiedades en los cuerpos, de que pueda sacar provecho la industria, es el operario de la inteligencia. Unas veces obra solamente el genio; otras favorece la casualidad. Hay también hombres ingeniosos, que discurren nuevas aplicaciones á verdades ya conocidas; y otros que popularizan estas nociones, y las ponen en práctica.

La propiedad intelectual, aun cuando duren perpetuamente sus servicios, no tiene seguro el competente galardón. Publicada la idea, se apodera de ella el público y la utiliza sin remunerarla. Gloria y consideración rodearon á Arquímedes,

á Newton, á Franklin, á Linnéo y á Lavoisier; distinciones por parte de los gobiernos y de los pueblos.

Menos sublimes, pero muy útiles, Nicholson, Papino, Wall, Fulton, Volta, Morse y otros, han asociado para siempre sus nombres á los grandes progresos de la industria, más recompensados por la fortuna unos que otros. Las leyes conceden privilegios temporales de invención, y protegen la propiedad literaria: remuneración positiva para los contados ingenios que se remontan á grande altura, y para los también contados inventores de procedimientos ó instrumentos, verdaderamente útiles en las artes.

Los directores científicos ó facultativos en los establecimientos industriales, no suelen estar bien retribuidos, sino cuando se hallan incorporados á la empresa y participan de las utilidades, según el resultado debido á su talento.

CAPÍTULO XXVI.

Del capital en la distribución de la riqueza.

Como el capital está destinado á la producción, ya fijo en tierras, edificios, máquinas etc. ya circulante en moneda ó papel equivalente ó efectos, sucede que unas veces lo emplea su dueño en una

operacion industrial, y otras lo presta ó alquila á quien aproveche su valor en la creacion de otros valores.

El que presta capital, se priva temporalmente de lo que és suyo, sacrifica goces presentes á la expectativa de otros mayores futuros, ayuda á enriquecer á otro, y corre el riesgo de no reembolsarse, en caso de mala suerte del mutuuario. El interés del capital, como productor de valores, y manejado ó nó por su dueño, és su justa participacion en la distribucion de la riqueza, que ha contribuido ó debe contribuir á crear; y cuando media el préstamo, se añade el seguro por el riesgo á que se expone. Mas no siendo posible que todos los capitales prestados rindan igual utilidad, en los variados usos á que se les destina, de ahí la diferencia del interés anual que ganan ó devengan.

El interés del capital és una legítima ganancia. El que entrega á otro su dinero, presta un instrumento para que el trabajo ajeno produzca; facilita un valor que ha de engendrar otros valores. Trabaja el capitalista por segunda mano, y se cobra parte de la ganancia que su dinero ha de producir; porque el que toma prestado cuenta con reportar del capital mayor rendimiento, que el interés del préstamo. Lo contrario seria una torpeza. Luego si el capital contribuye á producir, tiene derecho á participar en las utilidades. Si el dar en arriendo unas tierras, ó en alquiler una habitacion, ó el anticipar á un labrador 100 hectolitros de trigo, reditúa lícita y honestamente un interés,

¿como podría negarse igual virtud al préstamo de dinero, que sirve para todo género de aplicaciones?

Hagamos hablar á un ejemplo. Un tejedor, con su telar de mano y sin capital, apenas podrá concluir en cada mes una pieza de tela de un centenar de metros, y vendrá á ganar peseta y media por dia. Entre tanto, un segundo tejedor que encuentra capital prestado, montará un grande establecimiento con cien telares movidos por agua ó vapor; y aun vendiendo sus productos á mitad de precio que el primero, ganará 125 pesetas diarias. ¿A quién és debida esta enorme diferencia? Al capital. ¿Y no ha devengado ese capital su interés con buen título? ¿Y dejará de pagárselo con gusto el tejedor ganancioso, á fuer de agradecido, de justo y honrado? Sin él no habría salido de pobre.

Naturalmente, cuando el capital prestado consiste en cosas sujetas á mermas, desperfectos ó deterioros por el uso del mutuuario, el interés se extiende á lo necesario para atender á las consiguientes reparaciones. Y cuando el préstamo és sobre hipoteca segura, el interés descende, al paso que se eleva siempre que el crédito y la responsabilidad del mutuuario no ofrecen la mayor seguridad.

Fuera de casos especiales, el precio del uso ó servicio productivo del capital, sujeto siempre á las leyes de la oferta y la demanda, se establece en cada localidad como *normal* ó *corriente*, representado por el tanto por ciento del préstamo.

Cuando suben los salarios, le queda menor parte al capital en la distribucion de las ganancias, y baja la cuota corriente del interés: el mismo efecto produce por regla general el progreso de la civilización, acompañado de paz y buen gobierno.

Conforme crece la riqueza, aumenta la suma de los capitales; pero por lo mismo decrece su importancia, disminuyéndose el haber efectivo y la representacion de cada capitalista. Entonces emigra el capital sobrante.

En tiempos de crisis se hacen difíciles los préstamos, porque el capital teme aventurarse, y prefiere aguardar mejor ocasion para salir á emplearse y producir.

El dinero, repetiremos que no és capital, sino en cuanto se mueve y se dedica á la produccion. Pero recuérdese que la mayor ó menor cantidad de moneda circulante, no debe influir en el aumento ó disminucion de los préstamos: bajarán ó subirán los precios de las primeras materias y demás necesario á la produccion; mas esta seguirá su curso, las transacciones continuarán, y la demanda y oferta de capitales será la misma, apesar de las oscilaciones del valor de la moneda, instrumento de los cambios. Porque ni los capitalistas ni los industriales habrán experimentado pérdida alguna positiva.

La participacion, pues, que al capital corresponde en la distribucion de la riqueza, és la del interés que gana, ya empleado por su propio due-

ño en una especulacion, ya prestado para auxiliar la produccion aiena.

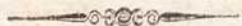
Usura se llamó desde un principio al interés del dinero prestado, sea con alusion á su usufructo, sea al uso y desgaste de las piezas. La usura fué adquiriendo cierto demérito, sin duda por haber caído en manos que frecuentemente empleaban duras exigencias, y abusaban de situaciones angustiosas. Hoy la voz *usura* se toma generalmente en mala parte como interés enorme, y nadie que tenga decoro se gloria del apodo de *usurero*. Pero la casta no se ha concluído.

Algunos rígidos moralistas, confundiendo el uso con el abuso, y poco versados en la teoria de la produccion, se declaran contra el interés del capital prestado, al paso que admiten el de todos los demás instrumentos que ayudan al trabajo del hombre. Se contradicen, porque no se entienden. No conocen que, cuando retraen á los capitalistas, abren ancho campo á los verdaderos usureros. Truenen en hora buena contra la avaricia de corazones empedernidos, que, en vez de prestar un servicio razonablemente retribuído, se complacen en hundir á las familias en la miseria; pero respeten el empléo del capital que honrosa y paladinamente busca una colocacion, útil para los individuos y para la sociedad.

La usura, tal como en la actualidad se entiende, és y merece ser mal vista, porque el avaro no lucra para fomentar la industria, sino por el instinto de amontonar; para él no hay familia, ni

amigos, ni humanidad. En contraposición, el interés corriente del capital prestado es justo y respetable, porque alimenta el trabajo y contribuye al bien.

De todos modos, el interés del capital, ó su participación en la riqueza que contribuye á producir, se regula y establece por la libertad, según el concurso de las circunstancias. La *tasa* ó la limitación legal de ese interés, aunque hija de una intención paternal, adolece á los ojos de la razón de injusticia y de ineficacia. Por una parte impone á la moneda, mercancía, un gravámen de que las demás mercancías están exentas; y por otra, dá origen á fraudes, simulaciones y operaciones clandestinas, con mayor copia de abusos y vejaciones. Aun en los países donde existe la tasa legal del interés, está en uso la tolerancia.



TÍTULO SÉPTIMO.

CONSUMO DE LA RIQUEZA.

—

CAPÍTULO XXVII.

De los consumos.

Consumir es deshacer la obra de la producción, ó destruir el fruto del trabajo.

El *consumo* de un objeto, ó satisface á una necesidad ó un deseo personal, ó bien destina ese mismo objeto á nuevas operaciones industriales. En el primer caso, el consumo se llama *definitivo* ó *no productivo*, que no puede reportar interés; en el segundo, se le reputa *reproductivo*.

No es fácil trazar la línea divisoria en esta distinción; pero bien se deja comprender la idea.

Al satisfacer una necesidad, ó siquiera un antojo, experimenta el hombre un placer, que es la cesación de un dolor ó de un estímulo. Para eso trabaja. Si al consumir una cosa, le quita su valor, imposibilitándola de volver á servir, decimos que consume *improductivamente*. Y sin embargo, se hace duro el no considerar como reproductivo el alimento que sustenta el vigor del obrero, agente del trabajo!

Todo producto consumido supone una aplicacion necesaria, útil, ó agradable. Y no és trabajo perdido el de un producto consagrado á una necesidad ó un goce. Disminuye la riqueza, pero la utiliza. Perdido sería, cuando se destruyera sin provecho, por inundacion, guerra, ó incendio.

La medida de las necesidades y de los goces del cuerpo y del espíritu, no puede fijarse, porque depende de la situacion de cada individuo, así como del estado social, riqueza y costumbres del país. La prudencia y la prevision son las mejores consejeras. Con razon se ha dicho que «quien compra lo supérfluo, pronto tiene que vender lo necesario.» De todos modos, el consumo improductivo, sobre alimentar la produccion, es indispensable á la vida del hombre y á su bienestar. Por mal empleado lo tendremos cuando se entregue á la disipacion, y por peor si al vicio.

El consumo *reproductivo* no destruye, sino que modifica: és la continuacion de un trabajo anterior. Cuando un cerrajero coje un pedazo de hierro y construye una llave, consume hierro, pero no lo destruye, sino que le dá nueva forma aumentando su valor. Cuando un poco de añil ha teñido de azul una pieza de paño, el añil como artículo que tiene su valor, se consume y desaparece; pero el valor con aumento se ha incorporado al paño. Es la sustitucion de una utilidad por otra mayor.

Es consumo reproductivo el de primeras materias, el anticipo de capitales, y el de todo objeto

que, aun cuando haya pasado ya por diferentes manipulaciones, sea aun susceptible de nuevas formas ó adornos que acrecienten su valor. El fabricante de hilados és consumidor de lana, lino, seda etc.; el tejedor és consumidor de hilados; el tintorero, de tejidos; y así sucesivamente.

En su consecuencia, el consumo reproductivo és todo industrial, todo atento y aplicado al aumento de valores y creacion de nueva riqueza. En el órden económico merece la preferencia y el aplauso, como el mas beneficioso para el fomento del país.

Resulta, que en el consumo hay siempre compensacion de lo que se destruye: ó se atienden necesidades y se satisfacen deséos, ó bien se produce igual ó mayor cantidad de riqueza, que la que se invierte.

Entre *gasto* y *consumo* puede haber esta diferencia. El gasto es voluntario en el hombre y lleva una intencion determinada: el consumo és la desaparicion de lo que existia. Se va gastando parcialmente hasta consumir, de modo que el gasto conduce al consumo. — En la economia doméstica, la parsimonia del gasto és la que reduce el consumo y proporciona el ahorro.

Todo consumo representa una produccion, mas ó menos útilmente empleada; y así el consumo llama á la produccion, como esta á su vez és aliciente al consumo. Es un movimiento de accion y reaccion, en que la compensacion constituye el bien. Si un país disminuyese sus consumos, aun

los improductivos, al momento se resentiría la industria y asomaría la pobreza.

Entre los consumos figuran las importaciones del extranjero, porque son efectos llamados á ser consumidos, así como la produccion nacional abraza las exportaciones solicitadas de afuera. La medida en todo caso, no és la cantidad, sino el valor respectivo de los efectos.

Los consumos lentos son preferibles á los rápidos; porque estos acallan un estímulo del momento y son ocasionados á reproducirse con frecuencia, mientras que aquellos acuden á la necesidad de un modo permanente, reportando á la larga una economía, aunque al pronto cuesten mas caro.

Todos somos consumidores, porque atendemos á las necesidades de la vida; y todos tambien productores, porque nos buscamos valores que permutar con los objetos que nos hacen falta. Unicamente dejan de ser productores los mendigos cobijados por la caridad pública, y los malhechores que roban lo ageno.

Las necesidades, reales ó facticias, del hombre, crean la industria y absorben sus productos. Los pueblos salvajes apenas conocen necesidades, y viven en la miseria. La civilizacion és cada vez mas exigente, estimulada por las comodidades de la vida y los caprichos de la moda.

Es una preocupacion bastante generalizada, la de que debe alentarse todo consumo, porque así se fomenta la produccion. El consumo no necesita

más aliciente que las inclinaciones del hombre, ni los gobiernos han de mezclarse en tales asuntos. El hombre gasta segun sus posibles, si no más: un ramo de consumo crece por lo regular, á expensas de otro; y todo consumo supérfluo ó vicioso acusa en algun rincon del mundo una industria equivalente, que pudiera haber aprovechado con fruto aquel capital.

Consumos *públicos* son los que cubren las atenciones de un estado; y *privados* los que se refieren á los particulares.

CAPÍTULO XXVIII.

Del ahorro y la disipacion.

Al lado del consumo tiene su sitio el *ahorro*, que consiste en ir cercenando gastos. Cuando no hay que consumir, no se puede ahorrar.

El ahorro lucha con nuestra tendencia á gastar, y llega á juntar un capital, mas ó menos considerable, que sirve de recurso para la familia en épocas de falta de ingresos, penuria, ó enfermedades, y que en su caso se emplea en la industria para acrecer. ¡Previsora conducta, que alivia el porvenir, y abre el camino á la esperanza de prosperar!

El trabajo y el ahorro, principio ereador y principio conservador, representan la actividad que produce y la prevision que guarda.

No se trata de que el hombre se imponga habitualmente privaciones dolorosas, sino la abstencion de gastos supérfluos segun sus respectivos haberes, su posicion, y su representacion social. El hábito del ahorro engendra la virtud de la economía, y contribuye al aumento de la produccion, fomentando la prosperidad general.

Si es natural el deséo de gozar, necesario és advertir á la juventud el temor de carecer, y la conveniencia de la prevision y templanza, que á su vez contribuyen á la morigeracion. En la edad madura, cuando el hombre tiene menos vida delante de sí, se hace generalmente mas precavido, doliéndose de las ocasiones de trabajar con fruto, que desperdició en mejores años. En edad avanzada suele tambien nacer ó aferrarse, el vicio de la avaricia.

Para estímulo del ahorro, se requiere seguridad de personas y bienes, libertad de accion, y perspectiva de colocacion ventajosa y productiva á lo ahorrado.

Es el ahorro como una semilla, destinada á ponerse en la tierra. La colocacion de lo ahorrado en pequeño, és regularmente en las cajas de ahorros, donde se deposita y crece; y tambien se emplea con mucha utilidad en seguros sobre la vida.

El hombre és un capital que produce trabajando para mantener á su familia; pero capital frágil, expuesto á enfermar y á morir á la hora menos pensada. Si los ahorros se van imponiendo en una compañía de seguros, puede adquirirse

para el dia de la muerte un capital proporcionado, con que tenga el asegurado el consuelo de legar á los suyos un recurso eficaz, ó bien pague á un acreedor un préstamo tomado en ese concepto, y que él haya utilizado. Tambien puede, imponiendo desde la juventud, asegurarse una renta vitalicia para la vejez, que pasará tranquilo y considerado entre su familia. Los seguros sobre la vida responden á la mas esquisita prevision; y todas las clases, especialmente las menos acomodadas, debieran valerse de ellos.

Consumo és tambien el *lujo*, considerado gascoso superfluo; encomiado por unos como alimento á ciertas industrias, y anatematizado por otros como distraccion de capitales en detrimento de produccion mas útil. En todo ello hay exageracion.

El lujo és relativo, segun tiempos y circunstancias. En su dia fué lujo el hacerse llevar en un carro tirado por bueyes, y mas tarde en coche de alquiler: en la actualidad nadie llama lujo al viajar al vapor en el wagon de un ferro-carril. Las chimenéas para calentar las habitaciones fueron artículo de gran lujo; y hoy se emplea para ello modestamente la llama del gas, y tambien para las cocinas, en las ciudades donde está barato el carbon de piedra; mucho de limpieza y agrado.

El lujo que consiste en el estudiado refinamiento de goces, ó el fausto que únicamente reboza vanidad ó amor propio, la ostentacion y el mentido brillo de superfluidades cuando en la in-

tinidad se sufren privaciones, van contaminando á varios pueblos ricos, que albergan gentes nunca saciadas de figurar: abuso que, sobre mortificar á la generalidad, establece cierta pendiente hácia la perversión de costumbres. Solivianta los instintos populares, y és motivo, cuando menos, de malquerencia.

También las naciones se desorientan á veces, dando la preferencia á lo supérfluo sobre lo necesario, y á las prodigalidades del falso lujo sobre los gastos y atenciones del deber. Epocas de escepticismo y decaimiento moral.

Otra cosa son los actos que satisfacen los goces del alma, protegiendo las artes y las ciencias, y haciendo bien al prójimo; en lo cual no se vislumbra mas que un trasunto de sentimientos elevados y generosos. Y asimismo la representación de los principes y magnates, de quienes su posición exige cierta exterioridad y aparato, que, dentro de límites razonables, hace bien á los ojos mismos de la muchedumbre.

Y otra cosa és también, el que cada individuo y cada familia disfruten del bienestar posible, puesto que la civilización y el progreso les proporcionan los medios de hacerlo con gastos razonables. Las comodidades de la vida, el aséu de personas y viviendas, los goces y esparcimientos, son parte para que, sin enervar las fuerzas del cuerpo ni del espíritu, éntre el hombre de lleno en posesión de los bienes, con que le brindan los tiempos que alcanza y la fortuna que posee.

Este lujo no se opone al espíritu de economía, ni tampoco á la práctica del ahorro. El mérito está en saberse acompañar, sin desalumbrarse por el necio afán de sobresalir. El lujo y el ahorro son compatibles en el hombre de juicio.

Contra el lujo se han promulgado por los gobiernos leyes suntuarias, que limitaban ciertos gastos de los particulares en los trajes, en la mesa, y en el menaje de casa. ¡Empeño estéril, porque las leyes se eludían, ó pronto caían en desuso! Contra los arranques abusivos del hombre en el manejo de sus intereses, no hay mas freno ni ilustración, que la conciencia religiosa, el sentimiento moral, la educación, y el buen ejemplo de los principes.

Otro consumo és el de la *disipación*. La disipación de capitales, ó la prodigalidad, vicio opuesto al de la avaricia, és censurable por todos conceptos. El gastar con profusión y sin tino, no solo conduce prontamente á la pobreza, sino que desparrama insensatamente y en ténues partículas caudales que no vuelven á reunirse, y que, sobre haber servido para las necesidades y goces razonables del pródigo, pudieran haber alimentado la producción y la riqueza general.

El tesoro amontonado por el avaro, llega al fin á manos de sus hijos, que lo sacan á luz y pueden darle buena aplicación; mientras que el derroche que hace el pródigo del fruto generalmente de la frugalidad de sus padres, se desvanece como el humo en el aire. Y todavía és de con-

siderar que la disipacion suele ir acompañada del juego, los vicios y el desprecio de la moral: nuevo motivo para condenarla.

Cleopatra hizo alarde de disolver en vinagre una magnífica perla; y del duque de Richelieu se cuenta que, habiéndosele caído de la mesa un luís á un jugador, se puso á alumbrar para que lo buscáran por el suelo, arrollando y encendiendo un billete de Banco de cinco luíses.

Tampoco contra la disipacion tienen poder las leyes, como no la tendrían contra su antípoda, la avaricia.

Finalmente, hay otro consumo, disipacion no viciosa, sino temeraria y lamentable. Consiste en los quebrantos y pérdidas por impericia ó imprudencia de los que emprenden una especulacion, sin darse antes cuenta y calcular con datos positivos los gastos, la marcha de las operaciones, los productos, y su valor. La merma de riqueza, ocasionada por mal preparadas ó mal dirigidas empresas, deja un vacío, cuyos efectos positivos son semejantes á los de la disipacion. En tales ocasiones, la leccion és severa por conducto del desengaño.

CAPÍTULO XXIX.

Del impuesto.

Como consumo de riqueza, se miran los impuestos ó las contribuciones públicas.

La vida comun exige gastos comunes, y el consiguiente concurso de voluntades para sufragarlos. La defensa del país, el orden, la justicia, el fomento, son atenciones indispensables, beneficiosas á todos, que nadie debe negarse á costear.

Es, pues, el *impuesto* el esfuerzo que hace cada individuo, desprendiéndose de una porcion de su riqueza, para cubrir los gastos del estado, previstos, y sugetos á contabilidad que los acredite.

El impuesto és legítimo cuando se invierte en retribuir á la sociedad un beneficio equivalente ó proporcionado. Siempre cercena el caudal del contribuyente, disminuye la produccion, y merma el consumo: por lo mismo ha de estar el impuesto perfectamente motivado, y ser tan moderado como se pueda.

Diversa ha sido en la sucesion de los tiempos la índole de los impuestos, y la manera de su exaccion. Las atenciones perennes, las urgencias fortuitas, y la desigualdad en los gastos segun el carácter de los príncipes, han constituido las exigencias: el empirismo y la carencia de nociones establecían los arbitrios y los procedimientos á tientas, en perturbacion generalmente y menoscabo de la prosperidad pública. Hoy que la ciencia ha venido á sentar principios y demostrarlos, se determina el objeto del impuesto, se fijan sus límites, y se aspira á que en el menor grado factible perjudique á la produccion y al consumo.

Panegiristas ha tenido el impuesto, hasta el punto de considerarlo tanto mas ventajoso al país,

cuanto fuese mas elevado; diciendo que estimula al trabajo, y que, reunidas en una masa las partículas que poco afectan á los individuos, reciben del gobierno un empléu útil á la comunidad, que de otro modo no se obtendría. Impugnadores acérrimos en contraposicion, sostienen que el impuesto es una calamidad, porque el gobierno percibe y no devuelve, consume improductivamente, y aun en el gasto reproductivo trastorna el curso natural de la industria. Exajeraciones ambas, que la razon reprueba: la verdad en su punto.

El impuesto es una necesidad para la sociedad constituida, como para el hombre el aire y la alimentacion: sin esos elementos, no existirían. Porque sin defensa del territorio, orden, justicia, y fomento, la sociedad civil no se concibe. Si el impuesto es una condicion de la vida social, ¿á qué denostarlo? La comunidad se escota en su propio beneficio, y sea la que quiera la forma de gobierno, ¿á qué vienen los alardes de pesimismo?

El impuesto sea el necesario, y no más. Y lo necesario lo gradúa la sociedad misma, el gobierno con el asentimiento de la opinion pública en donde asiste el elemento popular, que es la aspiracion del dia: en unas partes ciñéndose á la mas severa y estricta abstinencia, y en otras extendiéndose á obras de fomento en el interés comun. De ahí no debe pasarse; por donde quedan tambien condenados los optimistas lisonjeros del impuesto indefinido.

No es consumo improductivo el que hace el

gobierno, representacion y órgano de la comunidad, empleando el impuesto en la conservacion de la armonia social. Sin una existencia normal y tranquila, repetimos, sin seguridad, sin libertad, sin posesion de todos los derechos, ¿cómo se concibe el trabajo? ¿cómo se sostiene el consumo en general? El impuesto empleado con tino, pues que protege y asegura la produccion, no es un consumo perdido ni evaporado, ora se dedique á gastos de fomento y al material de administracion pública, ora á la dotacion y sueldos del principe ó del presidente, de los magistrados, militares y todos los empleados y funcionarios, que cuidan del cumplimiento de las leyes y mantenimiento del orden.

Los impuestos antiguos y erigidos en costumbre, se sobrellevan por la generalidad, mejor que los nuevos en su sustitucion; y sin embargo, tales pueden ser los vicios de lo existente, que sea necesario reformarlo ó abolirlo, siempre con prudencia y con seguridad de la mejora.

El principal carácter de toda buena contribucion ó impuesto, consiste en no cercenar el capital, sino la renta; ó sea, en gravar el rendimiento de la tierra, del trabajo y del capital, procurando que no refluya sensiblemente sobre los arriendos, ni sobre el precio de los productos. La experiencia ha demostrado que la rebaja prudente en casi todos los impuestos, produce rendimientos mayores.

Distínguense las cargas públicas en *directas* é

indirectas. Las primeras, llamadas *contribuciones* en la administracion española, gravan á persona determinada despues de la produccion.

Las segundas, ó *impuestos*, se pagan por el consumidor, al hacer acopio voluntario de articulos gravados.

La contribucion directa debe ser proporcionada á las facultades ó riqueza de cada uno, formularse en cuotas individuales, cobrarse en la época y forma mas cómodas para el contribuyente, y experimentar la menor merma posible en el trayecto desde la mano del que paga, hasta las arcas del Tesoro público.

Todo esto és fácil de decir, pero difícil de ejecutar. No obstante, sentadas las bases y puesta la mira en el objeto, mucho se progresa con la observacion y la perseverancia.

Puede la contribucion directa ser *proporcional*, ó *progresiva*.

La proporcional és la que guarda una razon ó relacion constante con la materia imponible, como el 6, el 8, el 10 por 100: de 100, 10; de 1.000, 100; de 8.000, 800.

Aquí la dificultad consiste en averiguar las utilidades líquidas, porque ni las declaraciones de los productores son siempre verdaderas, ni el producto bruto és dato admisible.

En la contribucion progresiva, la cuota ó la relacion con la materia imponible no és constante, sino que vá en aumento segun la nocion ó el cómputo de la riqueza, como 6 por 100, 10 por 100,

15 por 100, 20 etc. — En este sistema se persigue y maltrata á los grandes caudales, sin considerar que se falta á la equidad, que no és la persona la que ha de pagar, sino la finca ó la industria, que se castiga á la laboriosidad y economía, y que las cuantiosas fortunas son útiles en la sociedad para acometer importantes empresas, y mantener la produccion á la misma ó mayor altura que en otras naciones.

La contribucion proporcional prevalece en todas partes, pero con exquisitas precauciones. Las fincas rústicas se clasifican segun sus calidades y valor, en averiguacion de los productos líquidos; y por eso la administracion hace intervenir en las operaciones de asiento y reparto de la contribucion territorial, á los vecinos de los pueblos, interesados más que nadie en que se proceda con equidad.

Bien se comprende que al pedirse en las contribuciones directas parte de sus rendimientos, rústicos y urbanos, al productor, y para averiguar, aunque no sea mas que aproximadamente, la cuota que le corresponde, se buscan todas las indicaciones visibles conducentes al efecto, como el valor de la respectiva propiedad, la habitacion, los muebles, la industria etc. Las contribuciones directas son las mas justas, porque afectan descubiertamente á la riqueza conocida, y cada cual sabe de un año para otro lo que ha de pagar.

La contribucion personal ó de *capitacion*, si és fija ó uniforme por cabezas, adolece de notoria

desigualdad, y lleva poco menos que el signo de la servidumbre. Si és gradual y se ajusta á la riqueza de los individuos, en nada difiere de una nueva contribucion sobre las rentas ó utilidades; y si se repartiese por clases ó categorías sociales, pugnaria á sabiendas con la equidad.

La contribucion de subsidio ó de *patentes* se dirige á gravar la riqueza mueble, los productos de la industria fabril y el comercio. Es de cuota fija por tarifa y segun profesiones en cada poblacion, al tenor de la importancia relativa; y luego la suma de las cuotas individuales se distribuye y escalona segun categorías en cada industria ó profesion, por clasificadores de entre los mismos interesados. Aquí és aún mas difícil que en la contribucion de inmuebles, la evaluacion de las utilidades presuntas: generalmente la imposicion se procura que sea bien llevadera.

En las contribuciones indirectas, ó *impuestos*, la imposicion és sobre las mercancías ó efectos que compra el hombre para su trabajo ó su consumo, y que la administracion cobra en las aduanas, en las puertas de las poblaciones, y en los estancos. Se dejan sentir estos impuestos al producirse la riqueza, al circular, y al estar á punto de consumirse. Lo ventajoso á la industria, és el que se pague lo mas inmediato posible al consumo.

No deben recaer sobre artículos de primera necesidad, ni sobre primeras materias para la industria, ni sobre instrumentos de produccion. Lo cual no necesita demostrarse.

Sobre artículos de lujo tienen mejor lugar los impuestos, porque no atacan á lo necesario, sino á lo supérfluo. Sin embargo, no hay que olvidar que los altos derechos de aduana ó de puertas ó de estanco (que todo ello son imposiciones sobre el consumo) dan origen al menor expendio, y tambien al contrabando, con todas sus desastrosas consecuencias.

Las mejores formas de contribuciones é impuestos, son las que alcanzan á conciliar el mayor rendimiento, con las menores exacciones y el menor vejámen. Verdad és, que en las imposiciones indirectas los pueblos pagan con mayor facilidad y casi sin advertirlo; pero llega el caso de la reflexion, por advertencias de los escritores y por esclarecimiento de la opinion pública, y entonces la reaccion y las reclamaciones son temibles, no solo contra lo exajerado, sino tambien contra lo razonable.

En todos los impuestos especiales, que indirectamente persiguen la riqueza en sus diversas fuentes, és costosa la recaudacion, y embarazosa para la industria y el comercio; inconvenientes que una administracion pura y activa procura atenuar y disminuir diariamente.

Hay una propension general y un deséo de unificar las contribuciones, ó de refundirlas todas en una sola. No és de esperar la realizacion de semejante propósito, por apetecible que fuera: aun cuando todas las imposiciones produzcan igual resultado en la masa de los contribuyentes, la for-

ma variada és la que menos alarma ocasiona, y la que, dando mayores facilidades, tiene en su favor la costumbre, y se ramifica sin violencia.

En cuanto á la cobranza, pudiera estar en mano de arrendatarios ó asentistas; mas la experiencia de pasados tiempos ha dejado en España recuerdos amargos, por la dureza y codicia de los encargados de la ejecucion. La cobranza ó recaudacion de contribuciones é impuestos debe correr á cargo de la administracion pública, intervenida siempre, y responsable de todos sus actos.

Finalmente, se ha disputado sobre la incidencia real, ó la repercusion de las contribuciones é impuestos, sobre quien sea el que sustenta la carga en último término. Pero el asunto es bastante claro. Si el propietario de una tierra tiene muchos pedidos de arriendo y dá la ley, subirá la cuota del arrendamiento hasta que en ella se embeba la contribucion territorial: si al contrario, se encuentra arrendatario á duras penas, el arriendo será bajo, y el propietario habrá de sufrir el peso de la contribucion. En muchos casos se repartirá entre uno y otro.

Lo mismo sucede con los alquileres de las casas, y tambien en la industria fabril y manufacturera, y en los derechos de aduanas y puertas: la contribucion ó el impuesto se pagan en general, por el que mayores ganancias proporciona al dueño, ó al productor, ó al comerciante. Si estos no ganan, pagarían ellos, abandonados á sí mismos. Es decir, que la carga recae sustancial-

mente sobre el que compra caro, ó sobre el que vende barato: sobre el mas perjudicado siempre, sobre el peor parado.

La única excepcion és la de los impuestos sobre géneros que el Estado estanca y vende, porque entonces és el consumidor el que siempre paga el sobreprecio.

CAPÍTULO XXX.

Conclusion.

La Economía política plantea y resuelve un gran problema: el de la indole del trabajo y de la riqueza que és consiguiente.

Sus máximas se condensan en una sola palabra: *libertad*, curso desembarazado á la actividad del individuo. Lo cual se entiende (porque la ciencia no és trastornadora, sino que organizadora) dentro de las reglas de la moral, y del respeto á agenos derechos.

No carece la libertad industrial de inconvenientes, porque la perfeccion no cabe en lo humano; pero son mucho menores que los que se originan de la tutela oficial y de la presion ejercida sobre el desarrollo de las fuerzas productivas.

La libertad que proclama la Economía política, és amplia, como que se ha formulado en las frases: *dejad hacer, dejad pasar*. El que trabaja,

sujeto siempre á la ley política y civil como ciudadano, és completamente libre como trabajador. El error no puede en tal concepto perjudicar mas que á él, mientras que en el órden social pudiera dañar á otro individuo ó á la comunidad. Por eso se equivocan algunos economistas entusiastas, al querer aplicar las máximas peculiares de la ciencia que profesan, á la gobernacion política y civil de los pueblos.

El uso de todas las libertades, especialmente de la política, tiene su aprendizaje, mas ó menos costoso, porque no hay derecho que no esté restringido por un deber. Esto lo desconoce siempre la ignorancia, y lo atropella frecuentemente la pasion. Y como la libertad política no suele adquirirse por grados, sino arrancarse por la fuerza, se experimentan y deploran por de pronto los efectos de la falta de preparacion.

Lo mismo que de la riqueza, puede decirse de la libertad en general: hay mayor dificultad que en conseguirla, en saberla usar y conservar. Su disfrute és la aspiracion y la marcha del mundo civilizado y á medio civilizar: aspiracion legítima y razonable, que el sano juicio aconseja mirar de frente, sin adularla por simplicidad, ni rechazarla por tema.

El genio y la historia de los pueblos, tienen en todo ello mucha influencia. En España, la sangre ibera por un lado, mezclada con la latina y la árabe, y por otro el calor del clima y la escasa

ilustracion de las clases inferiores, deben ciertamente acrecentar las dificultades. Más esta explicacion de hechos coetáneos, no destruye la esperanza en un porvenir, que por entre vicisitudes, se ofrece como herencia necesaria de una ú otra generacion. El carácter español és noble, y para convencerse de que instituciones populares pueden crear hábitos y arraigarse entre nosotros, de amor al trabajo y de respeto á fallos de formas hasta triviales, no hay más que fijar la vista en la previsora Union de labradores de Cosuenda, y en el curioso y celebrado Tribunal de aguas de Valencia.

De todas las libertades, la más fácil és la económica. Depende la concesion del buen sentido y tacto de gobiernos ilustrados; y el uso está en el espíritu é interés de los individuos, sometidos de suyo á las leyes comunes.

Los desaciertos de tiempos pasados tienen su interpretacion y su disculpa: se obraba sin luz ni guia, se obedecía á las impresiones del momento. Las consecuencias han sido uniformemente dañosas en todas partes; y esta observacion és la que ha dado origen al estudio y profunda meditacion de los hombres pensadores, á quienes és debido el cuerpo de la doctrina económica.

Los antiguos procedimientos refluyen sobrē las sociedades modernas, donde han encarnado vicios económicos y prácticas perniciosas. Las reglas y consejos de la ciencia van encaminados á los pueblos y á los gobiernos, para formar convicciones,

y luego para que se pongan por obra, no con precipitacion, sino con pulso y prudencia, invocando el auxilio del tiempo, para introducir reformas, que, aunque útiles, pudieran por lo violentas, ocasionar perturbacion en las poblaciones, atendido su estado económico é industrial. Porque es fácil proclamar principios en absoluto; pero cuando existen intereses contrapuestos, no se debe arrollar, sino que es de buen aviso el proporcionar mejor direccion á los que se hallen en disonancia con los de la generalidad.

De intento se abstiene la Economía política de interesarse en la ciencia del gobierno y la administracion. Forman las ciencias los eslabones de una gran cadena: las de raciocinio, que proceden por deducccion de una idéa fundamental ó de hechos muy simples; y las de observacion, que estudian los fenómenos aislados, viniendo por induccion á conclusiones generales. Los limites de cada uno de esos eslabones, ya puede decirse que ha llegado á marcarlos la inteligencia humana; y una vez hecho el deslinde, no hay ventaja ninguna en invadir, cuando aun queda taréa para profundizar y concordar.

Los principios de la Economía política, atenta á la observacion de los hechos relativos á la riqueza, son aplicables á toda forma de gobierno, que sepa mantener el orden público, y con él la verdadera libertad.

El orden público es necesario al abrigo de instituciones sábias y permanentes, porque sin

tranquilidad y seguridad (no nos cansaremos de repetirlo) desaparece el curso acompasado del trabajo, se apoca el ánimo, se retraen los capitales, se dificultan los cambios, y se ahuyenta la confianza.

La libertad civil en su razonable amplitud es indispensable tambien, y como garantía suya la libertad política, porque sin ellas no hay iniciativa ni estímulo, ni independencia en el individuo, ni sistema fijo por parte del gobierno, ni honra al trabajo, ni ambiente favorable á la produccion. La libertad anima campos y talleres, inventa y mejora procedimientos manuales y mecánicos; y como la riqueza engendra riqueza, esparce la abundancia y multiplica la poblacion, contribuyendo al bienestar de todos, ó sea al engrandecimiento y prosperidad de la patria.

Las verdades económicas llegarán á prevalecer en todas partes, á establecer costumbres, y á servir de guia á los gobernantes, como de escudo y estímulo á la laboriosidad de los gobernados.

